



46

6
7
A

2/
4435





HISTORIA
DE LOS
MUSULMANES ESPAÑOLES.



11 11 11

HISTORIA

IN SUUM MANUSCRIPTUM

LIBRARIUM

LIBRARIUM

LIBRARIUM

LIBRARIUM

LIBRARIUM

LIBRARIUM

LIBRARIUM

R=491

Sign. 82546

HISTORIA

DE LOS

MUSULMANES ESPAÑOLES

HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA
POR LOS ALMORAVIDES.

(711-1110.)

POR R. DOZY,

*Comendador de la orden de Carlos III, académico corresponsal de la de la
Historia de Madrid, sòcio extranjero de la Sociedad Asiática de Paris,
profesor de historia en la Universidad de Leiden.*

TRADUCIDA Y ANOTADA

POR F. DE CASTRO,

*Ex-catedrático de Historia de España en la
Universidad de Sevilla.*

TOMO IX.

MADRID

CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE

Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

1877.

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF

CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRO II.

LOS CRISTIANOS Y LOS RENEGADOS.

LIBRO II.

LOS CRISTIANOS Y LOS RENEGADOS.

I.

Hasta aquí solo los vencedores han ocupado nuestra atención, ahora les toca el turno á los vencidos. Indicar las circunstancias que facilitaron á los musulmanes la conquista de España, resumir en sus hechos principales la historia de esta conquista, mostrar la situación en que los vencedores pusieron á la población cristiana y la influencia que ejerció su dominio sobre la clase tan desgraciada, como numerosa de los esclavos y los siervos, contar detalladamente la larga y tenaz resistencia, que todas las clases sociales, cristianos y renegados, burgueses y montañeses, ricos propietarios y esclavos libertos, monges santa-

mente fanáticos, y aun mugeres valerosas é inspiradas, opusieron á los conquistadores cuando una generacion mas vigorosa sucedió á la enervada de principios del siglo VIII, vá á ser el asunto de esta parte de nuestro trabajo.

Cuando la Península atrajo las codiciosas miradas de los musulmanes, estaba muy débil, la conquista era muy fácil porque la situacion social era deplorable. El mal venia de antiguo. Provincia romana, España ofrecía bajo los últimos Césares, el lamentable espectáculo que las otras partes del imperio. De todo lo que en otro tiempo era, solo le quedaba el nombre, segun la frase de un autor del siglo V. (1) Veíase de un lado, escaso número de ricos que poseian inmensos dominios, «latifundia;» de otro ciudadanos arruinados, esclavos y siervos. Los privilegiados, los clarísimos, en fin todos aquellos que ocuparon las principales magistraturas, ó meramente habian recibido del príncipe el título honorario de ellas, estaban exentos de las cargas que pesaban sobre la clase media. Vivian en el seno de la molicie, y de un lujo desenfrenado en

(1) Salviano, «De Gubernatione Dei,» L. IV, página 60. (ed. de Brema, 1688.)

soberbias granjas situadas á las orillas de hermosos rios, al pié de risueñas colinas plantadas de viñas y de olivos. Allí dividian su tiempo entre el juego, los baños, la equitacion y los banquetes. Allí, en salas cuyas paredes estaban cubiertas de tapicerías, pintadas ó recamadas en la Asiria y en la Persia, á la hora de comer, los esclavos cubrian la mesa de los manjares mas exquisitos, y de los vinos mas sabrosos, mientras que los convidados, tendidos sobre lechos cubiertos de púrpura, improvisaban versos, escuchaban coros de músicos, ó miraban á los bailarines. (1)

El espectáculo de tal opulencia solo podía servir para aumentar la miseria del mayor número con un contraste aflictivo. La plebe de las ciudades, el populacho que se amotinaba no tenía en verdad mucho de que quejarse; se le temía, se le cuidaba, se le alimentaba con distribuciones gratuitas, á costa de los otros ciudadanos y se le envilecía con espectáculos groseros y bárbaros, pero la

(1) Véanse los pasages de Sidonio Apolinar, citados por Fauriel, «Hist. de la Gaule méridionale sous «domination des conquérants germains,» t. I, página 387 y sig. No tenemos noticias acerca de la manera de vivir de los ricos señores españoles de esta época, pero todo inclina á creer que debía ser muy semejante á la de los señores de la provincia vecina.

clase media, la de los curiales, pequeños propietarios que habitaban en las ciudades, y que estaban encargados de la administración municipal, había quedado reducida por la fiscalidad romana á la mayor miseria. El régimen municipal, destinado á servir de salvaguardia contra la tiranía, había llegado á ser á la par el instrumento y la víctima de todas las opresiones. Constantino había secado la fuente principal de los ingresos de las ciudades (municipios) apoderándose de sus bienes cuando las espensas municipales aumentaban con el progreso de la miseria pública, y sin embargo, los miembros de la curia, es decir, todos los vecinos de una ciudad que poseían una propiedad territorial de más de veinte y cinco arpentas (a) de tierra, y no eran privilegiados, debían suplir con sus haberes la insolvencia de los contribuyentes. Los curiales no podían romper esta solididad que era originaria y hereditaria, estaban en algun modo atados á la gleba, porque no podían enagenar sus tierras sin la autorización del Emperador, que, considerándose como el verdadero propietario de todo el suelo, no veía más que usufructua-

(a) «Arpent,» fanega de tierra francesa que equivale á media del marco de Toledo. (N. del T.)

rios en sus súbditos. Á menudo los curiales desesperados abandonaban sus puestos y su ciudad para alistarse en la milicia ó para darse en servidumbre, pero el gobierno con sus ojos de lince y sus brazos de hierro dejaba rara vez de descubrirlos, y entónces los volvía por fuerza á la curia, y si no lo conseguía, los reemplazaba por hombres envilecidos, por bastardos, por herejes, por judíos, ó por apercibidos por la justicia, pues la dignidad de curial, ántes honrosa y privilegiada, había llegado á ser una desgracia y un castigo. (1)

Lo restante de la poblacion eran colonos ó esclavos. La esclavitud agrícola no había desaparecido, pero desde los comienzos del período imperial se había formado el colono, de una parte, por el empobrecimiento y la profunda miseria de la poblacion libre de los campos, y de otra, por el mejoramiento de la condicion de los esclavos agrícolas. Era un estado intermedio entre la libertad y la servidumbre. No habiendo tenido al principio mas regla que la costumbre ó el contrato, llegó á ser desde Diocleciano una cuestion de órden público, un interés del Estado, un asunto de preocupacion cons-

(1) Véanse los trabajos de los Sres. Savigny Giraud, etc.

tante para el Gobierno, obligado á llevar á toda costa cultivadores á los desiertos campos, y soldados al ejército. Entónces recibió su organizacion, su policia y sus leyes. Bajo cierto aspecto los colonos que daban al dueño una parte determinada del producto de la tierra que cultivaban, se hallaban en mejor posicion que los esclavos; contraian verdaderos matrimonios de lo que estos eran incapaces; podian poseer, como propietarios, y su amo no podía quitarles sus bienes, estándoles solo prohibido enagenar sin su consentimiento. Además la ley los consideraba de otro modo que á los esclavos; pagaban al Tesoro contribucion personal, y estaban sujetos al alistamiento. Sin embargo, se les imponian castigos corporales como á los esclavos, y no existía para ellos la manumision. Esclavos, no de un hombre, sino de la tierra, estaban ligados á la tierra que cultivaban, por un lazo indisoluble y hereditario: el propietario no podía vender el campo sin los colonos, ni los colonos sin el campo.

Más desgraciada aun era la clase de los esclavos, que se podian vender ó donar como un animal ó un mueble. Su número, comparado al de los hombres libres era in-

menso. «Una vez, dice Séneca, se propuso en «el Senado poner á los esclavos un vestido «que los distinguiera: esta proposicion fué «desechada por temor de que los esclavos «llegaran á contarnos » En el reinado de Augusto, un liberto, cuya fortuna había sufrido sin embargo grandes pérdidas en las guerras civiles, poseia cuatro mil, y en los últimos tiempos del imperio, su número parecía mas bien haber aumentado que disminuido. Un cristiano de la Galia poseia cinco mil; otro ocho mil. (2) Se les trataba con un rigor inhumano: con frecuencia, condenaban los dueños á trescientos latigazos al siervo que les hacía esperar el agua caliente. (3) Y lo que estos infelices tenían que sufrir de sus señores, era nada en comparacion de las crueldades de sus compañeros encargados de vijilarlos. (4)

Para sustraerse á la tirania de los señores de los propietarios y del gobierno, los curiales, los colonos y los esclavos, no te-

(1) Véase Giraud, «Essai sur l'histoire du droit francais au moyen áge,» t. I, p. 147 y sig., y los trabajos alemanes y franceses que cita.

(2) Véase á Pignori «de Servis,» (en el Prólogo) en Polenus, «Utriusque Thesauri antiquitatum nova supplementa, t. III.

(3) Amiano Marcelino, XXVIII, 4, 16.

(4) Salviano, L. IV, p. 58.

nian mas partido que tomar que huir á los bosques y hacerse bandidos. «Bagaudas,» como se les llamaba entonces. Viviendo en las selvas, á manera de los primeros hombres, hacian expiar á sus opresores lo que habian sufrido, saqueando sus soberbias granjas, y si un rico, por su desgracia, caia en sus manos, hacían en él pronta y terrible justicia. (1) Á veces, muchas de estas bandadas se reunian en una sola que no se limitaba entonces á simples latrocinios, sino que amenazaba las ciudades, la sociedad misma. En las Galias llegaron á tomar una actitud tan amenazadora, en tiempo de Diocleciano que fué preciso enviar contra ellos un ejército considerable, mandado por un Cesar. (2)

Una sociedad corroida por tantas miserias, debía desplomarse al primer choque

(1) Salviano, L. V, p. 91, 92: «Querolus.» A. ct I. I, Esc. 2, vs. 145, 208, (p. 55 ed. Klinkhamar.)

(2) Véanse los textos citados en el tomo I de los «Script rer. francic» de D. Bouquet, p. 565, 572, 597 609. Verdad es que no tenemos sobre la existencia de los Bagaudas en España, testimonios anteriores á la invasion de los bárbaros, sin embargo me inclino á creer que existian ya ántes de esta época porque Idacio que escribia en el siglo V. y que es el primero que habla de ellos, no parece considerar en manera alguna su existencia en España como una novedad.

de una invasion. Al mayor número les importaba poco ser oprimidos, estrujados, azotados mas bien por los romanos que por otros. Solo los privilegiados, los ricos, poseedores de la tierra, tenían interés en el mantenimiento de lo existente, pero profundamente corrompidos y gastados por el libertinage, en su mayor parte habian perdido toda energía. Sin embargo, cuando nubes de bárbaros vinieron á descargar sobre las provincias romanas, algunos de ellos hicieron actos de patriotismo, de egoismo si se quiere. Los nobles de la Tarraconensé trataron, aunque sin conseguirlo, de detener los progresos de los Visigodos, (1) y cuando en el reinado de Honorio los Alanos, los Vándalos y los Suevos despues de haber pasado el Rhin, arrasaban las Galias y amenazaban á España, mientras que la masa de los habitantes del pais esperaba su suerte con una fria indiferencia y una tranquilidad imperturbable, sin intentar nada para apartar el peligro: dos hermanos, nobles y ricos, Didimo y Veriniano, hicieron tomar las armas á sus colonos, (2) y atrincherándose con ellos en los

(1) Isidoro, «Hist Goth,» p. 493.

(2) *Servulos tantum suos ex propriis prædiis co-*

desfiladeros del Pirineo, impidieron á los bárbaros penetrar en España: tan fácil era de defender! Pero cuando ambos hermanos fueron presos y decapitados por el anti-César Constantino, que no habian querido reconocer: cuando este Constantino confió la guarda de los Pirineos á los honorianos, es decir, á uno de esos cuerpos de bárbaros que Roma había tomado á su servicio, cuando estos honorianos se pusieron á saquear el pais que debian preservar de la invasion y cuando, á fin de escapar al castigo que merecian por este atentado, abrieron los desfiladeros á los bárbaros que saqueaban las Galias, (409) (1) entonces ninguno pensó ya en la resistencia. Á la aproximacion de los bárbaros que avanzaban sombríos, irresistibles, inevitables, no hacian más que aturdirse en las orgías y marearse con los delirios de la crápula. Mientras que el enemigo rompía las puertas de la ciudad, los ricos, ébrios y atestados de comida, bailaban y cantaban: sus lábios temblorosos besaban los hombros desnudos de hermosas esclavas

Illigentes ac vernaculis alentes sumtibus. Orosio, VII, 40.

(1) Orosio, VII 40.

vas, el populacho, como para acostumbrarse á la vista de la sangre y embriagarse con los perfumes de la carnicería, aplaudía á los luchadores que se degollaban en el anfiteatro. (1) Ni una ciudad española tuvo el valor de sostener un sitio: dó quiera sus puertas se abrian á los bárbaros que entraban en las poblaciones sin combate, saqueaban, incendiaban, pero no tenían necesidad de matar, y si lo hacían éra únicamente para saciar sus apetitos sanguinarios.

Era un tiempo horrible. Por mas que esta generacion inspire una extrema repugnancia por su enervamiento, su cobardía y su corrupcion, nos vemos sin embargo obligados á compadecerla á pesar nuestro. El despotismo romano, por insoportable que fuera, no es nada en comparacion de la brutalidad de los bárbaros. En la sábia tiranía de los Césares, había al ménos un cierto órden y hasta una cierta medida: los germanos en su ciego furor trastornaban y aniquilaban sin discernimiento todo lo que hallaban á su paso.

(3) Véase á Salviano. t. VI, p. 121-123. Se puede aplicar perfectamente á los españoles, lo que el autor dice de los galos, pues que asegura que en España era aun mayor la corrupcion de las costumbres que en las Galies. Véase L. VII, p. 137.

Una desolacion sin término invadió las ciudades y los campos, y á estos trastornos seguian azotes mas tristes aun, el hambre y la peste; vióse á madres hambrientas asesinar á sus propios hijos y alimentarse con su carne. (1) Las Baleares, Cartagena y Sevilla, fueron saqueadas por los vándalos. (2) Afortunadamente para España, pasaron al África con el escaso número de Alanos que habian escapado á la espada de los Visigodos; mas los feroces Suevos que no respiraban mas que matanza y destruccion, permanecieron en Galicia y fueron algun tiempo dueños de la Bética y de la Cartaginense. Casi todas las provincias de España fueron sucesivamente teatro de sus rapiñas: la Lusitania, la Cartaginense y la Bética, la Tarraconense y la Vasconia. Un inmenso desórden reinaba en estas últimas provincias; los Bagaudas engrosados con una multitud de colonos y de propietarios arruinados, esparcian el terror por todas partes. Enemigos jurados de Roma, fueron alternativamente enemigos y aliados de los bárbaros. En la Tarraconense, donde tenian á

(1) Idatii «Chron.» ad. ann, 409 y 410.

(2) Ibid. ad. ann. 425.

su cabeza al audaz é intrépido Basilio, sorprendieron un cuerpo de bárbaros al servicio de Roma, en el momento mismo en que estaban reunidos en la iglesia de Tirazona, y los degollaron á todos sin perdonar al Obispo. Luego, Basilio se reunió á los Suevos, con ellos saqueó los alrededores de Zaragoza y sorprendió á Lérida, cuyos habitantes fueron hechos prisioneros. Cinco años despues, los Suevos se aliaron á los Romanos para esterminar á los Bagaudas.

La Galicia fué todavía mas devastada por los Suevos, que las otras provincias: allí tenían el centro de sus dominios, allí sus guaridas, allí robaron y asésinaron durante mas de sesenta años. Puestos en el último extremo, los infelices gallegos hicieron al fin lo que debieron haber hecho desde el principio: tomaron las armas y se atrincheraron en los castillos fuertes. Á veces eran bastante afortunados para hacer tambien algunos prisioneros; entónces se reconciliaban y se cangeaban los prisioneros de una y otra parte, dándose recíprocamente rehenes, pero bien pronto los Suevos, rompian la paz y se entregaban de nuevo á sus rapiñas. Los gallegos imploraban sin gran resultado la mediacion de los gober-

nadores de las Galias, ó de aquella parte de España que aun habia permanecido romana. Por último, otros bárbaros, los Visogodos, vinieron á combatir á los Suevos ven-ciéndolos en una gran batalla dada á las orillas del Orvigo. Para los gallegos esto fué mas bien que una liberacion un nuevo pe-ligro. Los Visigodos saqueron á Braga, y aunque no derramaron sangre, redujeron á esclavitud á una multitud de ciudada-nos, convirtieron las profanadas iglesias en caballerizas, y despojaron á los clérigos ab-solutamente de todo, hasta de su último vestido. Y así como los habitantes de la Tarraconense se habian hecho Bagaudas, los de Braga y sus alrededores se organiza-ron en partidas de ladrones. En Astorga los Visigodos, se mostraron mas desapiadados todavía. En el momento en que se presenta-ron delante de las puertas de la ciudad, se encontraba esta en poder de una banda de partidarios que pretendia combatir por Roma. Habiendo pedido y logrado entrar como amigos, hicieron una horrible matan-za, se llevaron en calidad de esclavos á una multitud de mugeres, niños y eclesiásticos, entre los cuales se encontraban dos obis-pos, demolieron los altares, quemaron las

casas y devastaron los campos de los alrededores. Palencia tuvo la misma suerte. Luego sitiaron á un castillo poco distante de Astorga, pero la desesperacion habia dado valor y fuerza á los gallegos, y la guarnicion de este castillo se defendió tan bien que sostuvieron victoriosamente un largo asedio.

Vueltos los Visigodos á las Galias, comenzaron nuevamente los Suevos sus rapiñas y atrocidades. En Lugo, una de sus partidas penetró súbitamente en la sala en que deliberaba el consejo municipal, que se creía exento de todo peligro por ser Semana Santa: los desdichados miembros del consejo fueron degollados todos. En Coimbra otra partida, violó el tratado que acababa de pactarse, y redujo los habitantes á esclavitud. (1) En fin, los visigodos conquistaron poco á poco toda España, y aun cuando hubo que darles las dos terceras partes de las tierras, su dominacion pareció suave comparada con los males sufridos bajo el efímero yugo de los terribles Suevos.

En medio de estas calamidades sin cuento, de este desconcierto universal, quedaba

(1) Véase Idatii «Chronic.» passim.

un grupo de hombres esforzados que habian visto derrumbarse el antiguo mundo sin gran pena, tomando hasta cierto punto partido por los bárbaros contra los Romanos, sus compatriotas. Eran la flor del clero católico, la escuela de S. Agustin. Desde el principio de las invasiones, se habian tomado estos sacerdotes infinito trabajo para paliar las violencias de los conquistadores. Profesaban un optimismo bárbaro en medio de este océano de desdichas. El sacerdote español Pablo Orosio, discípulo del Obispo de Hipona á quien dedicó su obra histórica, y contemporáneo de la invasion de los Alanos, los Suevos y los Vándalos, pretende que estos bárbaros cuando se establecieron en la Península despues de habérsela dividido entre sí, trataron á los españoles como aliados y amigos, y que en el tiempo en que escribia (hácia el año 417) existian ya españoles que preferian ser libres y pobres bajo el dominio de los bárbaros, á verse oprimidos y agobiados de impuestos bajo el yugo de Roma. (1) Otro sacerdote que escribia veinte ó treinta años despues, Salviano de Marsella, va mucho más léjos, es mucho más atrevido. Lo que en Orosio es

(1) Orosio, VII. 41.

solo el voto de una débil mayoría, es segun él, el voto unánime de toda la Nacion. (1) Nada hubiera sido mas contrario á la naturaleza de las cosas, que semejante disposicion de los espíritus, nada es mas falso. No, preciso es decirlo en honor de la humanidad, el sentimiento de la dignidad nacional no se estinguió hasta este punto entre los súbditos de Roma que, por lo demás, habían de adquirir la triste y dolorosa experiencia de que hay un azote peor aun que el despotismo mismo. Demasiado débiles ó demasiado cobardes para sacudir el yugo, habian al menos conservado en su alma el valor suficiente para odiar y detestar á los bárbaros. «Tu no quieres á los bárbaros que se llaman malos, yo no quiero ni «aun aquellos que se llaman buenos» escribia Sidonio Apolinar á uno de sus amigos, (2) y al hablar así espresa mucho mejor el sentimiento nacional que los sacerdotes que se esfuerzan por representar la invasion como un beneficio. Mas estos tenian para escribir como lo hacian, escelentes razones: carecian en primer término, de todo

(1) Salviano, L. V, p. 95.

(2) «Epist.», VII, 14.

sentimiento generoso que se lo impidiera, ignoraban lo que es patriotismo, no tenían patria en la tierra, su patria estaba en el cielo. Ni eran mas compasivos; el saqueo y la matanza misma les importaban poco. «Qué importa á un cristiano que aspira á la «vida eterna ser arrebatado de este miserable mundo, de esta ó de aquella manera, en «tal ó cual época de la vida?» pregunta Orosio, (1) despues de haber confesado, un poco á su pesar, que los Suevos y sus aliados habian cometido todo género de crímenes. Los intereses de la Iglesia eran los únicos que los preocupaban; en cada acontecimiento político, solo veian lo que podia aprovecharles ó dañarles. Campeones del Cristianismo, tenían que refutar á los paganos, y aun algunos cristianos tibios que imputaban los inauditos desastres sufridos por el Imperio al abandono del antiguo culto, diciendo que el Cristianismo habia traído la desgracia á la grandeza romana, y que los antiguos dioses la protegian mejor. Los sacerdotes respondian á estos impíos, probándoles como lo habia hecho su maestro el célebre autor de la «Ciudad de Dios,»

(1) VII, 41.

que el mundo romano habia sido siempre desdichado, y que los males presentes no eran tan intolerables como se pretendia. (1) Luego, ellos se habian penetrado bien de esta verdad, que á ideas nuevas como eran las cristianas, eran necesario hombres nuevos. «Ellos no habian hecho en los nobles «romanos conquista alguna.» Cristianos en la forma, porque el cristianismo habia llegado á ser la religion del Estado, pero demasiado corrompidos para someterse á la austera moral que predicaba, y demasiado escépticos para creer en sus dogmas, los clarísimos solo vivian para los festines, los placeres y los espectáculos, negándolo todo, hasta la inmortalidad del alma. (2) «Prefiérense aquí los espectáculos á las iglesias «de Dios, grita Salviano con santa indignacion, (3) desprécianse los altares y honranse los teatros. Todo se ama, todo se respeta; solo Dios parece despreciable y «vil.... Casi todo lo que toca á la religion «es motivo de escarnio entre nosotros.» Las

(1) Véase á Orosio en la dedicatoria, Salviano, L. VII, p. 130 &c.

(2) Véase á Claudiano Mamert, «de Statu animæ,» II, 8.

(3) L. VI, p. 115; L. VII, p. 142.

costumbres de los bárbaros no eran mas puras; los sacerdotes se ven obligados á confesar que eran tan injustos, tan avaros, tan falaces, tan codiciosos, en una palabra, que se hallaban tan corrompidos como los Romanos, (1) porque como se ha dicho con razen, los vicios de la decadencia y los de la barbarie, guardan estrecha analogía. Mas á falta de virtudes, los bárbaros creian al menos todo lo que sus sacerdotes les enseñaban; (2) eran devotos por naturaleza. En el peligro, solo de Dios esperaban auxilio. Antes de la batalla, sus reyes oraban con el cilicio de lo que se hubiera reido un general romano, y si alcanzaban la victoria reconocían en su triunfo la mano del Eterno. En fin, honraban al clero, no solo al suyo, al arriano, sino al clero católico que los Romanos despreciaban y escarnecian llamándose católicos. (3) ¿Cómo admirarse, pues, de que los bárbaros se hayan ganado las simpatías de los sacerdotes? Sin duda que eran heréticos y que habian sido instruidos por «malos doctores,» (4) ¿mas era

(1) Salviano, L. IV, p. 74.

(2) Salviano, L. V, p. 86.

(3) Salviano, L. VII, p. 140, 142.

(4) Salviano, L. VII, p. 140.

esto motivo suficiente para que los católicos hubiesen perdido las esperanzas de convertirlos? y una vez convertidos; que brillante porvenir no aguardaba á la Iglesia!

En ninguna provincia se vieron defraudadas las esperanzas de esos hombres perspicaces, mas tampoco en ninguna llegaron á realizarse en tan alto grado como en España, desde que el rey Recaredo y sus visigodos abjuraron la heregía arriana para hacerse católicos (587.). Desde entónces el clero se valió de cuantos medios pudo para dulcificar é ilustrar á los Visigodos, casi romanizados yá ántes de su llegada á España, por haber vivido medio siglo en las provincias romanas, y no insensibles á los beneficios del órden y de la civilizacion. Es un espectáculo por demás curioso, ver á los descendientes de los bárbaros que habian habitado las selvas de la Germania palidecer sobre los libros, bajo la direccion de los obispos, y es una curiosa correspondencia la del Rey Recesvinto con Braulio, obispo de Zaragoza: el Rey dá gracias al obispo por haberse dignado corregir un manuscrito que le habia enviado, quejándose de las faltas, aturdimientos y necesidades de los copistas (*putredines ac vitia scribarum*

«librariorum ineptiæ, con el aplomo de un Bentley ó de un Ruhnkenius. (1) Mas los obispos no se limitaban á formar el corazon y la inteligencia de los reyes; encargábanse tambien de dar leyes al Estado y gobernarlo: habian sido establecidos por el Señor Jesucristo, para que rijiesen á los pueblos, decian en sus actas. (2) El Rey, rodeado de sus grandes, venía á prosternarse humildemente ante ellos, cuando estaban reunidos en Concilio en Toledo, para suplicarles con lágrimas y suspiros que intercedieran para con Dios, y que diesen sábias leyes al Estado, (3) y tan bien inculcaron los obispos á los reyes que la piedad era la primera de las virtudes, (4) y tan bien por su parte comprendieron los reyes que la piedad era la obediencia á los obispos, que aun los mas licenciosos se dejaron guiar dócilmente por los obispos, en los negocios públicos. (5)

(1) Véase Braulionis «Epistolæ», 38-41, en la «Esp. Sagr.» t. XXX, p. 374-377.

(2) VII concilio de Toledo, en el Forum Judicum, p. IV, col. I.

(3) Véase el «Concil, Tolet. IV.

(4) Véase el mismo concilio.

(5) Licet flagitiosus, tamen bene monitus, dice Isidoro de Beja, (c. 15) hablando de Recésvinto.

Hétenos aquí con un nuevo poder en el Estado, con un poder que ha absorbido á todos los demás, y que parecía hecho para regenerar las costumbres y las instituciones. De él esperaban los siervos la mitigacion de sus males. El clero católico había mostrado hácia ellos, durante el dominio de la heregía arriana, una solicitud paternal: habiales abierto sus hospitales. Masona, piadoso obispo de Mérida, había dado tanto dinero á los feligreses de su Iglesia, que en Pascua pudieron acompañarle vestidos de seda, y en su lecho de muerte este santo varon emancipó á sus esclavos más fieles, asegurándoles los medios para poder vivir con desahogo. (1) Era conviccion general que el clero iba á abolir la esclavitud, contraria sino á la letra, á lo menos al espíritu del Evangelio. Esta doctrina generosa, pensaban la ha proclamado el clero cuando era debil: (2) esta doctrina será la que pondrá en práctica ahora que es todo-poderoso.

(1) Paulus Emeritensis, «De vita PP. Emeritensium» en la Esp. Sagr. t. XIII, p. 359, 360, 382.

(2) Véanse las pruebas en Neander, «Denkwürdigkeiten aus der Geschichte des Christenthums» t. II, p. 236, 246, y en Ozanam, la «civilisation au cinquième siècle,» t. II. p. 50, 57.

Estraño error! Dueño del poder, el clero reniega de las máximas que había proclamado cuando estaba pobre, despreciado, oprimido y perseguido. Al hallarse en posesion de inmensos terrenos, poblados de siervos, y de soberbios palacios atestados de esclavos, apercíbense los obispos que han andado muy de prisa, y que aun no es tiempo de emancipar, que para llevar á cabo este pensamiento convendrá que trascurren yo no sé cuantos siglos. San Isidoro de Pelusa admirábase en los desiertos de la Tebáida que existiese un cristiano capaz de tener un esclavo. Otro Isidoro, tambien santo, el célebre obispo de Sevilla, que fué durante mucho tiempo el alma de los Concilios de Toledo, y «la gloria de la Iglesia católica» segun los PP. del Concilio, VII, no reproduce la doctrina de su homonimo acerca de la esclavitud, sino la de los «Sábios» de la antigüedad, Aristóteles y Ciceron. «La naturaleza, habia dicho el filósofo griego, ha creado á los unos para mandar, á los otros para obedecer;» y el filósofo romano: «No hay injusticia en que sirvan aquellos que no saben gobernarse.» Isidoro de Sevilla dice lo mismo, (1) solo que está en contradic-

(1) «Sent.» L. III, c. 47., æquus Deo discrevit ho-

cion consigo propio, pues confiesa que ante Dios todos los hombres son iguales, y que el pecado del primer hombre, en que el Santo busca el orígen de la servidumbre, ha sido vencido por la Redencion. Léjos de nuestro ánimo querer inculpar al clero por no haber dado libertad á los esclavos, ó pretender combatir la opinion de los que afirman que el esclavo no era capáz de ser libre: no discutimos aquí, concretándonos únicamente á hacer constar un hecho que tuvo resultados muy importantes, á saber: que el clero con su inconsecuencia, no satisfizo las esperanzas de los siervos, cuya desgraciada suerte, léjos de mejorar empeoró mucho. Los Visigodos, á imitacion de lo que habian hecho otros pueblos germánicos, en otras provincias romanas les impusieron servicios personales, corveas. Una costumbre digna de mencion, y á lo que parece desconocida de los romanos, era que á menudo cada familia de esclavos tenia que prestar un servicio hereditario y determinado: una se encargaba de padres á hijos de cultivar la tierra; otra de la pesca; ésta de la guarda de los

minibus vitam, alios servos constituens, alios dominos, ut licentia male agendi servorum potestate dominantium restringatur.

ganados, cual del oficio de carpintero, cual del de herrero, y así las demás. Ni el siervo ni el esclavo podían casarse sin el consentimiento de su señor; cuando lo hacían sin este indispensable requisito, el matrimonio era nulo, y los separaban por fuerza de su mujer. Los hijos habidos de estos matrimonios, cuando el marido pertenecía á un señor y la mujer á otro, se repartían por mitad entre ambos señores. La ley visigótica era en este punto menos humana que la del Imperio, porque Constantino había prohibido separar á las mujeres de los maridos, á los hijos de los padres, á los hermanos de las hermanas (1) En general no puede ponerse en duda de que la condicion de esta clase fué muy dura bajo la dominacion de los Visigodos (a) cuando se examinan sus numerosas y severas leyes, contra los siervos y los esclavos fugitivos, y al ver que en el siglo VIII los siervos de Asturias cuya condicion había continuado siendo la que era la de todos los siervos de España, se levantaron en masa contra sus señores.

(1) Véase á Mufioz, «Fueros,» p. 123, 125.

(2) Véase á Muñoz. («Del estado de las personas, en los reinos de Asturias y Leon.»)

Si los Obispos no mejoraron la condieion de los siervos, tampoco hicieron nada por la clase media. Los curiales siguieron siendo lo que eran, propiedad de la tierra; mas aun, ningun ciudadano tenía derecho para vender sus bienes. (1) El espíritu fiscal habia pasado con las demas tradiciones de los emperadores á los reyes godos, y á lo que parece, los discípulos aventajaron bien pronto á sus maestros. La clase media quedó pues miserable y arruinada; los concilios no lo niegan. (2)

Subsistian pues, todas las plagas de la época romana: la propiedad condensada en grandes masas, la esclavitud y la servidumbre general, en cuya virtud, los cultivadores fueron asignados á la tierra y los propietarios á sus propiedades.

Si al menos aquellos que se decian rectores de los pueblos establecidos por Jesucristo, hubiesen dejado las cosas poco más ó menos como las habian encontrado! Mas

(1) «For. Jud.» V, 4 19; De non alienandis privatorum et curialium rebus.

La falta de esta ley en los códigos romanceados, lo que prueba el progreso de los tiempos, habia hecho dudar de la existencia de las curias en el reino visigótico, hasta que el Sr. Pidal lo demostró. (A del T.)

(2) Véase el «Concil. Tolet.» VIII.

¡ay! su fanatismo, los inclinó á perseguir con una crueldad inaudita, á una raza entonces muy numerosa en España: así lo exigía la naturaleza misma de las cosas. Un historiador eminente lo ha dicho con razon: «Siempre que en la Edad Media, el espíritu humano se acordó de preguntar, como este paraiso ideal de un mundo subyugado á la Iglesia, no habia realizado en la tierra mas que un infierno, la Iglesia previendo la objecion, se dió prisa á ahogarla diciendo: «es «por la ira de Dios! es por el crimen de los «judios! Los asesinos de Nuestro Señor están «impunes!» y se arrojaban sobre los judios. (Michelet.)

Comenzaron las persecuciones en 616, bajo el reinado de Sisebuto. Entónces se mandó á los judios que se convirtiesen antes de un año, comminándoles con que espirado el plazo, si perseveraban en sus creencias, serian desterrados despues de haber recibido cien azotes cada uno, y de confiscarles los bienes. Dícese que sobreco- gidos de espanto, mas de noventa mil judios recibieron entónces el bautismo y que estos eran la menor parte. Tales conversiones apenas es preciso decirlo, no eran mas que aparentes, los recién convertidos continua-

ban en secreto circuncindando á sus hijos y practicando los demás ritos de la religion mosáica; pero no era por otra parte pretender imposibles, querer convertir á viva fuerza á una raza tan numerosa? Así parecen haberlo creído los obispos del concilio IV, mas si permitieron á los judios permanecer fieles á la religion de sus padres, ordenaron sin embargo que les quitasen los hijos para educarlos en el cristianismo. Mas tarde, arrepintiéndose el clero de esta semi-tolerancia, volvió á adoptar medidas extremas, y el sexto concilio de Toledo estatuyó, que en lo futuro ningun rey electo pudiese entrar en el ejercicio de su cargo sin haber jurado antes, hacer ejecutar los edictos promulgados contra aquella raza abominable. Sin embargo, á despecho de todas las leyes y de todas las persecuciones, los judios permanecieron en España, por una estraña anomalía, hasta poseyeron tierras, (1) induciendo todo á creer que rara vez se cumplieron con todo rigor las leyes hechas contra ellos. Se queria pero no se podía.

Durante ochenta años, los judíos sufrieron en silencio; pero cuando se les acabó la

(1) Véase el 8 artículo de las actas del XVII concilio de Toledo.

paciencia, resolvieron vengarse de sus opresores. En efecto, hácia el año 694 diez y siete años ántes de la conquista de España por los musulmanes, proyectaron una insurreccion general con sus correligionarios de allende el Estrecho, donde muchas tribus berberiscas profesaban el judaismo, y donde muchos judios desterrados de España, habian encontrado asilo. La sublevacion debia estallar probablemente en muchos puntos á la vez, en el momento en que los judios del África desembarcasen en las costas españolas; mas antes del momento fijado para la ejecucion del plan, el gobierno supo el complot. El rey Egica, tomó al punto las medidas que la necesidad ordenaba; en seguida convocó un concilio en Toledo, y allí informó á sus directores espirituales y temporales de los proyectos de los judíos, rogándoles que castigasen severamente á aquella raza maldita. Después de haber oido las delaciones de algunos israelitas, de las que resultaba que el complot iba encaminado nada menos que á hacer de la España un estado judío, los Obispos temblando de indignacion y de cólera, condenaron á todos los judíos á perder la libertad y los bienes. El rey los daría

como esclavos á los cristianos, aun á aquellos que antes habian sido esclavos de los judíos, que serian manumitidos por el monarca. Los dueños habian de comprometerse á no consentir que sus esclavos practicasen las ceremonias de la antigua ley, debiendo arrebatárles sus hijos cuando llegasen á la edad de siete años, hacerlos educar en el cristianismo, y no consentir el matrimonio entre judíos, sin que el esclavo judío pudiera casarse mas que con una esclava cristiana, ni la esclava judia pudiese tomar por marido mas que á un esclavo cristiano. (1)

No puede dudarse que estos decretos se ejecutaran con todo rigor: trataban esta vez, no solo de castigar á infieles, sino á conspiradores peligrosísimos. Cuando los musulmanes conquistaron el Noroeste de África, los judíos gemian bajo un yugo intolerable; pedian con toda su alma que llegase el momento de su libertad, y los conquistadores que mediante un ligero tributo se la devolvieran y les permitieran el libre ejercicio de su culto, debian aparecerles como

(1) Véanse las actas del XVII, concilio de Toledo, («apud» Mancí, t. XII, p. 94 y sig.)

salvadores enviados por el mismo cielo.

Los judíos, los siervos la clase media empobrecida, eran otros tantos implacables enemigos que aquella sociedad que se grieteaba y estallaba por todas partes, nutría en su seno. Y sin embargo, las clases privilegiadas solo esclavos cristianos ó judíos podían oponer á los invasores. Como ya hemos visto, en los últimos tiempos del imperio romano los colonos servían en los ejércitos. Los Visigodos habían seguido esta costumbre. Mientras conservaron su espíritu marcial no había sido necesario fijar el contingente de siervos con que debía contribuir cada propietario; pero cuando mas adelante le tomaron el gusto á enriquecerse con el trabajo de los esclavos y de los siervos, hízose urgente que la ley proveyese al alistamiento del ejército. Así lo conoció el rey Wamba, por lo que, quejándose en uno de sus decretos de que los propietarios, preocupados con el cultivo de sus campos apenas alistaban la vigésima parte de sus siervos cuando eran llamados á las armas, ordenó que en adelante cada propietario godo ó romano, contribuyese con la décima parte. (1) Mas tarde segun parece se

(1) «Forum Judicum,» L. IX, Tit. II, 9.

les mandó que contribuyesen con la mitad de los siervos que tuviesen. El número de estos en el ejército debía pues sobrepajar con mucho al de los hombres libres lo que equivale á decir, que la defensa del Estado estaba confiada principalmente á aquellos que estaban mas dispuestos á hacer causa comun con el enemigo, que á combatir en provecho de sus opresores.

II.

Como se ha visto la España visigótica estaba peor gobernada, aun que la romana. Hacía tiempo que llevaba el Estado dentro de sí mismo el gérmen de su ruina, y su debilidad era tal, que bastó un ejército de doce mil hombres, ayudados por la traición para derribarlo en un cerrar de ojos.

El gobernador de África Muza-ibn-Nosair, había estendido hasta el Océano los límites del imperio árabe. Tan sólo le resistía aun la ciudad de Céuta perteneciente al imperio bizantino, (a) que había poseído ante todo el litoral africano, pero que co-

(a) Contra esta opinión ya sostenida por Faustino de Borbon, pero que Dozy funda principalmente

mo el emperador se hallaba muy distante para prestarle eficaces socorros, mantenía

en la interpretacion del siguiente pasaje de Isidoro Pascense: «Quod ille concilio nobilissimi viri Urbani Africanæ Regionis, sub dogmatæ Catholicæ fidei exorti,» en las que entiende debe leerse «Julianis exarsi» (cap. V. de las «Recherches») se ha publicado recientemente (1877) por D. Aureliano Fernandez Guerra, un folleto titulado «D. Rodrigo y la Cava,» en que con la autoridad de S. Isidoro (616) «Orig. XIV» 4; Juan Biclár. (540-621) «Chronicon,» (573) «Nomina civitatum Hispaniæ sedes episcopaliũ» pergamino del año 780, de la Biblioteca del Escorial, publicado por el mismo autor, Sr. Fernandez Guerra, Enb Abdelhaquem, Isa Arrazi en el «Bayan almogreb,» Ajbár machmua 18-19-El Silence 6.-El Arzobispo D. Rodrigo III, 15-20 Almackari I, 156, sostiene que Céuta no dejó de pertenecer á España, desde los tiempos del Emperador Oton. «Caen, dice, sobre la Tingitania, los árabes acaudillados por Muza, desbaratan á Rechila, Duque de la provincia; subyugan á Tanjer el año 709 y van oprimiendo uno á uno los Condados. Céuta se defiende con los auxilios de los hombres y víveres que á toda hora recibe de España. Pero el Conde D. Julian echa sus cuentas, y halla que ninguna le sale tan buena como entregar las ciudades y castillos de su mando á los árabes, con provechosas condiciones para él, su familia y amigos; é irse á la parte en las afortunadas empresas y aventuras de los sectarios de Mahoma. Pónelo por obra. Taric, lugarteniente de Muza, exige del Conde para darle crédito, que se declare en abierta rebelion contra Witiza, su amo y señor natural, y hácia el otoño de 709 atraviesa Julian el Estrecho, lleva la desolacion y la muerte á

estrechas relaciones con España. Por eso su gobernador Julian, había enviado su hija á la córte de Toledo, á fin de que allí recibiera una educacion adecuada á su naci-

las comarcas de Algeciras, y repasa luego el mar con muy rica presa y gran número de cautivos. Animados Taric y Muza, envian en Julio del año siguiente, sobre la que por ello se denominó Tarifa, otra expedicion confiada á Tarif Abu-Zara, que vuelve á Céuta con ópimos despojos.»

«Muerto Witiza, y negado el cetro real á Olmundo Rómulo y Ardabasto, y á sus tios D. Oppas y Sisberto, ponen estos su remedio y esperanza en el Conde D. Julian, como en traidor consumado. Y le conocían bien. No han trascurrido tres meses, y Julian con Taric y doce mil aventureros, africanos y árabes, arriban á España el mártes 28 de Abril de 711.» Y mas adelante: «Muza entró en celos de Taric y Julian, deja las delicias de África, viene con tropas de refresco, y halla en Julian un servidor fiel, un guia solícito y un consejero sábio en el dia de la contrariedad y el castigo, porque Julian discurre siempre lo más seguro y eficaz para aumentar las desventuras y sérvidumbre de su pátria. Ni abandonó á Muza cuando este fué á rendir cuentas de su administracion ante el Califa de Damasco, ni se detuvo en aconsejarle allí que cediera al Príncipe de los Creyentes el producto de sus rapiñas y bárbaros despojos á trueque de conservar la vida.»

Respecto á la pretendida deshonra de la hija de Julian, se hace notar en el mencionado folleto, que la referida tradicion trae su origen del egipcio Abderrahman ben Abdelháquem, que escribió una historia de la conquista de África y España por los sarracenos, recogiendo tradiciones sin crítica, y mezclando noticias verdaderas con narraciones de rawies. Isa Arrazi (el moro Razis) que adicionó la historia de España escrita por su padre, le añadió nuevos episodios, de quien lo copió Ebn Adhari (980) en su «Bayan almogreb.» Y es de imaginar

miento; pero tuvo la desgracia de agradar al rey D. Rodrigo, que la deshonoró. Ciego de cólera Julian, abrió á Muza las puertas

cuánto agradecería esto á un descendiente de Olmundo, el hijo mayor de Witiza al historiador Ebn Alcotya, 977, (el hijo de la goda) llamado así por ser descendiente de Sara, de quien heredó las pingües posesiones, precio de su traicion. De aquí pasó al autor anónimo del «Ajbar machmua» (coleccion de tradiciones,) que lo dá ya como cosa sabida y corriente á Almackari etc.

«Si existió Florinda, dice, resumiendo su juicio, si «recibió ultraje en su honor, si el conde Julian su «padre corrió presuroso á vengarlo á costa de su pá- «tria, la Historia, Cronologia y la Crítica, piden «que se tenga por autor del agravio, nó á Rodrigo, «sino al brutal y lujurioso Witiza. Pero yo tengo «para mí que no hay tal afrenta.

Sin pretender decidir nosotros esta última cuestion que trae divididos á nuestros mejores historia- dores, haremos notar: 1.º que la única espedicion de los musulmanes á España, anterior á la de Tarif de que tenemos noticia probable, ya que nó muy segura por ser muy posterior, el historiador que nos la refiere es la de Sebastian de Salamanca, en estas palabras: «Illius namque tempore ducenta septua- «ginta naves sarracenorum Hispaniæ litus sunt ad- «gressæ: ibique omnia eorum agmina ferro sunt de- «leta et clasis earum ignibus concremata.»

2.º que las atrocidades atribuidas á Witiza nos parecen por lo menos tan poco fundadas como las liviandades de D. Rodrigo. El único cronista con- temporáneo es Isidoro de Beja, quien le alaba de clemente y conciliador, «qua de causa propria mor- te decesso jam Patre, florentissime suprafatos per annos Regnum retemptat atque omnibus Hispania gaudio nimio freta alacriter lectatur.»

Creemos pues que el tradicional ultraje de don Rodrigo á Florinda y el novísimo de Witiza, tienen el mismo valor para la crítica, esto es ninguno.

de la ciudad despues de haber concluido con él un tratado ventajoso, le habló de España, le indujo á intentar su conquista, y puso los buques que tenía á su disposicion. Muza escribió al Califa Walid pidiéndole órdenes. El Califa juzgó peligrosísima la empresa. «Haced explorar á España, le contestó, por tropas lijeras, pero guardaos por «ahora de esponer un gran ejército á los «peligros de una expedicion á Ultramar.» Muza envió, pues, á uno de sus clientes llamado Abu-Zara-Tarif, con cuatrocientos hombres y cien caballos, que habiendo pasado el estrecho en cuatro buques que le suministró Julian, saquearon los alrededores de Algeciras, y se volvieron al África. (Julio de 710.)

El año siguiente, Muza aprovechó la ausencia de Rodrigo, ocupado en sujetar una sedicion de los vascos, para enviar á España otro de sus clientes, Taric-ibn-Zeyad, su general de vanguardia, con siete mil musulmanes. Eran casi todos berberiscos, y les acompañaba Julian.

Habiendo pasado sucesivamente el Estrecho en las cuatro naves de que Tarif se había servido, pues los musulmanes no tenían otras, los reunió Taric en la montaña que

hasta hoy lleva su nombre (Gebal-Taric, Gibrartal), á cuyo pié se encontraba la ciudad de Carteya. (1) Contra ella envió Taric una division mandada por uno de los pocos oficiales árabes que tenía en su ejército Abdel-Melic, de la tribu de Moafir. (2) Carteya cayó en poder de los musulmanes, (3) y Taric se habia adelantado ya hasta el lago que lleva el nombre de la Janda, cuando supo que D. Rodrigo marchaba contra él á la cabeza de un numeroso ejército. Difícil le hubiera sido volver al África sus tropas, si tal hubiera sido su propósito, pero ni siquiera pensó en ello; la ambicion, la codicia y el fanatismo le empujaban adelante. Pidió refuerzos á Muza, y éste le envió otros cinco mil berberiscos en los buques que habia hecho construir despues de la partida de su teniente. Poco era esto en comparacion del gran ejército de Rodrigo; pero la traicion vino en ayuda de los musulmanes.

Rodrigo habia usurpado la corona que llevaba. Apoyado por muchos grandes, (b)

(1) Véase la nota A al fin de este tomo.

(2) Es el séptimo abuelo de Almanzor.

(3) Ibn-al-Cutia, fól. 4 r.; Ibn-Adhari tomo II, pág. 11 y 273.

(b) Aunque las palabras del Pascense «hortante

habia destronado y aun muerto á lo que parece, á su predecesor Witiza. Tenía pues contra sí un partido poderoso, á cuya cabeza se encontraban los hermanos y los hijos del último rey. Él quería ganarse á los jefes de este partido, y á punto de marchar contra Taric los invitó á que vinieran á su lado. La ley los obligaba y vinieron, pero con el corazon lleno de resentimientos, de

«Senatu,» opinamos que deben entenderse del Aula Regia ó Consejo Palatino, dada la costumbre de los cronistas de este tiempo de designar con nombres antiguos cosas nuevas, esto no obsta para asentir á la opinion comun de los historiadores de que el último rey de los visigodos fué elevado al sólio por los elementos romano-elesiásticos. Recuérdese además de las razones que suelen darse de ordinario, que Witiza, no sólo perdonó á los perseguidos por su padre Egica y les devolvió sus bienes, sino que, además, los restableció en el oficio palatino, «palatino restaurat officio» (Isid. Pasc.) Estos partidarios del «piadoso» Ervigio, fueron los que escitaron á Rodrigo á escalar el trono revolucionariamente (tumultuosé,) continuando así la série de traiciones que concluyeron con el reino. En estas luchas entre los elementos góticos y latino-elesiásticos que nunca se fundieron, representados por las dos últimas familias reales, debe buscarse la causa política de su ruina, mas que en pretendidas liviandades de los reyes; las causas sociales eran mas hondas, y nuestro autor las esplica con sobrada claridad.

ódio y de desconfianza. Rodrigo trató de apaciguarlos, de darles seguridades, de atraérselos, mas con tan poco éxito, que formaron el proyecto de hacerle traicion en cuanto vinieran á las manos con el enemigo. No porque tuvieran intencion de entregar la pátria á los berberiscos, no podian alimentar designio semejante, pues que ambicionaban el poder, esto es, el trono y entregar el país á los africanos, no era el mejor medio de alcanzarlo. El hecho es que á su parecer, y en el fondo tenian razon, los berberes no habian venido para conquistar el reino, sino para hacer una «razia.» «Lo que quieren estos estrangeros, se decian, es botin y cuando lo consigansen volverán al África.» Lo que ellos querian, era, que Rodrigo perdiera con una derrota su fama de capitán valiente y afortunado, á fin de hacer valer con mejor éxito que hasta entónces sus pretenciones á la corona. Podía suceder tambien que Rodrigo pereciera, y en este caso sus probabilidades aumentaban. En una palabra, ellos se dejaban guiar por un estrecho egoismo y carecian de prevision, pero si entregaron su pátria á los infieles fué sin saberlo y sin quererlo.

La batalla tuvo lugar en las riberas del

Wadi-Becca, (1) (17 de julio de 711.) Las dos alas del ejército español estaban mandadas por dos hijos de Witiza y se componían principalmente de los siervos de estos príncipes que los obedecieron de buena voluntad cuando les mandaron volver la espalda al enemigo. El centro, que estaba á las órdenes del mismo D. Rodrigo, se mantuvo firme durante algun tiempo, pero al cabo perdió pié, y entónces los musulmanes hicieron una gran matanza en los cristianos. Rodrigo fué muerto, á lo que parece; por lo menos no volvió á parecer, (c) y el pais se encon-

(1) Este riachuelo lleva hoy el nombre de Salado, y desemboca en el mar no léjos del cabo de Tráfalgar entre Veger de la Frontera y Conil. Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 314-316.

(c) Misteriosa es hasta el presente la suerte de D. Rodrigo. Nowairi dice que—«habiendo puesto Dios «derrota las tropas de Ruderiq, se ahogó este en el «rio.» Aben-Abdi-l-Aquem: «No se oyó hablar mas «de Ruderiq, ni nadie sabe lo que le aconteció. Los «árabes hallaron el caballo tordo que montaba, el «que llevaba una silla adornada de oro, esmeraldas «y rubies, y sus piernas conservaban huellas del «fango en que había caído: tambien se encontraron «en el lodo una de las botas de Ruderiq.» Ebnu-l-Abba en su «Hollato» As-Siyara. «No quedaron vestigios de Ruderiq, ni nadie sabe donde fué á parar «ni lo que hizo, sino que los musulmanes hallaron «el caballo tordo que montaba y su silla guarneci-

tró sin rey, en el momento que tenía más necesidad. Taric se aprovechó de esta circunstancia. En lugar de volverse al África, como se pensaba, y como el mismo Muza se lo había ordenado, avanzó atrevidamente. Esto bastó para que se hundiera instantáneamente aquel imperio corroído. Todos los descontentos y todos los oprimidos facilitaron su taréa á los invasores. Los siervos no quisieron moverse por temor de que sus señores se salvaran con ellos; los judíos se

«da de jacintos y piedras preciosas, y fué que se catolló el bruto en el fango y cayó sobre sus piernas «y se sumergió el bárbaro y quedó en el fango uno «de sus botines, que fué recogido, mas no se encontró el otro y desapareció su cuerpo que no fué hallado muerto ni vivo.» De las crónicas latinas Sebastian de Salamanca se expresa así: «De Ruderico «véro rege nulli cognita manet causa interitus ejus «rudis namque nostris temporibus cum Visæo civita «et suburbana ejus á nobis populata essent, in quadam «Basílica monumentum est inventum, ubi de «super Epitaphium sculptum sic dicit. «Hic requiescit Rudericus Rex Gothorum.»

El Albeldense: «De rege quoque codem Ruderico «nulli cognita manet causa interitus ejus: usque in præsentem «diam;» y el Arzobispo D. Rodrigo conforme con las crónicas arábigas... «Quid de rege «Ruderico acciderit ignoratur, tamen corona vestes «et insignia et calciamenta auro et lapidibus adornata et equus, qui Orelia dicebatur in loco tremulo «juxta fluvium sine corpore inventa.»

levantaron donde quiera, y se pusieron á disposicion de los musulmanes. Despues de haber obtenido una nueva victoria cerca de Écija, Taric pudo pues marchar sobre Toledo y enviar destacamentos contra Córdoba, Archidona y Elvira. Archidona fué ocupada sin combate, habiéndose refugiado sus habitantes en los montes; Elvira fué tomada á viva fuerza, y confiada á una guarnicion compuesta de musulmanes y judíos. Córdoba entregada á los mahometanos por un pastor, por un siervo que les indicó una brecha por la que podian penetrar en la plaza: en Toledo, los judíos hicieron traicion á los cristianos. Una indecible confusion reinaba por do quiera; parecia que los patricios y los prelados habian perdido la cabeza. «Dios había llenado de temor los corazones de los infieles,» dice un cronista musulman, y en efecto, fué un general sálvese quien pueda. En Córdoba no se encontraron patricios, se habian ido á Toledo: en Toledo tampoco se encontraron, se habian refugiado en Galicia. El mismo metropolitano había abandonado á España, para mas seguridad se fué á Roma. (d) Los que no bus-

(d) Per idem tempus divæ memoriæ Sinderedus urbis Regiæ Metropolitanus Episcopus sanctimo-

caron la salvacion en la fuga, pensaron más en pactar que en defenderse. De este número fueron los príncipes de la familia de Witiza. Haciendo valer su traicion como un título al reconocimiento de los musulmanes pidieron y obtuvieron los dominios de la corona de que los reyes no habian tenido mas que el usufruto, (1) y que se componian de tres mil metareas. Además, Oppas, uno de los hermanos de Witiza fué nombrado gobernador de Toledo.

Por una fortuna que nadie hubiera esperado, una simple razia se habia convertido en una conquista. Este resultado desconcertó mucho á Muza. Bien hubiera querido que España fuese conquistada, pero no quería que lo fuera por otro; envidiaba á Taric la

niæ studio claret: atque longævos et merito honorabiles viros, quos in suprafata sibi commissa Ecclesia reperit, non secundum scientiam zelo sanctitatis stimulat, atque instinctu jam dicti Witizæ Principis eos sub ejus tempore convexare non cessat: qui et post modicum incursus Arabum expavescens non ut pastor, sed ut mercenarius Christi oves contra decreta majorum deserens, Romanæ Patriæ sese adventat (2).

Nótase la contradicción que parece existir entre la primera y segunda parte de este párrafo.

(1) Forum Judicum, Libr. V, t. I, 12.

gloria y las ventajas materiales de la conquista. Felizmente, había todavía algo que hacer en la Península; Taric no había tomado todas las ciudades, ni se había apropiado todas las riquezas. Muza resolvió, pues, marchar á España, y en el mes de Junio de 712 pasó el Estrecho con diez y ocho mil árabes. Tomó á Medina-Sidonia, y los españoles que se le habían unido se encargaron de entregarle á Carmona. Presentándose armados delante de sus puertas y fingiéndose hombres que habían huido á la aproximación del enemigo, pidieron y obtuvieron el permiso de entrar en la ciudad, y luego aprovecharon la oscuridad de la noche para entregársela á los árabes. Sevilla fué mas difícil de tomar. Era la mayor de las ciudades de España, y fué preciso sitiarla durante muchos meses ántes de que se rindiera.

Mérida opuso tambien una larga y vigorosa resistencia, pero acabó por capitular (1 de Junio de 713). Muza se puso en seguida en camino para Toledo. Taric salió á su encuentro para ofrecerle sus homenajes, y desde que lo divisó echó pié á tierra, pero Muza estaba tan irritado contra él, que le dió de latigazos. «¿Por qué, le dijo, avanzastes sin mi permiso? ¿No te había ordena-

do hacer solo una racia, y volverte al África en seguida?»

El resto de España, á escepcion de algunas provincias del Norte, fué conquistado, sin dificultad. La resistencia no servía para nada; falta de jefe, carecía de plan y direccion, y por otra parte el interés aconsejaba á los españoles someterse cuanto ántes: haciéndolo, obtenian tratados bastante ventajosos, mientras que cuando sucumbian despues de haber intentado defenderse perdian los bienes. (1)

En general, la conquista no fué más que una gran calamidad. Verdad es que al principio, como en la invasion de los germanos, hubo un período de anarquía. Los musulmanes saquearon algunos lugares, quemaron algunas ciudades, ahorcaron algunos patricios que no habian tenido tiempo de escapar, y hasta mataron niños á puñaladas; pero el gobierno árabe reprimió pronto estos desórdenes y estas atrocidades, y una vez restablecida la tranquilidad, la generacion enervada de este tiempo se sometió á su suerte sin murmurar mucho. Y cierta-

(1) Véanse mis «Etudes sur le Conquete de l'Espagne por les Arabes» en el primer tomo de mis «Recherches.»

mente, la dominacion arábiga era por lo ménos tan tolerable como la de los Visigodos. Los conquistadores, dejaron á los vencidos sus leyes y sus jueces civiles ó gobernadores de su nacion, eran los encargados de percibir sus impuestos y de regular sus diferencias. Las tierras de los distritos conquistados con las armas y los que habian pertenecido á la Iglesia, con los patricios que se habian refugiado en el Norte, se dividieron entre los conquistadores; pero dejaron en ellas los siervos que las poblaban.

Esto estaba en la naturaleza de las cosas, y los Árabes hicieron lo mismo en todas partes. Solo los indígenas conocian los procedimientos agrícolas, y los conquistadores eran por otra parte demasiado orgullosos para ocuparse de ellos. (1) Impúsose, pues, al siervo la obligacion de cultivar la tierra como ántes, y de entregar al propietario musulman las cuatro quintas partes de la cosecha y de otros productos. Los que poblaban los dominios del Estado que debian ser bastante numerosos, pues que este dominio comprendía el quinto de las tierras confiscadas, no debian entregar más que la ter-

(1) Comparadlo con Maccari tom. II. p. I.

cera parte de la cosecha. Al principio la entregaban al tesoro; pero esto se modificó en adelante. Constituyéronse feudos con una parte de estos dominios, que se dieron á los Árabes que vinieron á establecerse en España; posteriormente á los que acompañaban á Samh y á los Sirios que llegaron con Baldj. Por lo demás, los cultivadores no perdieron nada con esta medida; para ellos no hubo otra diferencia que la de entregar á los feudatarios los que ántes entregaban al Estado. En cuanto á los demás cristianos su posecion dependía de los tratados que habian podido obtener, y algunos de ellos eran muy ventajosos. Así los habitantes de Mérida, que se hallaban en la ciudad en el momento de la capitulacion, conservaron todos sus bienes, no cediendo mas que los ornamentos y las propiedades de las iglesias. En la provincia de que Teodomiro era gobernador, y que comprendía entre otras ciudades las de Lorca, de Mula, de Orihuela y Alicante, los cristianos no cedieron nada, obligándose tan solo á pagar un tributo, parte en dinero, parte en especie. (1)

(1) El tratado que Teodomiro concluyó con Abdalasis, hijo de Muza, se encuentra en Dhabbi. Ca-

Puede decirse que por regla general los cristianos conservaron la mayor parte de sus bienes, obteniendo además el derecho de enajenarlos, derecho que no tenían en tiempo de los Visigodos. Á su vez quedaron obligados á pagar al Estado la capitacion que era de cuarenta y ocho dirhems para los ricos, de veinte y cuatro para la clase media, y de doce para los que vivian de su trabajo manual, (1) y se pagaba por duodécimas al fin de cada mes lunar; (2) de ella estaban esceptuados, sin embargo, las mujeres, los niños, los monjes, los licitados, los mendigos y los esclavos. Los propietarios, además tienen que pagar el «Karádj,» impuesto sobre los productos, que se regulaba por la naturaleza de las tierras en cada localidad, pero que se elevaba de ordinario á un veinte por ciento. La capitacion

siri ha publicado el texto. (Tom. II, p. 106.)

(1) Evaluando el dirhem á 12 sueldos de nuestra moneda, esta tarifa sería 29,80 fr.-14,40-7,20, pero como en el siglo VIII el valor de la plata era, respecto al actual como 11 es á 1 (Véase Leber «Essai sur l'appréciation de la fortune privée au moyen âge;») aquella tarifa sería en realidad. 316,80 fr.-158,40-79-20.

(2) Leovigild. «De Habitu Clericorum.» «Esp. Sagr.» tom. XI, pág. 52.

cesaba para los que abrazaban el islamismo; el «Kharádj» por el contrario, continuaba á pesar de la conversion.

En comparacion de la que habian tenido, la condicion en que los musulmanes dejaron á los cristianos no era demasiado dura. Añádase á esto, que los Árabes eran muy tolerantes. En materia de religion no violentaban á nadie, y lo que es mas, el gobierno á no ser que fuera muy piadoso (lo que era la escepcion,) no deseaba que los cristianos se hicieran musulmanes; el tesoro perdia mucho. (1) Tampoco los cristianos se mostraron ingratos. Contentos con la tolerancia y la equidad de sus conquistadores, preferían su dominacion á la de los germanos, á la de los francos por ejemplo, (2) durante todo el siglo VIII las rebeliones fueron muy raras, los cronistas citan tan solo la de los cristianos de Beja, y aun parece que estos no fueron mas que los ins-

(1) Comparad mas arriba lín. I. cap. X.

(2) *Urbs erat interea Francorum inhospita turmis, Maurorum votis adsociata magis,*

dice Ermold Nigél (I, -57) hablando de Barcelona. — M. Amari es tambien de opinion de que la condicion de los sicilianos bajo los musulmanes era superior á la de los otros pueblos italianos que vivian bajo el dominio de los Lombardos y de los Francos, («Storia dei Musulmani di Sicilia,» t. I. p. 483.)

trumentos de un jeque árabe ambicioso. (1) Aun los sacerdotes, por lo menos al principio no estaban muy descontentos, y eso que ellos tenían mas motivos para estarlo. Puede formarse juicio sobre su manera de ver, leyendo la crónica latina escrita en Córdoba en 752, y que se atribuye sin razon á á Isidoro de Beja. (e) Su autor aunque hombre de Iglesia, es mas favorable á los musulmanes que ninguno de los escritores españoles anteriores á el siglo XIV, y no porque carezca de patriotismo, por el contrario, él deplora las desgracias de España y la dominacion arábica es para él el imperio de los bárbaros, «*efferum imperium*»; pero si ódia los conquistadores, ódia en ellos mas bien los hombres de otra raza que los de otra religion. Hechos que harian saltar de indignacion á eclesiásticos de otra época, no le arrancan una palabra de censura. Cuenta por ejemplo, que la viuda de D. Rodrigo se casó con Abdalasis, hijo de Muza; pero no se escandaliza de este matrimonio,

(1) Maccari t. II pág. 17.

(e) Compárese lo dicho por nuestro autor en sus «*Recherches*,» con lo expuesto por D. Teófilo Martínez Escobar. («*Revista mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias, de Sevilla*,» t. II, p. 412-418.

que parece encontrar cosa muy natural.

Bajo cierto respeto, la invasion arábica fué hasta un bien para España, pues que produjo una importante revolucion social que hizo desaparecer gran parte de los males bajo que el pais gimió durante siglos.

El poder de las clases privilegiadas, del clero y la nobleza estaba debilitado y casi extinguido, y como las tierras confiscadas se repartieron entre gran número de personas, creció comparativamente por lo menos la pequeña propiedad. Esto fué un gran bien y una de las causas del florecimiento de la agricultura en la España árabe. Por otra parte la conquista había mejorado la condicion de las clases serviles. El Islamismo era mas favorable á la emancipacion de los esclavos que el cristianismo, tal como lo entendian los obispos del reino visigodo. En nombre del Eterno, Mahoma ordenó que se permitiera rescatar á los esclavos. Emanciparlos era una obra de piedad, con la que podian expiarse muchos delitos. Así la esclavitud entre los Árabes no era dura ni larga. Muchas veces el esclavo, despues de algunos años de trabajo, era declarado libre, sobre todo, si abrazaba el islamismo. La suerte de los siervos que poblaban las tier-

ras de los musulmanes, se mejoró también: llegaron á convertirse en una especie de arrendatarios, y gozaron de una cierta independencia, porque como sus señores no se dignaban ocuparse de los trabajos agrícolas, tenían libertad para cultivar la tierra como les pareciese. En cuanto á los esclavos y siervos de los cristianos, la conquista les suministró un medio facilísimo de emanciparse. Para esto no tenían mas que huirse á la propiedad de un musulman y pronunciar estas palabras: «No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su Profeta. Desde entonces eran musulmanes «libertos de Allah,» como decía Mahoma. Gran número de siervos se emanciparon de este modo, y no hay por qué asombrarse de la facilidad con que abandonaban el cristianismo. Á pesar del poder ilimitado de que había gozado el clero, en tiempo de los Visigodos, esta religion no había echado en España profundas raíces. Casi enteramente pagana, cuando Constantino hizo del cristianismo la religion del Estado, España permaneció tanto tiempo fiel al antiguo culto, que hácia la época de la conquista árabe, todavía el cristianismo y el paganismo se disputaban el triunfo, y los obispos se veían obligados á fulminar

amenazas y tomar enérgicas medidas contra los adoradores de los falsos dioses. (1) Aun entre los que llamaban cristianos, el cristianismo estaba más en los labios que en el corazón. Los descendientes de los romanos habían conservado algo del escepticismo de sus abuelos, y los de los godos, se interesaban tan poco en las cuestiones religiosas que de arrianos se hicieron católicos, tan pronto como Recaredo les dió el ejemplo.

Distraídos con otros cuidados, los ricos prelados del reino Visigodo, que tenían que refutar á los heterodoxos, discutir dogmas y misterios, gobernar el Estado y perseguir á los judíos, no habían tenido lugar «de hacerse pequeños con los pequeños, de murmurar con ellos las primeras palabras de la verdad, como un padre se complace en balbucear las primeras palabras con su hijo,» como decía S. Agustín; y si habían hecho aceptar el cristianismo, no habían conseguido hacerlo amar. No es pues extraño que los

(1) Véase el segundo artículo de las actas de concilio XVI de Toledo, celebrado en 693.—Hacia el fin del siglo VI, Masona Obispo de Mérida, convirtió muchos paganos. «De vita P. P. Emeritensium» pág. 358.

siervos no hubieran podido resistir la tentacion cuando los árabes les ofrecieron la libertad á cambio de su conversion al islamismo. Algunos de estos desgraciados, permanecian paganos todavia; los otros no conocian tampoco el cristianismo, siendo la educacion religiosa que habian podido recibir, tan elemental, ó por mejor decir, tan nula, que el misterio católico y el musulman les eran igualmente impenetrables; pero lo que ellos sabian y comprendian demasiado bien, era, que los sacerdotes habian engañado cruelmente las esperanzas de emancipacion que les inspiráran un dia, y

(1) Un autor español que escribia en el siglo XVII bajo el reinado de Felipe IV, se espresa sobre este asunto en estos términos: No hay que admirarse que los habitantés de las Alpujarras hayan abandonado su fé con tanta facilidad. Los que hoy las habitan son «cristianos viejos», no corre por sus venas ni una gota de sangre impura, son súbditos de su rey católico, y sin embargo, faltos de directores y á consecuencia de la opresion en que viven ignoran de tal modo lo necesario para su salvacion, que apenas sí quedan entre ellos algunos vestigios de la religion cristiana. ¿Cree alguien, que si lo que Dios no quiera, los infieles se enseñorearan de nuevo de su pais, tardarian mucho en abandonar su fé y en abrazar las creencias de los vencedores? Pedraza. «Historia eclesiástica de Granada,» f. 95 v.

lo que querian á toda costa era sacudir el yugo. Ni fueron los únicos que abandonaron el antiguo culto. Muchos patricios hicieron lo mismo, sea por no verse obligados á pagar la capitacion, sea por conservar sus bienes cuando los Árabes se aprestaron á violar los pactos, sea porque creyeran con toda sinceridad en el origen divino del Islamismo.

Hasta aquí no hemos hablado mas que de las mejoras que la conquista arábica produjo en el estado social del pais, pero para ser justos debemos añadir que si esta conquista fué un bien, bajo muchos aspectos, fué un mal bajo de otros. Asi, el culto era libre, pero la Iglesia estaba sometida á una dura y vergonzosa servidumbre. El derecho de convocar concilios, como el de nombrar y deponer á los obispos, había pasado de los reyes visigodos (1) á los sultanes arábigos. (2) lo mismo que en el Norte pasó á los reyes de Astúrias, (3) y este derecho fatal, confiado á un enemigo de la religion cristiana, fué para la Iglesia fuente inagotable

(1) Véase el sexto artículo de las actas del XII concilio de Toledo.

(2) Véase «Vita Johannis Gorzuntis», c. 129.

(3) Marina, Ensayo, t. I, p. 5 y sig.

de males de oprobios y de escándalos. Cuando habia Obispos que no querian asistir á un concilio, los sultanes hacian sentar en su lugar judíos y musulmanes. (1) Vendian la dignidad episcopal al mayor postor, de modo que los cristianos tenían que confiar sus mas caros y sagrados intereses, á hereges ó libertinos que aun durante las fiestas mas solemnes de la Iglesia, concurrían á las orgías de los cortesanos árabes, á incrédulos que negaban públicamente la vida futura ó á miserables, que no contentos con venderse, vendian tambien á su rebaño. (2) Una vez, los empleados del fisco se quejaron de que muchos cristianos de Málaga, lograban sustraerse al pago de la capitacion, permaneciendo ocultos. Entónces, Hostigésio, obispo de esta diócesis, les prometió proporcionarles una lista completa de los contribuyentes. Y cumplió su palabra. Durante su visita anual, rogó á sus diocesanos les dijeran su nombre y los de sus amigos y parientes para formar con ellos una lista á fin de poder rogar á Dios por cada una de sus ovejas. Los cristianos que no desconfiaban de su pastor,

(1) Samson, «Apolog.» L. II, c. 8.

(2) Véase Alvaro, «Epist. XIII, c. 3; Samson, «Apolog.» L. II, c. 2, 4.

cayeron en el lazo. Desde entónces ninguno pudo sustraerse á la capitacion, gracias al registro episcopal los recaudadores conocian á todos los contribuyentes. (1)

Por otra parte, desde que los Árabes afirmaron su dominio, observaron los tratados menos escrupulosamente que cuando su poder no estaba aun bien establecido. Así sucedió en Córdoba por ejemplo. En esta ciudad, los cristianos no habian conservado mas que la catedral dedicada á S. Vicente, todas las otras iglesias habian sido destruidas; pero la posesion de la Catedral, les habia sido garantida por un tratado. Durante muchos años; este pacto fué observado, (2) pero habiendo aumentado la poblacion de Córdoba con la llegada de los árabes de la Siria, y hallándose las mezquitas demasiado pequeñas, los Sirios opinaron que debia hacerse en Córdoba lo que en Damasco, (3) en Emesa, (4) y en otras ciudades de su país, esto es, quitar á los cristia-

(1) Samson, L. II, c. 2.

(2) En el año de 747, los cristianos poseian aun la catedral, el autor del «Akhbár madjmua» lo atestigua expresamente, fól. 74 v.

(3) Véase Ibn-Batuta, t. I, p. 198.

(4) Véase Iztakhri, p. 33.

nos la mitad de sus catedrales, para convertir las en Mezquitas. Aprobando el gobierno esta manera de ver, los cristianos se vieron obligados á ceder la mitad de su catedral. Mas tarde, en el año de 784, Abderramen I, quiso que le vendieran la otra mitad. Ellos rehusaron espresamente diciendo que no les quedaría ningun edificio en que celebrar su culto. Abderramen, insistió sin embargo, y por último se llegó á una transaccion: los cristianos cedieron la catedral en la suma de cien mil dineros, (1) luego que obtuvieron el permiso de reedificar las iglesias que habian sido destruídas. (2) Esta vez, Abderramen, habia sido equitativo, pero no lo fué siempre pues que violó el tratado que los hijos de Witiza habian hecho con Taric, y que el Califa habia ratificado confiscando las posesiones de Ardabasto, uno de estos príncipes tan solo por que las encontraba demasiado estensas para un cristiano. (3) Otros pactos fueron modificados

(1) Un millon de francos, once del valor actual de nuestra moneda.

(2) Razi «apud» Maccari, t. I, p. 368. Ibn-Adharí cita tambien este pasage, pero abreviándolo un poco; t. II. p. 244, 245. Compárese con Maccari, t. I, p. 359, l. 2.

(3) Ibn-al-Cutia, fól. 15 v.

de una manera enteramente arbitraria, de modo, que en el siglo IX, apenas si se conservaba rastro. Además, como los doctores enseñaban que el gobierno debía manifestar su celo religioso aumentando las contribuciones á los cristianos, (1) tantas extraordinarias se les impusieron, que ya en el siglo IX muchas de sus poblaciones, la de Córdoba entre otras, se encontraban pobres ó hambrientas. (2) En otras palabras, sucedió en España lo que en todos los países que los Árabes conquistaron, su dominacion de dulce y humana que habia sido en un principio, degeneró en un despotismo intolerable. Desde el siglo IX, los conquistadores de la Península siguieron á la letra el consejo del Califa Omar, que habia dicho crudamente: «Nosotros debemos «comernos» á «los cristianos y nuestros descendientes de-«ben comerse á los suyos mientras que dure «el islamismo.» (3)

(1) «Journ Asiat,» IV série, t. XVIII. p. 515.

(2) En una ocasion se les impuso á los cristianos de Córdoba, un extraordinario de cien mil dineros, once millones de francos de valor actual de nuestra moneda.

(3) Abu-Imail-al-Bazri, «Fotuh as-Cham,» página 124.

Sin embargo, no eran los cristianos los que se quejaban mas de la dominacion arábica un siglo despues de la conquista. Los mas descontentos eran los renegados, los que los árabes llamaban «mowallad,» esto es, los «adoptados.» Estos renegados no pensaban todos del mismo modo. Habia entre ellos «cristianos ocultos,» (1) es decir, hombres que se reprochaban duramente su apostasía. Estos eran muy desdichados porque no podian volver al cristianismo. La ley musulmana es inexorable en este punto: una vez hecha la profesion de fé, acaso en un momento de mal humor, de debilidad, de cobardía, de presion, cuando no se tenía dinero para pagar la capitacion, (2) ó cuando se temía ser condenado á una pena infamante por el juez cristiano, (3) una vez hecha la profesion, repetimos, el renegado, aunque atormentado continuamente por el grito de su conciencia, era musulman para siempre, y si apostataba, la ley lo condenaba á muerte. Mas dignos de compasion eran aun sus descendientes, si que-

(1) Christiani occulti. Eulog. «Mem. Sanc,» L. II.

(2) Samson, «Apolog.» L. II, c. 5.

(3) Idem, «ibid,» L. II. c. 3.

rian volver al gremio de la Iglesia, pues que tenían que sufrir la falta de sus antepasados. La ley los declaraba musulmanes por haber nacido de un musulman y por consiguiente, debían también perder la vida si renegaban de Mahoma. La Iglesia musulmana los cogía en la cuna y no los abandonaba hasta la tumba.

Era pues natural, que los musulmanes, arrepentidos murmuraran; pero de estos era el menor número, la mayoría se había adherido sinceramente al Islamismo, y sin embargo, estos murmuraban también. Á primera vista, debe sorprender este fenómeno. En su mayor parte eran libertos, esto es, hombres cuya condición había mejorado con la conquista; ¿cómo es que no estaban contentos con los Árabes? Nada sin embargo mas sencillo. «La historia está llena de «parecidos espectáculos. No es siempre yendo de mal en peor como se cae en las revoluciones. Sucede las mas veces, que un «pueblo que había soportado sin quejarse y «como si no las sintiera, las leyes mas opresoras las rechaza violentamente en cuanto se aligera su peso.» (1)

(1) De Tocqueville.

Júntese á esto, que la posicion social de los renegados era intolerable. Los Árabes los excluian de ordinario de los empleos lucrativos y de toda participacion en el gobierno del Estado; afectaban no creer en la sinceridad de su conversion, los trataban con una insolencia sin límites; viendo aun el sello de la servidumbre sobre la frente de muchos emancipados, los denostaban á todos con los nombres de esclavos ó hijos de esclavos, (1) aunque algunos contaran en sus familias los mas nobles y los mas ricos propietarios del país. Los renegados no se resignaban á semejante trato, tenian el sentimiento de su dignidad y de la fuerza material de que disponian, pues que constituian la mayoría de la poblacion. No querian que el poder fuera patrimonio exclusivo de una casta estrechamente encerrada en su individualismo, no querían permanecer por mas tiempo en aquel estado de sujecion y de inferioridad social, ni sopor-

(1) Véanse los versos que cita Ibn-Adhari, t. II, p. 114. los que se hallan en Ibn-Haiyan. fól. 64 v y los que yo he publicado en mis «Notices sur quelques manucristes árabes,» p. 258, 259. Es de notar que los árabes no aplican jamás á los cristianos este epíteto infamante.

tar los insolentes desdenes y la dominación de algunas bandas de soldados extranjeros, acantonadas de trecho en trecho. Tomaron pues, las armas, y empeñaron arrogantemente la batalla.

La rebelion de los renegados, en la que los cristianos tomaron parte en la medida de sus fuerzas, se verificó con la variedad que debia revestir en un tiempo en que todo era vário é individual. Cada provincia y cada una de las grandes ciudades se insurreccionó por su propia cuenta, y en época distinta; pero la lucha fué por eso todavía más larga y más sangrienta, como puede verse á continuacion.

III.

En la Córte del Sultan abundaban los renegados (1) que eran en su mayor parte libertos, que, ó cultivaban las tierras que habían adquirido, ó trabajaban á jornal en los campos de los Árabes. (2) Robustos, laboriosos y económicos, parece que vivían con cierta holgura, pues que habitaban principalmente en el arrabal del Mediodia (3) uno de los barrios mas hermosos de la ciudad, pero los dominaba el espíritu revoluciona-

(1) Permítasenos dar este nombre tanto á los renegados propiamente dichos como á sus descendientes.

(2) Véase el «Cartás,» p. 23. I. I.

(3) Antiguamente Secunda. Véase á Maccari, t. I, p. 899, última línea.

rio, y bajo el reinado de Haquen I, se dejaron arrastrar por faquíes ambiciosos, á una insurreccion que terminó con una terrible catástrofe,

Abderramen I había sido demasiado celoso de su poder para permitir á los faquíes, teólogos-jurisconsultos, adquirir una autoridad que le hubiera incomodado para sus medidas despóticas; pero en el reinado de Hixem, su hijo y sucesor, la influencia de aquellos creció considerablemente. Era Hixem un principe verdaderamente religioso, un modelo de virtud. Cuando subió al trono, sus súbditos podian preguntarse todavía si teniendo que elegir entre el bien y el mal se decidiría por éste ó por aquel, porque en unas circunstancias se había mostrado bueno y generoso, (1) y en otras, atróz y vengativo. (2) Pero pronto cesó toda incertidumbre; habiéndole pronosticado un astrólogo una muerte prematura, (3) se apartó de todos los placeres mundanos para no pensar mas que en proporcionarse la salvacion

(1) Véase «Akhbar madjmua,» fól. 990-100 v. Ibn-Adhari, t. II. p. 68-70.

(2) Véase Ibn-al-Khatib, man. P. fól. 213 v, 214 v, Ibn-al-Cutia, fól. 15 r.

(3) Ibn-al-Cutia, fól. 17 v.

con obras de caridad. Vestido con extrema sencillez, recorría solo las calles de la ciudad, se mezclaba con el pueblo, visitaba á los enfermos, entraba en las casucas de los pobres para informarse de sus males y de sus necesidades, con tierna solicitud. Muchas veces, en medio de la noche, cuando llovía á cántaros, salía de su palacio para llevar refrigerios á algun piadoso solitario enfermo, y velar al lado de su jergon. (1) Exactísimo en sus prácticas religiosas, animaba á los demás á seguir su ejemplo. En las noches de tempestad hacía distribuir limosnas á los que iban á las Mezquitas sin acobardarse por el mal tiempo. (2)

Justamente por esta época apareció en el Oriente una nueva secta religiosa que reconocía por jefe el gran doctor medinés Malic-ibn-Anas fundador de una de las cuatro ortodoxas del islamismo. Hixem profesaba una profunda veneracion á este doctor, (3) y por su parte Malic, que tenía ódio mortal á los Abasidas sus señores, desde que habiéndole acusado de prestar el apoyo de su

(1) Abd-al-wahid, p. 12; Ibn-al-Cutia, &c.

(2) »Akhbar madjmua.» fól. 99 v.

(3) Véase Ibn-al-Cutia, fól. 18; Maccari, t. II, p. 154.

nombre célebre y reverenciado á un pretendiente alida, lo hicieron azotar y dislocar un brazo, (1) estaba prevenido á favor del sultan español, rival de sus verdugos, aun ántes de saber hasta qué punto era este monarca digno de su estima, así que cuando sus discípulos españoles le ponderaron la piedad y las virtudes de Hixem, no tuvieron limites su admiracion y su entusiasmo: viendo desde entónces en él el ideal de un príncipe musulman, le proclamó como el único que era digno de sentarse en el trono de los Califas. (2) Los estudiantes no dejaron á su vuelta de informar á su soberano acerca de la gran estimacion que le manifestaba su maestro, é Hixem, halagado en su amor propio, hizo todo lo que pudo para propagar en España la escuela de Malic. Animó á los teólogos á que tomasen el báculo de peregrino para ir á estudiar á Medina, y elegia con preferencia entre los discípulos de Malic sus jueces y sus eclesiásticos.

(1) Véase á Ibn-Khallican, t. I. p. 615, ed de Slane y cf. Weil, t. II, p. 42, 43.

(2) Véase á Ibn-al-Cutia, fól. 18 r., Maccari, tomo II, p. 154.

A la muerte de Hixem, (796) la nueva escuela teológica gozaba ya de gran consideracion, y contaba en su seno jóvenes hábiles, ambiciosos, y emprendedores tales como el berberisco Yahya-ibn-Yahya. Malic, no habia tenido discípulo mas asíduo ni mas atento. Esplicando un dia su maestro, pasó un elefante por la calle, todos los oyentes abandonaron la clase para ver de cerca al animal; Yahya solo permaneció en su sitio con gran sorpresa del venerable profesor, que sin enfadarse de que lo dejaran por el mayor de los cuadrúpedos le dijo con dulzura: «Porqué no vas con ellos? En España no hay elefantes.»—«Yo he dejado mi pátria para oiros y aprovechar vuestras lecciones, no para ver elefantes,» le contestó Yahya, y agradó tanto á Malic esta respuesta, que desde entónces le llamó el «ákil» (el hombre inteligente) de España. En Córdoba, Yahya, gozaba de gran reputacion, se le tenía por el teólogo mas sábio del pais; (1) pero á su gran saber juntaba un orgullo mas grande todavia, uniéndose en este hombre estraordinario el ardor de un demagogo moderno á la sed de dominio de

(1) Véase Ibn-Khallican, Fasc X, p. 19-21, ed. Wüstenfeld.

un papa de la Edad Media.

El carácter del nuevo monarca repugnaba á Yahya y á los demás doctores malikitas. Haquen no era irreligioso sin embargo. Educado por un piadoso cliente de su abuelo que habia hecho la peregrinacion á la Meca. (1) le habian enseñado desde muy niño á honrar la religion y á sus ministros. Gustaba de conversar con los teólogos y tenia una extrema deferencia para sus jefes los cadies, aun cuando sentenciaban contra sus parientes, contra sus más íntimos amigos, (2) y aun contra él mismo. (3) Pero tenía una naturaleza alegre y expansiva, ricamente organizada para gozar de la vida y no para hacer la de anacoreta que deseaban los faquíes. Á pesar de sus continuas exhortaciones, gustaba apasionadamente de la caza, y lo que es peor, no hacia ningun caso de la prohibicion del vino. Todo esto sin embargo, se lo hubieran perdonado los teólogos; pero lo que no podian perdonarle es que celoso de su poder, no les concedian en el gobierno toda la influencia que ellos querian. ¿Era que no comprendía ó que no

(1) Maccari, t. I, p. 491, núm. 12.

(2) Véase el «Akhbar madjmua,» fól. 102 v.

(3) Véase «ibid,» fól. 101, r y v., Ibn-Adhari, t. II, p. 80.

no queria comprender que los faquíes unidos en estrecha alianza por el nuevo lazo de la doctrina de Malic, eran ya una potencia en el Estado con lo que habia que contar?

Burlados en sus esperanzas y llenos de ese orgullo clerical, que por ocultarse bajo apariencias de humildad no es menos inflexible, los faquíes se convirtieron en demagogos. No economizando declamaciones ni calumnias, solo hablaban del monarca con horror, y ordenaban para su conversion oraciones por este estilo: «Libertino que perseveras en la iniquidad, que te obstinas en el orgullo, que menosprecias los mandamientos de tu Señor, sal de la embriaguéz en que te has sumergido! despierta y sal de tu culpable indolencia!» (1) Dispuestos como estaban los renegados de Córdoba, se prestaron á todo lo que de ellos exigieron los faquíes. Primero rezaron por el pecador endurecido, luego le tiraron piedras un dia que pasaba por la calle, pero el monarca secundado por sus guardias se abrió paso con su espada á través de la multitud y el motin fué reprimido. (805.) (2)

(1) Abd-al-wahid, p. 13.

(2) La fecha segun Ibn-Adhari, es 189 de la Hegira. Nowairi, da por error la de 187.

Entónces Yahya, Isa-ibn-Dianr y otros faquíes, se ligaron con una parte de la aristocrácia, y ofrecieron el trono á Ibn-Chammas, primo hermano de Haquen, quien les respondió que ántes de aceptar sus ofertas, quería conocer los nombres de las personas con quienes podría contar. Los conjurados prometieron darle la lista, y fijaron la noche en que habian de venir á enseñársela; pero en cuanto se fueron, Ibn-Chammas fué en secreto al palacio de Haquen, y se lo contó todo. Despues de escucharle con aire desconfiado, el monarca indignado le dijo: «Lo que quieres tú es escitar mi cólera contra los hombres mas considerados de mi cóрте: pero por Dios que ó «pruebas lo que me acabas de decir, ó cae «tu cabeza bajo el hacha del verdugo!—Pues «bien, consiento en ello, respondió Ibn-Chammas; pero enviadme tal noche un hombre «de vuestra confianza.» Haquen lo prometió, y á la hora convenida mandó á casa de su primo á su secretario Ibn-al-Khada y á Jacinto (1) su paje favorito, que era español y

(1) En Ibn-al-Cutia se lee «Brnt» sin vocales, y en el «Akhbar madjmua» Bzut; pero en Ibn-al-Abbar se halla Yznt. Agregándole todas las vocales es Yazinto, Jacinto en español. Sábese que los árabes

cristiano. Habiéndolos ocultado detrás de una cortina Ibn-Chammas hizo entrar á los conjurados: «Veamos ahora, les dijo, quiénes son los «hombres con que contais» y á medida que pronunciaban sus nombres, el Secretario los inscribía en su lista. Estos nombres eran en parte los de las personas en apariencia mas adictas al monarca, y el mismo secretario, temiendo ser nombrado, creyó prudente revelar su presencia haciendo chillar su «calam,» sobre el papel. Al oirlo los conjurados se pusieron de pié con una consternacion inesplicable diciendo á Ibn-Chammas. «Tú nos has vendido enemigo de Dios!» Muchos de ellos lograron salvarse abandonando apresuradamente la córte, de este número fueron Isa ibn-Dinar y Yahya que fué á refugiarse á Toledo ciudad que se había emancipado del dominio del sultan. Otros fueron menos felices, y setenta y dos conjurados, entre los que se distinguian, seis de los principales nobles de Córdoba cayeron en manos de los agentes del gobierno y espiraron en la cruz. (1)

lo mismo que los romanos, acostumbraban á dar á sus esclavos nombres de piedras preciosas, (cf. Frae-chu.) «Ibn-Foslans Berichte über die Russen alterer Zeit,» p. XXXIX.

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 21 r; cf. Nowairi, p. 450,

El año siguiente (806), había dejado Haquem su córte para ir á someter á Mérida, que se había rebelado, el pueblo de Córdoba aprovechó su ausencia para alborotarse de nuevo, y ya el motin había tomado un carácter muy alarmante, cuando Haquem, volviendo á toda prisa, lo reprimió, é hizo crucificar ó decapitar á los demagogos más temibles. (1)

Si tan numerosas ejecuciones no bastaran para intimidar á los cordobeses, la horrible suerte que poco despues cupo á los toledanos, les enseñó que Haquem, cuyo carácter naturalmente dulce se agriaba cada dia más con el espíritu rebelde de sus súbditos, no se detenía ante la perfidia ni la carnicería, cuando las creia precisas, para reducir á los insurrectos.

Gracias al escaso número de Árabes y Berberiscos que habitaban dentro de sus muros, porque se habian establecido con preferencia en las haciendas que los emigrados tenian en la campiña, gracias tambien á su antiguo renombre, al saber de sus sacerdotes y á la influencia de sus metropolitanos

y véanse tambien los artículos sobre Yahya en Ibn-Khallican y Maccari.

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 74. Nowairi, p. 452.

(1) la antigua capital de reino visigodo continuaba siendo para los vencidos «la ciudad real,» (2) la ciudad mas importante, bajo el doble aspecto de la religion y de la política. Soberbios y valientes sus habitantes se distinguian por su amor á la independencia hasta el extremo de que un cronista árabe afirma que jamás los súbditos de ningún monarca tuvieron espíritu tan rebelde y sedicioso. (3) El poeta Gharbid, que pertenecía á una familia de renegados, y que gozaba de una inmensa popularidad mantenía el fuego sagrado con sus discursos y sus versos. El mismo Sultan temía á este hombre. Así que en tanto que vivió, no osó emprender nada contra Toledo; pero á su muerte confió á un renegado de Huesca llamado Amrús, todo lo que tenía en el corazon contra aquel pueblo revoltoso, y le dijo: «Vos solo me podeis ayudar á castigar á esos rebeldes que rehusarian aceptar á un árabe por gobernador, pero que sí aceptarían á un hombre de su raza.» Y luego le expuso su plan, plan horrible, pero que Am-

(1) Véase á Isidoro de Beja, c. 49, 62, 69, 77.

(2) «Urbs regia,» Isidoro, c. 49; «medina al-moluc,» Caznini, t. II, p. 366.

(3) Ibn-al-Cutia, fól. 19 r.

rús aprobó enteramente, y prometió llevar á cabo. Devorado por la ambicion este hombre, no tenia ni fé ni ley. Necesitando aun del apoyo del Sultan, estaba pronto á sacrificarle sus compatriotas; mas tarde seducido por la idea de fundar un principado independiente, con el apoyo de Francia, le hará traicion en favor del hijo de Carlomagno. (1)

Nombró pues Haquem á Amrús gobernador de Toledo, (807) y escribió al mismo tiempo una carta á los toledanos, en que les decía: «Por una condescendencia que prueba nuestra estremada solicitud hácia vuestros intereses, en vez de enviaros á uno de nuestros clientes, hemos hecho recaer la eleccion en uno de vuestros compatriotas.»

Amrús, por su parte nada omitió para ganarse el afecto y la confianza de sus gobernados. Fingiéndose muy adicto á la causa nacional, decía de continuo que habia jurado odio implacable al Sultan, á los Omeyas y á todos los Árabes, y cuando se vió dueño del favor popular, dijo á los vecinos principales: «Conozco la causa de los desastrosos altercados que teneis continua-

(1) Véase «Annal Bert.» ad ann, 809 y 810.

«mente con vuestros gobernadores, los sol-
«dados alojados en vuestras casas, turban
«muchas veces la paz de la familia, y de
«aquí nacen continuas disputas. Pudiérais
«evitarlas si me permitiérais edificar en uno
«de los extremos de la ciudad un castiilo
«que sirviera de cuartel á las tropas, y de
«esta manera estaríais á cubierto de sus ve-
«jaciones.»

Teniendo en su gobernador una firme confianza, no solo consintieron los toledanos en su propuesta, sino que quisieron que el castillo se levantára en el centro, y no en uno de los arrabales de la ciudad.

Cuando la obra estuvo terminada, se instaló en él Amrús con sus tropas, é hizo avisar al monarca que escribiera sin pérdida de tiempo á uno de los generales de la frontera, que pretestando un movimiento del enemigo le pidiera refuerzos. Habiéndolo hecho así, pusieron en movimiento las tropas de Córdoba y de otras ciudades, al mando de tres visires y del príncipe real Abderramen, que no tenía entonces más que catorce años. Uno de sus tenientes llevaba una carta que no debía entregar á los visires hasta que estos conferenciaran con Amrús.

Estando ya cerca de Toledo el ejército, recibió la noticia de que se había retirado el enemigo; entónces Amrús convenció á los nobles toledanos de que para no faltar á leyes de la cortesía, debian ir con él á visitar al príncipe. Así lo hicieron, y mientras que el jóven príncipe conversaba con ellos, esforzándose por ganar su amistad, con todo género de deferencias, Amrús conferenció secretamente con los visires que acababan de recibir la carta del sultan. En ella se trazaba á cada uno la conducta que debía seguir, y la continuacion del relato mostrará suficientemente cuál era su contenido pues todo pasó segun Haquem lo había ordenado.

De vuelta, Amrús encontró á sus nobles toledanos entusiasmados con la buena acogida que les había hecho Abderramen. «Me «parece, les dijo, que sería un gran honor «para nuestra ciudad que el príncipe qui- «siera honrarnos con su presencia por al- «gunos dias. Su estancia entre nosotros «contribuiría á consolidar y á estrechar las «buenas relaciones que ya existen entre vo- «sotros y él.» Los toledanos aprobaron este pensamiento. En efecto, todo marchaba á las mil maravillas: el sultan les había man-

dado por gobernador á un español; les dejaba la libertad que habian perdido siempre y las maneras benévolas de Abderramen, les prometian esperar que cuando subiera al trono había de seguir la conducta de su padre. Rogáronle, pues, que tuviera á bien honrar la ciudad con su presencia. Abderamen opuso al principio algunas dificultades, habiéndole recomendado su padre que no mostrara ningun deseo; pero al fin, fingiendo ceder á las repetidas súplicas de los nobles, se dejó llevar por ellos, á lo muros del castillo, donde mandó preparar un festin para el día siguiente, al que invitó á las personas mas distinguidas por su nacimiento ó sus riquezas, tanto de la ciudad como de las cercanías.

Á la mañana inmediata, multitud de convidados se empujaban á las puertas del castillo. No se les permitía entrar juntos, y mientras que pasaban uno á uno sus cabalgaduras daban la vuelta al palacio, para esperar á sus dueños en la puerta trasera.

Pero en el pátio había un foso de donde se había sacado la tierra destinada á la construccion del castillo: á su márjen, había verdugos, que á medida que se presen-

taban los invitados, hacian caer la cuchilla sobre sus cabezas.

Esta horrible carnicería duró muchas horas, y es imposible determinar el número de los infelices que perdieron la vida en esta funesta jornada, conocida con el nombre de «Jornada del foso:» unos historiadores lo elevaban á setecientos, (1) otros á más de cinco mil. (2)

Cuando era ya entrado el día, un médico que no había visto salir á nadie, ni por la puerta trasera ni por la delantera, concibió sospechas, y preguntó á la gente que estaba reunida á la puerta del castillo, qué se había hecho de los convidados que habian llegado temprano.—«Deben haber salido por la otra puerta,» le respondieron.—«Es extraño, replicó el médico; yo he estado á la otra puerta y no hé visto salir á nadie.» Luego, mirando con atencion el humo que se elevaba por cima de los muros, les dijo: «Infelices! ese vapor que veis, no es, os lo juro, el humo de un festin que se prepara; es la sangre de vuestros hermanos degollados!

(1) Ibn-Adhari.

(2) Nowairi, Ibn-al-Cutia.

Privada Toledo de un golpe de sus vecinos más ricos é influyentes, cayó en un profundo estupor, y nadie se movió para vengar las víctimas de la jornada del foso. (1)

(1) Ibn-al-Cutia fól. 19 r.-20 v.; Nowairi p. 450-452; Ibn-Kaldun fól. 6 v. 7 r.; Ibn-Adhari t. II, p. 72. La fecha que fija este último autor es errónea.—En el año 611 un rey de Persia había empleado para castigar á los Temimitas una estratajema semejante. (Véase Caussin, t. II p. 576-578.)

IV.

La matanza de la jornada del foso hizo tanta impresion en los renegados de Córdoba, que durante siete años se estuvieron tranquilos; más al cabo de este tiempo, el recuerdo de esta catástrofe se había debilitado tanto más cuanto que Toledo había sacudido de nuevo el yugo. En la capital, los renegados y los faquíes que estrechaban cada día más su alianza y se animaban mutuamente, bregaban y respingaban bajo el látigo de su amo. El Sultán parecía haberse propuesto convencerlos de que toda rebelion se había hecho imposible. Hizo ceñir la ciudad con imponentes fortificaciones, y

aumentaba sin cesar el número de sus guardias de caballería, de sus mamelucos, á que llamaban «los mudos,» porque eran negros, ó esclavos de origen extranjero, que no hablaban el árabe. (1) Pero estas medidas eran mas propias para irritar los ánimos que para mantenerlos en la obediencia. El ódio de los descontentos se manifestaba cada vez mas de palabra y de hecho sobre todo en el arrabal del Mediodia, que contaba nada menos que cuatro mil entre teólogos y estudiantes de Teología. ¡Infelices de los soldados que osaban aventurarse solos ó en pequeños grupos en las estrechas y tortuosas calles del arrabal! Se les insultaba, se les golpeaba, se les degollaba sin piedad. Se ultrajaba hasta el monarca mismo. Cuando desde lo alto del minarete el muezin anunciaba la hora de la oracion, y Haquem, que debía ir á la mezquita para rezar la oracion acostumbrada, se hacía esperar, no faltaban nunca entre las gentes voces que gritáran: «Ven á rezar, borracho, ven á rezar!» Estos gritos se renovaban todos los dias, y

(1) Véase sobre estos «mudos Akhbar madj-mua,» fól. 103 r. (cf. 94 r;) Ibn-Adhari, t. II, p. 81; Nowairi, p. 456; Ibn-Kaldun, fól. 7 r.

en vano se cansaban las autoridades en averiguar los que los habían dado; no se les encontraba nunca. Una vez, dentro de la mezquita, un hombre del pueblo llevó su insolencia hasta amenazar al monarca cara á cara, y la gente lo aplaudió con frenesí. Haquem, que se asombraba y se indignaba de que la dignidad real pudiera sufrir afrentas tan groseras hizo crucificar á diez de los principales motores, y restableció el diezmo sobre los consumos que había sido abolido por su padre. Pero la arrogancia y la obstinacion de los cordobeses no cedieron ante nada. Sus ordinarios agitadores inflamaban sus pasiones, y además, Yahya, que había vuelto á la córte con sus predicaciones y la fama de su nombre, acrecentó el movimiento y lo dirigió. Se aproximaba la crisis cuando quiso el azar que la rebelion estallara más pronto aun de lo que se había pensado.

Érase el mes de Ramadhan (Mayo 814) (1) y los predicadores aprovechaban la cuaresma para enardecer el ódio del pueblo contra el Sultan, cuando un mameluco fué á casa de un armero del arrabal del Medio-

(1) Véase la nota B, al fin de este tomo.

dia, y le llevó su espada para que se la limpiase.

—Quereis esperar? le dijo el armero, ahora tengo que hacer.

—No tengo tiempo, contestó el soldado; haz en seguida lo que te mando.

—Lo tomas así, replicó el artesano con tono desdeñoso: pues aguardarás lo mismo.

—Lo veremos, dijo el militar; é hiriéndole con la espada lo dejó en el sitio.

Viendo esto la multitud, ébria de furor comenzó á gritar que ya era tiempo de acabar con aquellos insolentes soldados, y con el tirano sensual que los pagaba. Comunicose en seguida el entusiasmo revolucionario á los otros barrios; una inmensa multitud que se había provisto apresuradamente de todas las armas que encontró á mano; marchó hácia palacio, persiguiendo con sus silbidos á los soldados, á los clientes y á los esclavos del monarca, que no esperando cuartel, si caian en manos de los insurrectos huian ante ellos á buscar un asilo detrás de los muros que defendian la residencia del Sultan.

Cuando desde lo alto de la plataforma Haquem vió venir aquella multitud semejante á las olas del mar, que rujía y lanzaba

gritos terribles, se figuró que una salida vigorosa podría disiparla, mandó que la cargara la caballería, mas cuál fué su desencanto cuando el pueblo; léjos de huir como esperaba, sostuvo el ataque, rechazó á los jinetes y les obligó á la retirada. (1)

El peligro era extremo. El palacio aunque fortificado, no podía rechazar por mucho tiempo los asaltos que los insurgentes se preparaban á darle. Sus más bravos defensores sabiendo que habian de ser desapiadadamente degollados si lo tomaba el pueblo, comenzaban á desmayar. Solo Haquem, aunque tambien desesperaba de la resistencia conservó una imperturbable sangre fria. Llamó á Jacinto, su paje cristiano, y le mandó que fuera á pedir á una de sus mugeres que le designó un frasco de algalia. Creyendo haber oido mal el paje con cara asombrada esperó que le repitiera la órden. «Anda hijo de incircunciso le dijo Haquem, impaciente, y haz pronto lo que te he mandado. Jacinto fué, y cuando trajo la botella la cogió el sultan y se puso á verterla sobre su cabeza y sobre su barba con

(1) Nowairi, p. 453, 454.

tanta tranquilidad como si se preparara á hacer la córte á una jóven beldad del serrallo. No comprendiendo Jacinto esta conducta no pudo impedir una exclamacion de sorpresa. «Perdonadme, señor le dijo, pero á fé que elejís una rara ocasion para «perfumaros. No conoceis el peligro que nos «amenaza?—Calla! miserable, replicó Haquem, incomodándose de nuevo, y cuando «hubo acabado de perfumarse continuó: Cómo podría distinguir el que me va á cortar «la cabeza, la mia de las otras, sino fuera por «el perfume? (1) (a) Ahora, dile á Hodair «que venga.»

Era Hodair el encargado de la guardia de guardia de la prision de la Rotonda, en la que estaban encerrados muchos faquíes que Haquem habia hecho prender á consecuencia de las rebeliones precedentes, pero que

(1) Ibn-al-Abbar. p. 40; «Akhbar madjmua,» fól. 103, v.

(a) D. Emilio Lafuente, traduce este pasaje de una manera algo diferente: Un paje llamado Jacinto le dijo: Es esta hora de perfumes, señor? Al-Haquem le mandó claramente que se retirara exclamando: «Este es el dia en que debo prepararme «á la muerte ó á la victoria y quiero que la cabeza «de Al-Haquem se distinga de las de los demás que «perezcan con él.»

habia conservado hasta entónces. Ahora, viendo que el pueblo y los faquies iban á arrebatarle el trono y la vida, estaba decidido á que los prisioneros no le sobrevivieran, y cuando Hodair llegó á la plataforma le dijo: «Cuando anochezca, harás «salir á esos malvados chaikhs de la Rotonda, mandarás que les corten la cabeza «y que las claven en postes.» Conociendo Hodair, que si el palacio era tomado por asalto, habia de morir infaliblemente, y que entónces tendría que dar cuenta á Dios de sus acciones, tembló de miedo á la idea del sacrilegio que su soberano le ordenaba. «Señor, le dijo, no deseo que mañana esté «cada uno de nosotros encerrado en un calabozo del infierno, por mas que diéramos «entónces espantosos alaridos, ninguno podría socorrer al otro.» Irritado con este discurso, Haquem, repitió su órden con tono mas imperioso; pero viendo que en vano se esforzaba en vencer los escrúpulos de este hombre, le despidió é hizo llamar á Ibn-Nadir su colega, que menos escrupuloso ó mas servil prometió ejecutar puntualmente lo que se le mandaba. (1)

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 23 r. et v.

En seguida Hacam, bajó de la azotea se armó de piés á cabeza, recorrió con tranquilo continente las filas de sus soldados, reanimó su espíritu abatido con calurosas frases, y habiendo llamado á su primo hermano Obaidallah, uno de los mas valientes guerreros de esta época, le ordenó que poniéndose á la cabeza de algunas tropas escogidas, se abriera paso á través de los rebeldes é incendiara el arrabal del Mediodia. Pensaba que, cuando los vecinos de este barrio vieran sus casas ardiendo, abandonarían el sitio para ir á apagarlo, entón-ces Obaidallah los atacaria de frente mientras que Haquem, saliendo de palacio con las tropas que le quedaban les cargaría por la espalda. Este plan cuyo éxito era casi seguro, es semejante al que hizo ganar á Mclim la batalla de Harra, y esta coincidencia no se ha escapado á los historiadores árabes.

Saliendo Obaidallah, de improviso por la puerta de palacio, rechazó al pueblo sobre el puente, atravesó á paso de carga la calle principal y la Rambla, esguazó el rio y habiendo recogido los soldados de la campiña que habian acudido á las señales que Haquem les hizo, al principio de la insur-

reccion hizo incendiar las casas del arrabal del Mediodía. Como Haquen lo habia previsto, apénas los vecinos de este barrio vieron aparecer las llamas, abandonaron sus puestos frente á palacio para ir á salvar á sus mugeres y á sus hijos; pero cuando al par fueron atacados por vanguardia y retaguardia, el miedo se apoderó de estos infelices y desde entónces el combate se convirtió en una carnicería. En vano los cordobeses pedian cuartel tirando las armas, los «mudos,» esos estrangeros que ni siquiera entendian las súplicas del vencido, terribles, inexorables, los degollaban á centenares no perdonando la vida mas que á treinta personas de distincion, para hacer con ellas un presente al soberano que las hizo clavar en palos cabeza abajo á todo lo largo de la ribera. (1)

Consultó luego Haquem con sus visires acerca de la conducta que debía seguir con los vencidos; ¿debería perdonar á los que habian escapado de la carnicería, ó perseguirlos y esterminarlos hasta el último? Los pareceres se dividieron, pero Haquem se decidió por la opinion de los más modera-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 78; Nowairi, p. 454.

dos, que le inducian á no llevar más léjos su venganza. Ordenó sin embargo, que fuera destruido el arrabal hasta los cimientos y que sus moradores salieran de España en el término de tres dias, bajo la pena de ser crucificados.

Llevando consigo lo poco que habian podido salvar de sus bienes, abandonaron estos desdichados, con sus mujeres y sus hijos, los lugares que los habian visto nacer, y que ellos no volverian á ver jamás. Como marchaban por grupos, no habiendo permitido el monarca que caminaran todos juntos, muchos fueron robados en el camino por cuadrillas de soldados ó de salteadores ocultos en los barrancos ó detrás de las rocas. Cuando llegaron á las playas del Mediterráneo, se embarcaron, dirigiendo unos su rumbo hácia el Oeste de África, otros al Egipto. Estos últimos, en número de quince mil, sin contar las mujeres ni los niños, desembarcaron cerca de Alejandría sin que el gobierno pudiera oponerse, porque el Egipto siempre rebelde á los Abasidas, era por entónces presa de una completa anarquía. Los desterrados no tenian, pues, otra cosa que hacer mas que entenderse con la tribu árabe, allí mas poderosa, y así lo hicieron;

pero bien pronto sintiéndose bastante fuertes para poder pasarse sin la protección de estos beduinos, se desavinieron con ellos, y habiendo estallado la guerra, los batieron en campo raso. Luego se apoderaron de Alejandría, donde atacados diferentes veces, supieron mantenerse hasta el año de 826 en que un general del Califa Mamun los obligó á capitular. Entónces se comprometieron á pasar á Creta, de la que una parte pertenecía aun al Imperio Bizantino. Acabaron la conquista, y su jefe Abu-Hafz Omar al-Balluti (oriundo de Fahz-al-ballut, hoy campo de Calatrava) fué el fundador de una dinastía que reinó hasta el año 931 en que los griegos reconquistaron la isla. (1)

La otra banda, que se componía de ocho mil familias, tuvo menos dificultad de encontrar otra pátria. Justamente por este tiempo el príncipe Edris hacía construir una nueva capital, que tomó el nombre de Féz, y como sus súbditos nómadas en su mayor parte sentían una invencible repugnancia á convertirse en ciudadanos, se esforzaba en atraer extranjeros á ella. Los des-

(1) Quatremére, «Memoires sur l'Egipte» t. I. Ibn-Khaldun, t. III, fól. 44 r. y v; t. IV p. 160; Ibn-al-Abhar, p. 40.

terrados andaluces consiguieron fácilmente el permiso de establecerse, pero fué á costa de su tranquilidad. Una colonia árabe, venida de Cairawan, se habia fijado ya en Fez, y estos Árabes y los descendientes de los celto-romanos se profesaban una especie de ódio instintivo, así que, aunque reunidas en el mismo suelo, se mantuvieron tan obstinadamente separadas estas dos poblaciones, que todavía en el siglo XIV se conocía desde luego por los razgos de su fisonomía que pertenecian á raza diferente. La oposicion de sus gustos, de sus costumbres y de sus ocupaciones, parecia consagrar irrevocablemente esta antipatía de raza. Los Árabes eran obreros ó comerciantes; los Andaluces, labradores: estos ganaban penosamente su vida, aquellos tenian un buen pasar, y á veces hasta lo supérfluo. Á los ojos del Árabe, que gustaba de los buenos bocados y del lujo y la elegancia en todo, era el Andalucía un campesino grosero y miserable, mientras que éste, sea que en realidad estuviese contento con su sóbria y rústica vida, por haberse acostumbrado á ella, sea que ocultara bajo un desden afectado la envidia que le causaba la riqueza de su vecino, miraba al Árabe como un afeminado, que



disipaba su fortuna en locos dispendios. Temiendo, con razon, que surjieran cuestiones y disputas entre las dos colonias, el príncipe Edris las había separado, señalando á cada una un barrio que tenía su mezquita, su bazar, su casa de moneda y hasta su muralla; pero á despecho de esta precaucion, árabes y andaluces vivieron durante muchos siglos en un estado de hostilidad á veces latente, frecuentemente fragante, y á menudo un terreno neutral que había á lo largo de la ribera que separaba entrambos barrios, fué teatro de sus combates. (1)

Al paso que los Cordobeses, despues de haber visto degollar á sus padres, á sus mujeres y á sus hijos, expiaban su rebelion con el destierro, los faquíes mas culpables que ellos, obtuvieron gracia. Apenas reprimida la insurreccion, ya les dió Haquem pruebas de su clemencia.

Habiéndose dado la órden de arrestar y condenar á muerte á aquellos de quienes se sospechára que había excitado á la rebelion por mas que no hubiera tomado en ella parte ostensible, los agentes de policia descu-

(1) «Cartás,» p. 21-23, 25, 70, 71. Becrí en las «Notices et Extracts,» t. XII p. 574-577.

brieron la guarida de un faquí que se había escondido en el serrallo de un cadí que era su pariente.

Cuando ya lo iban á matar el cadí, atraído por los gritos de sus mugeres acudió á toda prisa; pero en vano se esforzó en hacer que lo soltaran diciendo que lo habían preso equivocadamente, se le respondió con tono altanero que habían recibido órdenes terminantes y que las ejecutarían. Entónces el cadí fué á palacio, y habiendo obtenido una audiencia dijo al sultan: «Señor, el «Profeta fué demente pues que perdonó y «colmó de beneficios á los coreiscitas que lo «habían combatido. Nadie mas que vos en «el mundo que sois de su misma familia «debe imitarlo.» Luego le refirió lo que acababa de suceder y cuando hubo terminado de hablar, el monarca, conmovido y enternecido, hizo no solo soltar al preso en cuestion, sino que indultó tambien á los otros faquies, (1) que en su mayoría se habían refugiado en Toledo, les devolvió sus bienes y les permitió fijarse en la provincia de España que quisieran, escepto Córdoba y sus cercanías. (2) El mismo Yahya que había

(1) Khochanni, p. 250.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 79.

buscado un asilo en una tribu berberisca fué perdonado, y lo que es más obtuvo permiso para volver á la córte, y el monarca le otorgó de nuevo su favor. (1) Algunos sin embargo, fueron excluidos de la amnistía, de este número fué Talut, de la tribu árabe de Moafir. Este discípulo de Malic, que se habia señalado como uno de los más atrevidos demagogos, estaba oculto en casa de un judío; pero cansado al año de su voluntaria cautividad, aunque el judío nada habia omitido para hacerle agradable su refugio; habló á su huésped en estos términos: «Tengo intencion de dejar mañana «vuestra casa donde he hallado una hospitalidad que jamás olvidaré para ir á la «del visír Abu-'l-Basam, que á lo que he «oido decir tiene mucha influencia en la «córte, y que me debe algun reconocimiento, pues que ha sido mi discípulo. Acaso «quiera interceder por mí con «ese hombre.»—Señor, le contestó el judío, no os «fieis de un cortesano que acaso sea capaz «de venderos. Si me quereis dejar porque «temeis serme gravoso, yo os juro que aunque permaneciérais en mi casa toda la vida

(1) Nowairi, p. 454.

no me causaríais la menor molestia.» Pero á pesar de las súplicas del judío, Talut persistió en su proyecto, y al día siguiente aprovechó la caída de la tarde para pasar desapercibido al palacio del visir.

Abu-'l-Basam se extrañó mucho de ver entrar en su casa aquel proscrito que creia cien léguas de Córdoba. «Seais bien venido, le dijo, haciéndolo sentar á su lado; pero de dónde venís y donde habeis estado en este tiempo?» Entónces el faquí le contó con cuánto interés le habia ocultado el judío y añadió: «He venido á vuestra casa para suplicaros que seiais mi intercesor con «ese hombre.» (1) «Estad tranquilo que yo he de hacer todo lo que pueda para que os indulte, lo que por lo demás no será difícil pues el sultan siente haber sido tan severo. Quedad esta noche en casa que mañana yo iré á ver al príncipe.»

Completamente tranquilo con estas palabras Talut durmió aquella noche con el sueño del justo. Léjos estaba de suponer que el huésped, que lo habia recibido con tanta benevolencia, y le habia hecho promesas tan halagüeñas para el porvenir pensa-

(1) Abd-al-wahid, p. 14; cf. Ibn-al-Cutia, fóllo 22 r.

ra venderlo y entregarlo al príncipe. Esta era sin embargo la intencion que alimentaba aquel hombre disimulado y pérfido, cuando se presentó en palacio á la mañana siguiente despues de haber tomado las medidas necesarias para impedir la evasion del faquí. «¿Qué os parece, dijo al príncipe con maligna sonrisa, de un carnero cebado que no haya dejado el pesebre en todo el año?» No sospechando segunda intencion en lo que el visir acababa de decirle, Haquem le contestó gravemente: «La carne encerrada es pesada; encuentro más ligera y succulenta la del animal que se ha dejado pacer en libertad. —No es eso lo que os quiero decir, continuó el visir, es que tengo á Talut en mi casa. —De veras! Y de qué modo ha caido en tu poder?—Con algunas palabras benévolas.»

Entónces Haquem mandó que se le trajera á Talut. Este, al entrar en la sala donde se hallaba el monarca, temblaba de miedo. Y sin embargo, éste no tenia el aire irritado, cuando le dijo con un tono de dulce reproche: «Contesta de buena fé, Talut: si tu padre ó tu hermano se hubieran sentado en el trono, te hubieran otorgado tantos honores como yo? Siempre que has pedido mi proteccion para tí ó para otros, no hé

hecho todo lo posible para contentarle? Durante tu enfermedad, no te hé visitado en persona muchas veces? Cuando murió tu mujer, no fuí por tí á la puerta de tu casa? No acompañé á pié su entierro desde el arrabal? Y cuando concluyó, no te llevé otra vez á tu casa?.... Y cómo me lo has pagado!.. Has querido mancillar mi honra, profanar mi magestad!.... ¡verter mi sangre!...

Á medida que hablaba el monarca, Talut se había serenado, y convencido ahora de que su vida no corría peligro, recobró su audacia y sangre fria habituales. Haquem, había pensado enternecerle, pero Talut poco conmovido, y demasiado orgulloso para confesarse ingrato y culpable, le contestó con altiva sequedad: «Nada mejor puedo hacer que deciros la verdad: al odiaros hé obedecido á Dios; desde entónces todos vuestros beneficios no servian de nada.»

Al escuchar estas palabras, que parecian un desafío, Haquem no pudo reprimir un movimiento de cólera, pero dominándose en seguida, le contestó con calma. «Cuando te mandé traer, estaba recordando todos los géneros que hay de suplicios para elegir el más cruel para tí, mas ahora te digo: el que

tú pretendes que te ha ordenado odiarme, ese me manda á mí que te perdone. Vive, sé libre y que Dios te guarde! Mientras yo viva, te juro por el Omnipotente, que has de estar como ántes, rodeado de favores y de homenajes... Ojalá, añadió suspirando, que lo que ha pasado no hubiera pasado!»

Era posible hacer comprender al teólogo con más delicadeza y más dulzura, que Dios no ordena jamás el ódio? Y sin embargo, Talut hizo como que no comprendía la lección que acababa de recibir; acaso el orgullo estaba demasiado arraigado en su alma de bronce, para que pudiera comprenderla. Sin pronunciar una sola palabra de reconocimiento, solo contestó á las últimas del príncipe: «Mejor hubiera sido para vos que lo que ha pasado no hubiera pasado ..» Esto era tanto como amenazar al monarca con un castigo terrible en la otra vida; pero aunque Haquem estaba convencido de que la justicia estaba de su parte y no de la de los faquíes, tenía la firme intención de conservar hasta el fin su sangre fría, y haciendo como que no había oído lo que Talut acababa de decirle, preguntó: «Dónde te ha preso Abu-'l-Basam?—No es él el que me ha preso; he sido yo quien se ha puesto en

sus manos. Vine á buscarle en nombre de nuestra antigua amistad.--Y en dónde has estado todo el año?--En casa de un judío de la ciudad. Entónces, dirigiéndose á Abu-'l-Basam, testigo mudo de esta conversacion, le dijo Haquem profundamente indignado: «Y qué, un judío ha sabido honrar la piedad y la ciencia en un hombre que profesa una religion diferente de la suya, y le ha dado asilo, esponiendo á mi resentimiento su fortuna, su persona y las de su mujer y sus hijos, y tú, tú has querido hacerme caer de nuevo en excesos de que me arrepiento! Vete, vete de ahí, y no vuelvas á manchar mis ojos con tu presencia!

El pérfido visir cayó en desgracia, y Talut, por el contrario no dejó de gozar hasta su muerte del favor de Haquem, que se dignó acompañar su entierro. (1)

Así Haquem, despiadado para los labradores del arrabal, como lo había sido ántes para los vecinos de Toledo, no lo fué para los faquies. Es que los unos eran árabes ó

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 22 r.-23 r. En una tradicion referida por Maccari, (t. I, p. 900,) el carácter de Talub, se presenta á una luz mas favorable, pero yo he creído deber reproducir la narracion mas circunstanciada de Ibn-al-Cutia.

berberes y los otros nó. Haquem, como verdadero Árabe, tiene dos pesos y dos medidas; contra los antiguos habitantes del país á quienes menospreciaba, creía que todo le era permitido, si desconocian su atoridad, pero cuando se trataba de rebeldes de su propia casta, los perdonaba de grado. Verdad es, que los historiadores Árabes han explicado de otro modo la clemencia de Haquem, atribuyéndola á remordimientos de conciencia. (1) No pretendemos negar que Haquem, cruel y feróz por intérvalos, pero que volvía siempre á sentimientos mas humanos, no se haya reprochado como crímenes algunas de las órdenes que había dado en un momento de furor, como cuando hizo degollar á los faquifes presos en la Rotonda pero nos parece sin embargo que los clientes Omeyas, que escribiendo la historia de sus patronos, hacian esfuerzos inauditos para rehabilitar la memoria de un príncipe relegado por el clero (2) á los abismos del infierno, han exagerado su arrepentimiento porque á juzgar por el propio testimonio de Haquem

(1) Véase Ibn-al-Cutia, fól. 23 r; Ibn-Adhari, t. II, p. 82.

(2) Véase Ibn-al-Abbar, p. 41; «Akhbar madj-mua,» fól. 104 v., Ibn-al-Cutia, fól. 23 v., 24 r.

es decir, por los versos que dirigió á su hijo, poco tiempo ántes de morir, estaba firmemente convencido de que tenía el derecho de obrar como lo había hecho. Hé aquí estos versos, con los que terminaremos esta narracion.

Como el sastre se sirve de su aguja para coser los pedazos de tela, yo me servido de mi espada para juntar mis provincias desunidas, porque desde que tuve uso de razones me ha repugnado tanto como el desmembramiento del imperio. Pregunta ahora á mis fronteras si algun lugar está en poder del enemigo. Ellas te dirán que nó, mas si te dijeran que sí, yo volaría allí armado de coraza y con la espada en la mano. Pregunta á los cráneos de mis súbditos rebeldes, que semejantes á la coloquintida, partidas en dos yacen por los suelos y brillan á los rayos del sol, y ellos te dirán si los he herido sin descanso. Embargados por el terror huian los insurrectos para escapar á la muerte, pero yo siempre en mi puesto la menospreciaba. Si no he perdonado á sus mugeres ni á sus hijos es porque ellos habian amenazado á mi familia y á mí, y el que no sabe vengar los ultrajes que se han hecho á su familia carece de honor, y el mundo entero lo desprecia. Cuando concluimos de cambiar estocadas, yo les obligué á beber mi veneno mor-

tal, pero ¿he hecho otra cosa que pagar la deuda que me obligaron á contraer con ellos? En verdad que si han encontrado la muerte es porque este era su destino. Te dejo pacíficas mis provincias, hijo mio. Son un lecho sobre el que puedes dormir tranquilo, porque he tenido cuidado que ningun rebelde pueda turbar tu sueño. (1)

(1) «Apud» Ibn-Adharí, t. II, p. 73, 74. En el primer verso se debe leer «raabto» (en lugar de raaito) y rakia en lugar de riakiman, estas dos lecciones las únicas verdaderas se hallan en Maccari, t. I, p. 220.

V.

Nunca la corte de los sultanes españoles fué tan brillante como llegó á serlo bajo el reinado de Abderramen II, hijo y sucesor de Haquem. Enamorado de la soberbia prodigalidad de los califas de Bagdad y de su vida de pompa y aparato, este monarca se rodea de una numerosa servidumbre, embellece su capital, hace construir con grandes dispendios puentes, mezquitas y palacios, y planta vastos y magníficos jardines, en los que conducidos por canales, corrian los torrentes de las montañas. (1)

(1) Ibn-Adharí, t. II, p. 93; Maccari, t. I, página 223; Eulogio, «Memor Sancti,» L. II, c. I.

Gustaba tambien de la poesia, y si los versos que hacia pasar por suyos no lo eran siempre, recompensaba por lo menos generosamente á los poetas que lo ayudaban. Por lo demás, era dulce, fácil y bueno hasta rayar en débil. Aun cuando viera con sus mismos ojos que lo robaban sus criados no los castigaba. Durante toda su vida se dejó dominar por un faquí, por un músico, por una muger y por un eunuco.

El faquí, era el Berberisco Yahya, á quien ya conocemos como el principal instigador de la rebelion del arrabal. El mal éxito de esta tentativa, le habia convencido de que iba por mal camino, que el clero para ser poderoso léjos de mostrarse hostil al príncipe, debia alcanzar su favor con destreza y apoyarse en él. Aunque su natural altivo é impetuoso se doblagara difícilmente al papel que se habia propuesto representar, su falta de consideracion, su áspera franqueza, y su agreste sequedad, no le perjudicaban mucho en el concepto del devoto monarca, que aunque habia estudiado filosofía, (1) era muy piadoso y tomaba la cólera del altivo doctor, por arrebatos de vir-

(1) Maccari, t. I, p. 223.

tuosa indignacion. Toleraba pues, sus palabras atrevidas y hasta sus enojos, se sometía dócilmente á las rudas penitencias que este severo confesor le imponía, (1) bajaba la cabeza ante el poder de este tribuno religioso y le abandonaba el gobierno de la Iglesia y la direccion de la judicatura. Reverenciado por el monarca, sostenido por la mayor parte de los faquíes, por la clase media que lo temía, (2) por el pueblo, bajo, cuya causa desde la rebelion se habia identificado con la suya, y hasta por ciertos poetas, especie de gente cuyo apoyo no era de desdeñar, Yahya gozaba de un poder inmenso. Déspota en el fondo de su alma, aunque ántes hubiera escarnecido el despotismo, lo ejercía sin escrúpulo ahora que las circunstancias lo convidaban á ello. Si querían conservar sus puestos, los jueces habian de ser ciegos instrumentos de su voluntad. El sultan que tenía algunas veces la veleidad de querer emanciparse del imperio, que Yahya se habia abrogado sobre él, prometía mas de lo que podía cumplir,

(1) Véase Ibn-Khallican, Fac. X, p. 20, ed. Wustenfeld.

(2) Véase Khochani, p. 257.

comprometiéndose á sostenerlos (1) Yahya anonadaba á todos los que osaban resistirle, pero por lo comun cuando quería deshacerse de un cadí, no tenía mas que decirle: «Presenta tu dimision.» (2)

No era menor la influencia de Ziriyab el músico, bien que se egerciese en otra esfera. Era de Bagdad, persa de origen, á lo que parece, y cliente de los Califas Abasidas. Había aprendido la música con el célebre cantor Ishac Maucili, cuando un dia Harum-ar-Rachid preguntó á este último si nó tenía otro nuevo cantor que presentarle. «Tengo un discípulo que canta bastante bien, gracias á mis lecciones; le respondió Ishac, y tengo motivos para creer que ha de honrarme algun dia,—Dile, pues que venga á verme,» le respondió el Califa. Presentado al monarca, ganóse desde luego su estimacion, por lo distinguido de sus maneras, y por lo ameno de su conversacion: luego, preguntado por sus conocimientos músicos, contestó: «Sé lo que los otros saben, pero además sé lo que los otros no saben. Mi estilo propio no es sino para un

(1) Véase Khochani p. 265-6.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 83.

inteligente tan práctico como vuestra señoría. Si quereis, voy á cantar lo que jamás se ha oido.» Habiendo consentido el Califa, se le entregó el laud de su maestro; pero él rehusó servirse de él, y pidió otro que él mismo había construido. «Por qué rehusas el laud de Ishac, le preguntó el Califa.—Si vuestra señoría desea que le cante alguna cosa por el método de mi maestro, le respondió Ziryab, me acompañaré con su laud, pero si quereis conocer el que yo hé inventado, es de todo punto necesario que use el mio.» Acerca de lo cual, esplicó el modo con que había construido su laud, y se puso á cantar una cancion que había compuesto. Era una oda en alabanza de Harum, y entusiasmó á tal punto á este monarca, que reprochó duramente á Ishac el no haberle presentado ántes este maravilloso cantor. Ishac se escusó diciendo lo que era verdad, que Ziryab le había ocultado cuidadosamente, que cantaba de invencion; pero luego que se encontró á solas con su discípulo, le dijo: «Me has engañado indignamente ocultándome toda la estension de tu talento: voy á ser franco contigo: estoy celoso de ti, como lo están siempre artistas iguales que cultivan el mismo arte.

Además, has agradado al Califa, y sé que pronto vas á suplantarme en su favor. Esto no se lo perdonaría ni á mi propio hijo, y si nó fuera porque te conservo un resto del cariño de maestro, no tendría el menor escrúpulo en matarte, suceda lo que quiera... Elije, pues, entre estos dos partidos: ó vé á establecerte léjos, jurándome que nunca volveré á oír hablar de tí, y entónces te daré para tus gastos lo que quieras, ó quédate contra mi voluntad; mas te prevengo que entónces todo lo arriesgaré para perderte. Elije pues!» Ziriyab no dudó acerca del partido que debía de tomar: dejó á Bagdad despues de haber tomado el dinero que Ishac le ofrecía. Algun tiempo despues, el Califa ordenó de nuevo á Ishac que le llevara su discípulo: «Siento no poder complaceros, le respondió el músico. Este jóven está poseido, cree que los génios le hablan y le inspiran los aires que compone, y está tan orgulloso de su talento, que se cree sin igual en el mundo. No habiendo sido recompensado, ni vuelto á llamar por vos, ha creido que no apreciáis su talento y se ha marchado furioso. Ignoro dónde está ahora, pero dad gracias á Dios de que se haya marchado, porque tenía accesos de locura, y

entónces daba miedo de verlo.» El Califa, aunque sintiendo la partida del jóven músico, que le inspiraba tan grandes esperanzas, se contentó con las razones Ishac. Y había algo de verdad en las palabras del antiguo maestro: durante su sueño, Zir-yab creia realmente oír cantar á los génios; entónces se desvelaba sobresaltado, saltaba del lecho, llamaba á Ghazlan y Honaida, dos de las muchachas de su serrallo, les hacía tomar sus laudes, les enseñaba el aire que en sueños había escuchado, y él mismo les escribía la letra. Esto, bien lo sabía Ishac, no era locura; despues de todo, que verdadero artista, crea en los génios ó nó crea, no ha conocido alguno de esos momentos en que se está bajo el imperio de una emocion dificilísima de definir, pero que parece tener algo de sobrehumano?

Ziryab fué á buscar fortuna al Occidente. Desde África escribió al Sultán español Haquem, diciéndole que deseaba establecerse en su córte, y el príncipe quedó tan contento de esta carta, que le respondió instándole á que viniera á Córdoba en seguida, y ofreciéndole un sueldo considerable. Pasó, pues Ziryab el Estrecho, con sus mujeres y sus hijos; pero apenas había desembarcado

en Algeciras, cuando supo que Haquem acababa de morir. Descorazonado con esta nueva, se proponía ya volver al África, cuando el músico judío Manzur, que Haquem había enviado á esperarle, le hizo abandonar este proyecto, diciéndole que Abderramen II no gustaba ménos de la música que su padre, y que no recompensaría sin duda á los artistas con menor generosidad. Los hechos mostraron que no se habia engañado. Sabedor de la llegada de Ziriyab, Abderramen II le escribió, invitándole á venir á su Córte, ordenó á los gobernadores que le tratasen con las mayores consideraciones y mandó á uno de sus principales eunucos á ofrecerle caballerías y otros presentes. En Córdoba, Ziriyab fué alojado en una casa soberbia. El Sultan le concedió tres dias para descansar de las fatigas del viaje, pasados los cuales le invitó á palacio. Comenzó la conversacion haciéndole saber las condiciones con que quería retenerlo en Córdoba. Eran magníficas: Ziriyab tendría una pension fija de doscientas monedas de oro al mes y cuatro gratificaciones anuales, á saber: mil monedas de oro en cada una de las dos grandes festividades musulmanas; quinientas en la de S. Juan, y otras quinientas

el día de año nuevo, y además recibiría anualmente doscientos sextarios de cebada y ciento de trigo: concedióle por último el usufruto de un cierto número de casas de campo y jardines, que juntos representaban un capital de cuarenta mil monedas de oro. Solo despues de haberle asegurado tan hermosa fortuna, fué cuando Abderramen rogó á Ziriyab que cantára, y cuando este hubo satisfecho su deseo, quedó el monarca tan prendado de su talento, que en adelante no quiso escuchar á otro alguno. Vivía con él en la mayor intimidad, y gustaba de conversar acerca de historia, de poesía y de todas las ciencias y artes, porque este músico extraordinario, tenía los conocimientos más estensos y variados; sin contar con que era excelente poeta y sabía de memoria la letra y la música de diez mil canciones; había estudiado tambien astronomía y geografía, y nada habia mas instructivo que oírle discurrir sobre los diferentes países y las costumbres desus habitantes. Pero mas que por su inmenso saber, por lo que más llamaba la atencion era por su ingenio, por su gusto, por la estremada distincion de sus modales. Ninguno mas ducho en las gracias de la conversacion; ninguno poseía en igual

grado el instinto de lo bello y el sentimiento del arte en todas las cosas; ninguno se vestía con tanta gracia y elegancia, ninguno sabía disponer tan bien una fiesta ni una comida: se le consideraba como un hombre superior, como un modelo del buen tono: respecto á lo que llegó á ser, el legislador de la España Árabe. Sus innovaciones fueron atrevidas é innumerables; hizo una completa revolucion en las costumbres. Antes se llevaban los cabellos largos y divididos en la frente, y se ponian en la mesa vasos de oro ó de plata, y manteles de hilo; ahora se llevaban los cabellos al rape, los vasos eran de cristal y los manteles de cuero. Así lo había querido Ziriyab. Determinaba las diversas clases de vestidos que se habian de llevar en cada estacion; enseñó á los árabes españoles que los espárragos son un manjar delicioso, en lo que ellos no habian pensado ántes; muchos de los platos que inventó conservaron su nombre; en fin, se tomaba por modelo hasta para las menores bagatelas de la vida elegante, y con una fortuna acaso única en los anales del mundo, el nombre de este hechicero epicúreo ha permanecido célebre hasta los últimos tiempos de la dominacion musulmana en España, como el

de los sábios ilustres, el de los grandes poetas, el de los grandes generales, el de los grandes ministros y el de los grandes principes. (1)

Por lo demás, aunque Ziriyab hubiera logrado tal ascendiente en el ánimo de Abderramen, que el pueblo se dirigía con preferencia á él, cuando quería hacer saber al monarca sus deseos, (2) no parece que se mezclara mucho en la política. Conocía demasiado bien la vida para no encontrar que eran cosas de mal tono discutir los negocios del Estado, tramar complót ó seguir negociaciones en medio de los placeres de una fiesta, y dejaba estas cosas á la Sultana Tarub y al eunuco Nazr. (3) Era Tarub un alma egoísta y seca, hecha para la intriga y devorada por la sed de oro. Vendía, no su amor, estas mujeres no lo tienen, sino su posesion ya por un collar de precio fabuloso, ya por sacos de plata, que su marido hacía colocar en su puerta cuando re-

(1) Véase la biografía de Ziriyab en Maccari, t. II, p. 83 y sig.

(2) Véase Khochani, p. 207.

(3) Véase Maccari, t. I, p. 225.

husaba abrirla. (1) Dura, ávida y política, estaba ligada con un hombre enteramente parecido el pérfido y cruel Nazr. Hijo de un español que ni siquiera hablaba árabe; (2) este eunuco odiaba á los cristianos verdaderamente piadosos, con todo el ódio de un apóstata.

Hé aquí lo que era la córte en esta época. En cuanto al país estaba léjos de estar tranquilo. En la provincia de Murcia hubo una guerra que duró siete años entre yemenitas y maádditas. Mérida estaba casi siempre en revolucion: los cristianos de esta ciudad estaban en correspondencia con Ludovico Pio y se concertaban con él. (3) Toledo se rebeló también, y en los alrededores de esta ciudad hubo una verdadera «jaquería.»

Pocos años despues de la jornada del foso, los toledanos habian recobrado su independencia, y destruido el castillo de Amrú. Para resarcirse de esta presa, Haquem, habia apelado de nuevo á la astucia. Saliendo

(1) Véare Maccari, t. II, p. 224-5; Ibn-Adhari, t. II, p. 94-5.

(2) Véase Khochani, p. 277.

(3) Véase la carta de Ludovico Pio á los cristianos de Mérida en la «España Sagrada», t. XIII, página 416.

de Córdoba bajo pretesto de hacer una razia en Cataluña, estableció su campo en el distrito de Murcia, y cuando sus espías le confirmaron de que los toledanos se creian tan poco en peligro, que ni aun cuidaban de cerrar las puertas de la ciudad durante la noche, llegó de repente delante de una de ellas y encontrándola abierta se hizo dueño de la plaza sin combate. Entónces mandó quemar todas las casas situadas en la parte alta de la ciudad. (1) Entre ellas se hallan la de un jóven renegado llamado Hachim, que llegó encueros á Córdoba y que para ganarse la vida tuvo que ponerse á herrero. Ardiendo en deseos de vengar sus propias injurias y las de sus conciudadanos, fraguó un complot con los obreros de Toledo y dejó á Córdoba para volver de nuevo á su ciudad natal, donde se puso á la cabeza del populacho que arrojó á los soldados y á los partidarios de Abderramen II. (829) Enseguida comenzó á recorrer el pais con su partida, robando y quemando las ciudades habitadas por árabes y berberes. Esta partida se hacia cada vez mas formidable, de

(1) Ibn-Adhari; t. II, p. 76, 85; Nowairi, página 459.

todas partes acudían á ella obreros, campesinos, esclavos y aventureros de toda clase. Por órden de Aberramen, Mahomed Ibn-Wasin, gobernador de la frontera, envió tropas contra estos bandidos, pero se vieron obligadas á retirarse, y durante un año entero el herrero pudo continuar impunemente sus devastaciones. Al fin, el gobernador que habia recibido refuerzos y que habia sido duramente reprendido por su inaccion, volvió á tomar la ofensiva y con mejor éxito esta vez, pues despues de un combate que duró muchos dias, la partida que perdió su gefe fué dispersada. (1) Sin embargo, Toledo estaba libre todavía. El año 834, Abderramen, mandó sitiaria al príncipe Omeya, pero los toledanos rechazaron victoriosamente los ataques, de suerte que Omeya despues de haber desvastado los campos circundantes, tuvo que levantar el sitio y volverse á Córdoba. Cuando vieron los toledanos alejarse el ejército enemigo, resolvieron hostigarle en la retirada, pero Omeya, habia dejado en Calatrava un cuerpo de tropas mandado por el renegado Mai-

(1) Nowairi, p. 458; Ibn-Adhari, t. II, p. 85, 86; Ibn-Khaldun, fól. 7 v.

sara, que noticioso del designio de los toledanos, les preparó una emboscada. Estos, atacados de improviso sufrieron una terrible derrota. Segun costumbre, los soldados de Maisara presentaron á su capitan las cabezas de los enemigos muertos en la pelea, pero el amor pátrio no se habia extinguido en el corazon del renegado. Á la vista de aquellas cabezas mutiladas, se despertaron enérgicamente sus sentimientos patrióticos, se reprochó con amargura su adhesion á los opresores de su país y á los pocos dias espiró de vergüenza y de dolor.

Sin embargo, aunque el sultan pudo causar de tiempo en tiempo pérdidas á Toledo, no pudo sujetarla mientras reinó en ella la concordia. Desgraciadamente esta concordia desapareció. Ignoramos lo que ocurrió en la ciudad, mas lo que despues sucedió en 873 nos hace suponer que estalló la discordia entre cristianos y renegados. Un jefe toledano que se llamaba Ibn-Mohádjir, y que era al parecer un renegado, abandonó con sus partidarios á Toledo y vino á ofrecer sus servicios al gobernador de Calatrava (836), que se apresuró á aceptar sus proposiciones. Siguiendo los consejos de los emigrados se resolvió investir la ciudad

y privarla de subsistencias, y el príncipe Walid, hermano del monarca fué el encargado de la direccion del sitio. Ya duraba este un año, durante el que el hambre hacía estragos en la ciudad, cuando un parlamentario enviado por el general árabe vino á aconsejar á los toledanos la rendicion, visto que pronto se verían obligados á entregarse y que valía mas aprovecharse el momento en que todavía podían obtener algunas condiciones. Rehusaron los toledanos, pero desgraciadamente para ellos el parlamentario que habia sido testigo de su valor, lo fué tambien de su debilidad y de vuelta aconsejó al general dar un asalto vigoroso. Así lo hizo Walid, y Toledo fué tomada (16 de junio 837,) despues de haber gozado cerca de ocho años de una completa independendia. Los anales no nos cuentan cómo trató el sultan á sus habitantes, sólo dicen que Abderramen, les tomó rehenes y que hizo reconstruir el castillo de Amrú.

En los últimos años del reinado de Abderramen, los cristianos de Córdoba intentaron una rebelion de un género enteramente escepcional. Sobre ella llamamos ahora la atencion de nuestros lectores. Los

escritores latinos del siglo IX, nos suministran multitud de datos, no sólo sobre esta rebelion sino sobre la manera de ser, los sentimientos y las ideas de los cristianos cordobeses, y nosotros trataremos de reproducir fielmente los detalles llenos de interés que nos suministran.

VI.

Una gran parte, y por cierto la mas ilustrada de los cristianos de Córdoba, no se quejaba de su suerte: no se los perseguía, se les permitía el libre ejercicio de su religion, y con esto estaban satisfechos (1) Muchos de ellos servian en el ejército, otros tenian empleos lucrativos en la Corte ó en los palacios de los grandes señores árabes. (2) Ellos imitaban todo lo que veian hacer á sus amos; unos mantenian un haren (3)

(1) Eulógio, «Memoriale Sanctorum,» p. 248; Alvaro, «Indic. lumin,» p. 225.

(2) Eulog. id. L. II, c. 2, 3; L. III, c. I; Alvaro, «Indic. lumin,» p. 225, 273,

(3) Samson, Apolog. L. II, c. 6.

otros se entregaba á un vicio abominable, desgraciadamente frecuente en los países orientales. (1) Fascinados por el brillo de la literatura arábiga, los hombres de gusto menospreciaban la latina, y no escribían sino en la lengua de los vencedores. Un autor de la época, mas patriota que la mayoría de sus conciudadanos, se queja de ello amargamente. «Mis correligionarios, dice, se complacen en leer las poesías y las novelas de los árabes: (2) estudian los escritos de los filósofos y teólogos musulmanes, no para refutarlos, sino para formarse una diccion arábiga correcta y elegante. Dónde se encuentra ya un lego que lea los comentarios latinos de las santas Escrituras? Cuál de ellos estudia los Evangelios, los profetas y los apóstoles? ¡Ay! todos los jóvenes cristianos que se distinguen por su talento, no conocen más que la lengua y la literatura de los Árabes, reúnen con grandes desembolsos inmensas bibliotecas, y publican don-

(1) Id. «*ibid.*» L. II, c. 2, 6.

(2) El manuscrito de Alvaro, (p. 273 de la edición de Flores) contiene: «*Et dum eorum versibus et fabellis mille suis delectamus.*» En lugar de «*mille*» Flores lee «*mille,*» sin notar que el autor hubiera escrito en este caso «*eorum*» y no «*suis.*» Debe leerse «*Milesiis.*»

de quiera, que aquella literatura es admirable. Habladles, por el contrario, de libros cristianos, y os responderán con menosprecio que son indignos de su atención. ¡Qué dolor! Los cristianos han olvidado hasta su lengua, y apenas entre mil de nosotros se encontraría uno que sepa escribir como corresponde una carta latina á un amigo, pero si se trata de escribir en árabe, encontrarás multitud de personas que se espresan en esta lengua, con la mayor elegancia, y que componen poemas preferibles, bajo el punto de vista artístico, á los de los mismos árabes (1)

Por lo demás, esta predilección por la literatura arábica no tiene nada de notable. No se poseían en Córdoba las obras de los grandes poetas de la antigüedad, (2) los libros de Teología no tenían gran atractivo para las gentes de mundo, y la literatura contemporánea llevaba el sello de una extrema decadencia. Se escribían aun versos latinos pero como se habían olvidado las reglas de

(1) Álvaro, «Indic. lumin.», p. 274, 275,

(2) Para los cordobeses, la Eneida de Virgilio y las Sátiras de Horacio y de Juvenal, que Eulogio trajo de Navarra en el año 848, fueron novedades.

la cantidad, (1) eran versos rimados llamados «rítmicos» (2) en los que no se atendía mas que al acento, y que además estaban escritos en un estilo al par pretencioso y descuidado.

Mas que semi-arabisados, los cristianos de Córdoba, se acomodaban muy bien á la dominacion extranjera. Pero esta regla tenía sus escepciones. El sentimiento de dignidad nacional y el respeto de sí mismo no se habian extinguido en todos los ánimos. Algunos espíritus generosos, que desdeñaban introducirse é instalarse á fuerza de impudencia ó de habilidad, en los palacios de los grandes, bramaban de indignacion, pensando que su ciudad natal, que llevaba aun con orgullo su antiguo título de patricia, (3) era ahora la residencia de un Sultan, y envidiaban la suerte de los pequeños estados del norte de la Península, que si es verdad que tenian que sostener una guerra continúa, al menos, libres del yugo árabe, estaban gobernados por príncipes

(1) Véase Álvaro «Vita Eulogii,» c. 4.

(2) Alvaro, «Vita Eulogii,» c. 2. Compárese con Sharon Turner, «History of the Anglo-Saxons», t. III, p. 655.

(3) Isidoro de Beja, c. 36; Eulogio, «Memor. Sanct.» L. II, c. I; «Apolog. Martirum,» p. 314.

cristianos. (1) Á estos patrióticos sinsabores, se juntaban á veces agravios bien reales. Los Sultanes daban de tiempo en tiempo órdenes que debian herir profundamente la vanidad y las convicciones religiosas de los cristianos; por ejemplo: habian declarado la circuncision igualmente obligatoria para ellos que para los musulmanes. (2) Pero los que sobre todo estaban descontentos eran los sacerdotes. Profesaban á los musulmanes un ódio instintivo tanto más fuerte, cuanto que tenian ideas equivocadas acerca de Mahoma y sus doctrinas. Nada les hubiera sido más fácil, viviendo entre los Árabes, que enterarse de esto, pero rehusando obstinadamente beber en las fuentes que se hallaban á su alcance, se complacian en creer y repetir todas las fábulas absurdas que se habian esparcido fuera, acerca del Profeta de la Meca. No es en los escritos arábigos donde Eulogio, uno de los sacerdotes más ilustrados de esta época, y bastante familiarizado con el árabe para poder leer sus obras históricas en esta lengua, vá á buscar datos para la vida de Ma-

(1) Eulogio, «Epistola ad Willesindum,» p. 330.

(2) Álvaro, «Indic. lumin,» p. 273; Samson, Libro II, c. 4.

homa, sino en un manuscrito que la casualidad pone en sus manos en un convento de Pamplona. Allí entre otras cosas se leía que sintiendo Mahoma aproximarse su fin, predijo que á los tres dias de muerto vendrian los ángeles á resucitarlo. Por consiguiente, cuando el alma de Mahoma hubo descendido á los infiernos, sus discípulos velaron asiduamente el cadáver, esperando el milagro; pero al fin del tercer dia no viendo venir á los ángeles, y creyendo que lo impedía su presencia al lado del cadáver, que ya exhalaba un olor fétido, se marcharon. Entónces en lugar de ángeles acudieron perros, (1) que comenzaron á devorarlo. Lo que quedaba fué sepultado por los musulmanes, que para vengarse de los perros resolvieron matar todos los años gran número de estos animales. «Hé aquí, esclama Eulogio; hé aquí los milagros del Profeta de los musulmanes.» (2) No se conocian mejor las doctrinas de Mahoma. Que los sacerdotes, nutridos con ideas ascéticas, y á quienes estaba prohibido el amor de la mujer se ofendieran porque Mahoma había autorizado la

(1) Vice angelica canes ingressi.

(2) «Apolog. martyrum,» p. 312, 313.

poligamia, y sobre todo, por sus ideas acerca del Paraíso celeste, con sus hermosas vírgenes, (1) nada más natural; pero lo singular es que imaginaban que había predicado precisamente lo contrario que el Cristo. Este enemigo de nuestro Salvador, dice Alvaro, ha consagrado el sexto día de la semana, que por causa de la Pasión de nuestro Señor debe ser un día de duelo y de ayuno, á la gula y á la lujuria. El Cristo ha predicado la castidad á sus discípulos: él ha predicado á los suyos los deléites groseros, los placeres inmundos, el incesto. El Cristo ha predicado el matrimonio, él, el divorcio. El Cristo ha recomendado la sobriedad y el ayuno, él los festines y los placeres de la mesa. (2) El Cristo, dice Alvaro en seguida, y sería muy difícil hallar en el Nuevo Testamento las palabras que pone aquí en boca del Señor, el Cristo ordena «que durante los días de ayuno el esposo se abstenga de su esposa lejitima; él ha consagrado especialmente estos días á los placeres de la carne.» (3) Por poco al corriente que hubiera estado Alvaro de lo que pasaba entónces en

(1) Álvaro, «Indic. iumin,» p. 352, 353.

(2) «Indic. lumin,» p. 270.

(3) P. 271.

la córte, debía saber que Yahya había impuesto una dura penitencia á Abderramen II, cuando este monarca faltó á los mandamientos de Mahoma, acerca de la abstinencia de mujeres durante el mes de ayuno. (1)

Así se formaban los sacerdotes una idea completamente equivocada de la religion mahometana. En vano les decian aquellos de sus correligionarios que la conocian mejor, que Mahoma habia predicado una moral pura; (2) trabajo perdido: las jentes de iglesia continuaban poniendo al islamismo en la misma línea que al paganismo romano, considerándolo como una idolatría inventada por el diablo. (3)

Mas no es en la religion musulmana donde debe buscarse el motivo principal de su aversion, sino en el carácter de los árabes. Este pueblo que juntaba á una viva y franca alegría una sensualidad refinada, debía inspirar á los sacerdotes que gustaban de los retiros eternos y escondidos, de los grandes sacrificios y de las terribles expiaciones, una estrema é invencible repugnancia.

(1) Véase Ibn-Khallican, Fasc. X. p. 20, ed. Wüstenfeld.

(2) Eulogio, «Apolog. martyrurum,» p. 311.

(3) Eulogio y Álvaro, «passim.»

Los sacerdotes además estaban abrumados con vejaciones continuas. Si los musulmanes de las clases elevadas eran demasiado ilustrados y buenos políticos para insultar á los cristianos por su religion, el populo era intolerante como en todas partes. Cuando encontraba á un clérigo en la calle, le gritaban: «mira el loco;» y le cantaba una cancion cuya letra era un elogio-irónico de la cruz, mientras que los chiquillos le tiraban á la cabeza piedras y tiestos. En los entierros, los sacerdotes oian decir: «Aláh, no tengas piedad de ellos! y la basura y los guijarros llovian al mismo tiempo sobre el acompañamiento. Cuando las campanas de las iglesias tocaban las horas canónicas, los musulmanes decian moviendo la cabeza. «Pueblo simple y desdichado, que se deja engañar por sus sacerdotes! Maldiga Aláh á esos impostores!» Para muchos musulmanes los cristianos, ó por lo ménos sus sacerdotes eran objeto de repugnancia; cuando tenian que hablarles, se mantenian á distancia, para que no les tocaran sus vestidos. (1) Y sin embargo, estos infelices que causaban horror, á quienes se consideraban como im-

(1) Eulogio, «Memor. Sanct,» p. 247; Alvaro, «Indic. lumin,» p. 229, 230.

puros, de los que se huía como de apes-
tados, que veían cumplida la profecía de
Jesus que había dicho á sus discípulos:
«Vosotros sereis odiados de todos á causa
de mi nombre:» se acordaban muy bien
que cuando el cristianismo dominaba en el
pais en donde admirables iglesias se eleva-
ban donde quiera su órden había sido el
más poderoso del Estado. (1)

Heridos en su orgullo, exasperados por
los ultrajes que recibían, é impelidos por
una necesidad febril de actividad, los sa-
cerdotes, los monjes y el escaso número de
legos, que como ellos pensaban, no se resig-
naron á sufrir en silencio, á hacer estériles
votos, á dejar que la cólera les royera
las entrañas. En las ciudades bastantes apar-
tadas del centro del poder musulman, para
poder levantar con éxito la bandera de la
rebelion, estos hombres apasionados y ar-
dientes habrían sido soldados, en las monta-
ñas, hubieran llevado la vida independien-
te del partidario y del bandido, y soldados
en Toledo, ó guerrilleros en la Serranía de Má-
laga, habrían sostenido contra los musul-
manes una guerra á muerte. En la residencia

(1) Eulogio, «Memor. Sanct,» p. 250, in fine.

del Sultan, donde toda la rebelion á mano armada era imposible, se hicieron mártires.

Para sustraerse á los insultos del populacho, los clérigos, no salian de su casa sino en caso de absoluta necesidad. (1) Muchas veces se fingian enfermos, y se quedaban en cama todo el dia, á fin de librarse de pagar la capitacion que el fisco exigía á fin de cada mes. (2) Condenándose así á largas reclusiones, y á una vida solitaria y contemplativa, siempre replegada sobre sí misma, atesoraban en silencio y con una especie de voluptuosidad, tesoros de ódio; se felicitaban de odiar más cada dia, y de cargar su memoria con nuevos agravios. Levantábanse despues de puesto el sol y en el silencio solemne y misterioso de la noche, al débil é indeciso resplandor de una lámpara (3) se ponian á leer alguna parte de la Biblia, sobre todo, el capítulo décimo de San Mateo, los Padres de la Iglesia y la Vida de los Santos, que eran casi los únicos libros que conocian. Leian que Cristo había dicho: «Id y enseñad á todas las naciones: lo que

(1) Eulogio. «Memor. Sanct,» p. 247.

(2) Leovigildo, de «Habitú Clericorum,» (Esp. Sagr., t. XI, p. 523.

(3) Leovigildo, «loco laudato.»

os digo en las tinieblas, decidlo á la luz. Lo que os digo al oido, predicadlo en las casas. Os envió como corderos en medio de lobos. Sereis llevados delante de los gobernadores y delante de los reyes, á cáusa de mí, para que deis testimonio de mí. No temais á los que matan el cuerpo, pero que no pueden matar el alma: temed mas bien á el que puede perder el alma y al cuerpo arrojándolos al gehenna.» (1) Leian además en grandes Doctores, que aquellos gozarán especialmente de la felicidad de los elegidos, que cuando se oculta no es un crimen, se ofrecen al martirio voluntariamente. (2) Mas lo que inflamaba principalmente la enferma imaginacion de los sacerdotes, era el ejemplo de aquellos santos varones que habian sido probados por la persecucion de los paganos, y que léjos de evitar el martirio estaban ávidos esta muerte sagrada. (3) Ocupados en la asídua admiracion de estos mártires de la fé, sentian arder en su alma la necesidad imperiosa de imitarlos. Sentian no ser perseguidos y pedian á voces la ocasion de hacer un gran acto de fé que tantos

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.» p. 240.

(2) Eulogio, p. 249.

(3) Eulogio, «Ibid.»

otros siervos fieles de Dios habian hallado en los primeros tiempos de la Iglesia.

Este partido exaltado y fanático obedecía al impulso de dos hombres notables: el sacerdote Eulogio y el lego Alvaro.

Eulogio pertenecía á una antigua familia cordobesa, que se distinguía tanto por su adhesion al cristianismo como por su ódio á los musulmanes. Su abuelo que se llamaba tambien Eulogio, cuando oia á los muezines anunciar desde la alto de los minarettes la hora de la oracion, tenía la costumbre de hacer la señal de la cruz y entonar estas palabras del salmista: ¡Oh Dios! no guardes silencio y no te calles! Porque hé aquí que tus enemigos zumban y los que te ódian han levantado la cabeza! (1) «Sin embargo, por grande que fuera la aversion de esta familia á los musulmanes, José el mas jóven de los tres hermanos de Eulogio, entró de empleado en las oficinas de la administracion. Sus otros dos hermanos, se dedicaron al comercio. (2) Una de sus hermanas llamada Anulona tomó el velo: Eulogio fué destinado á la Iglesia desde muy

(1) Eulogio, «Apolog. Martyr,» p. 313.

(2) Véase Eulogio, «Epit. ad Willisindum.

temprano. Educado entre los sacerdotes de la Iglesia de S. Zóilo, estudió noche y día con tanta aplicacion, que excedió bien pronto, no solo á sus condiscípulos, sino á sus maestros. Entónces, ardiendo en deseos de aprender lo que estos no podian enseñarle, pero temiendo ofenderles si les manifestaba su secreto deseo, no les dijo nada, pero saliendo á escondidas, iba á asistir á las lecciones de los más famosos doctores de Córdoba, y sobre todo á las del elocuente abad Spera in-Deo, (1) autor de una refutacion de las doctrinas musulmanas (2) y de la narracion del martirio de dos decapitados al principio del reinado de Abderramen II. (3)

Este celoso doctor ejerció el mayor influjo sobre el espíritu del jóven Eulogio, él fué quien le inspiró un ódio sombrío y feroz contra los musulmanes que le distinguió toda su vida. Tambien en el auditorio de Spera in-Deo fué donde hizo conocimiento con Álvaro, jóven y rico cordobés que aunque no se dedicaba á la Iglesia, seguia asiduamente los cursos del célebre abad

(1) Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 2.

(2) Eulogio, cita un fragmento de este mismo mismo libro en su «Memor. Sanct,» p. 241, 242.

(3) Eulogio, «Memor. Sanct,» p. 267.

de cuyas ideas participaba. Eulogio y Álvaro, estaban hechos para comprenderse y estimarse, pronto se estableció entre ellos una estrecha amistad, y escribiendo ya en una edad ya muy avanzada la biografía de su amigo, Álvaro se detiene con complacencia en el tiempo en que él y su condiscípulo se juraban una eterna amistad, en que estaban pendientes de los lábios del gran doctor con que se envanecía la Bética y en que su más dulce ocupacion era escribir cartas y versos; volúmenes que destruirían mas tarde á pesar de los encantadores recuerdos que despertaban por miedo de que la posteridad no los juzgara por estas imperfectas producciones, de una musa entusiasta. (1)

Hecho primero diácono, luego sacerdote de la Iglesia de S. Zóilo, Eulogio se concilió por sus virtudes, la benevolencia de todos los que le conocían. Gustaba de frecuentar los cláustros en los que ejerció bien pronto gran influencia, y llevando su piedad á una singular exaltacion maceraba su cuerpo con ayunos y vigiliias, pidiendo á Dios como favor, que libertándole de

(1) Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 2.

una vida que para él era una carga, le hiciera entrar en la beatitud de los elegidos. (1)

Sin embargo, esta vida tan austera, fué iluminada por un dulce rayo de amor; pero este amor era tan casto y tan puro en su santa sencillez, que Eulogio mismo no se daba cuenta de él, y que sin pensar en ello lo confiesa con un candor hechicero.

Habia entónces en Córdoba, una bellísima jóven llamada Flora, cuyo carácter tenía con el de Eulogio misteriosas afinidades. Hija de un matrimonio misto pasaba por musulmana, pero como era huérfana de padre desde su más tierna infancia, su madre la habia educado en el cristianismo. Esta muger piadosa, habia desarrollado en ella un vivo amor á las cosas santas, pero su hermano como zeloso musulman que era, espiaba todos sus pasos de modo que por día ir rara vez á misa. Esta sujecion le pesaba y se preguntaba sino era pecado hacerse pasar por musulmana cuando leía en su amadísima Biblia: «Al que me confiese delante de los hombres, yo le confesaré tambien delante de mi padre que está en

(1) Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 3.

los cielos, mas el que me niegue delante de los hombres, yo le negaré tambien delante de mi padre que está en los cielos!» Fuerte y valerosa, fiera é intrépida, era un ser organizado para una resistencia indomable, un carácter enérgico, emprendedor y amante de los partidos extremos. Tomó bien pronto su resolucion. Á hurtadillas de su hermano, abandonó la casa, acompañada de su hermana Baldegotona, que participaba de su opinion. En vano la buscaba su hermano en todos los conventos; en vano hacía prender á todos los sacerdotes que suponía tenerlas ocultas, cuando Flora, que no quería que los cristianos fuesen perseguidos por su cáusa, volvió espontáneamente á su casa, y presentándose á su hermano, le dijo: «Tú me buscas, tú persigues al pueblo de Dios por cáusa mia! pues bien, héme aquí! Me presento á tí y te digo altamente, porque estoy orgullosa de ello: sí, tus sospechas son fundadas; sí, yo soy cristiana. Ensaya si te atreves á separarme de Cristo con los suplicios: yo sabré soportarlo todo.

—¡Desgraciada! dijo su hermano: ¿nosabes que nuestra ley castiga al apóstata con pena de muerte?—Sí, respondió Flora, pero sobre el cadalso diré con la misma firmeza:

Jesus, mi Señor, mi Dios, llena de amor para tí muero dichosa! Furioso con esta obstinacion el musulman, tuvo la crueldad de pegar á su hermana, pero Flora tenía una de esas organizaciones escepcionales en que el dolor físico parecía no hacer mella, y viendo su hermano que su brutalidad no le servía de nada, ensayó persuadirla con dulzura. No consiguió más. Entónces la llevó delante del Cadí: «Juez, le dijo, hé aquí á mi hermana que había siempre honrado y practicado conmigo nuestra santa religion, hasta que los cristianos la han pervertido, la han inspirado menosprecio á nuestro Santo Profeta, y la han hecho creer que Jesus es Dios.—«Es verdad lo que dice nuestro hermano? le preguntó el Cadí.—¿Y qué, respondió ella, llamais mi hermano á ese impío? No lo es, yo no lo reconozco!—Lo que acaba de decir es falso, yo no he sido nunca musulmana. Á quien hé conocido, á quien hé adorado desde mi más tierna infancia es á Cristo. Ese es mi Dios y jamás tendré mas esposo que él »

El Cadí hubiera podido condenarla á muerte, pero movido acaso por la juventud y la belleza de Flora y creyendo sin duda que un castigo corporal sería suficiente

para volver al redil esta oveja descarriada mandó á dos agentes de policía que estendieran los brazos de la jóven, y le desgarró la nuca á latigazos. Despues, entregándosela á su hermano, más muerta que viva, le dijo: «Instruidla en nuestra ley, y si nó se convierte, traédmela.»

De vuelta en su casa, el musulman hizo cuidar á su hermana por las mujeres de su haren.

Por miedo de que se escapara segunda vez, tuvo gran cuidado de tener cerradas todas las puertas, pero como una pared muy alta rodeaba todos los departamentos de que se componía la casa, juzgó inútil tomar otras precauciones. Olvidaba que una mujer tan valerosa como Flora, no se detenía por ningun obstáculo. Á los pocos días, apenas cerradas sus llagas, se creyó lo bastante fuerte para intentar escaparse. Á favor de la noche se encaramó en un departamento que daba sobre el corral; de allí escaló ligeramente la muralla y dejándose caer al suelo, llegó hasta la calle sin tropiezo. Caminando al azar en las tinieblas, tuvo la suerte de llegar á casa de un cristiano conocido. Allí estuvo oculta por algun tiempo; allí conoció á Eulogio por

primera vez. (1) La belleza de Flora, la irresistible seducción de sus palabras y de sus maneras, (2) su firmeza inquebrantable en los sufrimientos, su firme piedad y su exaltación mística, todo ejerció un poder verdaderamente magnético sobre la imaginación del joven sacerdote, por habituada que estuviera á temerse y reprimirse. Conoció por Flora una amistad exaltada, una especie de amor intelectual, un amor como debe sentirse en la mansión de los ángeles, allí donde solo las almas arden en santos deseos. Seis años después, se acordaba aun hasta de las menores circunstancias de esta primera entrevista. Léjos de haberse debilitado su recuerdo, parece haberse aumentado con la edad y héchose más vivo, testigo estas palabras apasionadas que escribía entonces á Flora: «Tú te has dignado santa mujer, hace mucho tiempo enseñarme tu nuca desgarrada por las varas, y privada de la bella y abundante cabellera que ántes la cubría. Es que tú me considerabas como tu padre espiritual, y que me creías puro y casto como tú misma. Suavemente puse mis

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.» p. 265, 266.

(2) *Specie decoris et venustate corporis nimium florens.* El mismo «ibid.»

manos sobre tus llagas; hubiera querido curarlas oprimiéndolas con mis labios, mas no me atreví... Al dejarte, me quedé pensativo, y suspiraba sin cesar. (1)

Temiendo ser descubierta en Córdoba, Flora acompañada de su hermana Baldegotona, fué á esconderse en otra parte. Luego dirémos dónde; como Eulogio la volvió á encontrar.

(1) Docum. mart., p. 325.

VII.

Mientras que los cristianos celosos de Córdoba se hallaban entregados á los penosos sueños de una ambicion alimentada en las sombras, y agriada con la inaccion, ocurrió un suceso que duplicó si era posible sus ódios y su fanatismo

Un sacerdote de la Iglesia de S. Asisclo, llamado Perfecto, había salido un dia á sus negocios particulares, cuando se le acercaron unos musulmanes, porque hablabá el árabe bastante bien. No tardó en recaer la conversacion sobre materias religiosas, y los musulmanes le preguntaron lo que opinaba de Mahoma y de Jesus. «En

cuanto á Cristo, les respondió, es mi Dios; pero en cuanto á vuestro Profeta no me atrevo á decir lo que nosotros los cristianos pensamos de él, porque si os lo dijera os ofenderíais y me entregaríais al Cadí, que me condenaría á muerte. Pero si me asegurais que nada tengo que temer, os diré en confianza lo que sobreestose lee en el Evangelio, y la fama de que goza entre los cristianos.—Fíate de nosotros, le contestaron os musulmanes, y dínos sin temor lo que vuestros correligionarios piensan de nuestro Profeta, que nosotros te juramos no hacerte traicion.—Pues bien, dijo entónces Perfecto; en el Evangelio se lee: Se levantarán falsos Profetas, que harán prodigios y milagros capaces de seducir á los mismos elejidos, si esto fuera posible. El mayor de estos falsos Profetas es Mahoma. Una vez disparado Perfecto fué más léjos de lo que hubiera querido y prorrumpió en injurias contra Mahoma, á quien llamó siervo de Satanás.

Los Musulmanes le dejaron que se marchara en paz, pero le guardaron rencor y viéndolo venir algun tiempo despues, y no creyéndose ya obligados por el juramento, gritaron á la gente: «Ese insolente que veis

ahí ha proferido en nuestra presencia tales blasfemias contra nuestro Profeta, que el más pacífico de vosotros no se hubiera podido contener.» Al punto, como si hubiera irritado á una colmena, dice Eulogio, se vió rodeado de una multitud furiosa, que precipitándose sobre él, lo arrastró ante el tribunal del Cadí, con tal violencia que sus piés apenas tocaban el suelo. «El clérigo que veis, le dijeron al juez, ha blasfemado de nuestro Profeta. Mejor sabes que nosotros el castigo que merece semejante crimen.»

Habiendo examinado á los testigos el Cadí, preguntó á Perfecto lo que tenía que responder. Al pobre cura que no era de los que estaban preparados á hacer el papel de mártires, y que temblaba de miedo, no se le ocurrió cosa mejor que negar las palabras que se le atribuían. Pero no le sirvió de nada; el crimen estaba suficientemente probado, y el Cadí, aplicándole los términos de la ley musulmana, lo condenó á muerte como blasfemo. Cargáronlo de cadenas y lo metieron en la cárcel, donde debía esperar el dia que Nazr fijara para la ejecucion.

No había ya esperanza para el pobre sacerdote, víctima de la traicion de algunos musulmanes, á juramentos, en que él había

tenido la imprudencia de confiar. Pero la certidumbre de su próxima muerte le devolvió el valor que le había faltado delante del Cadí. Exasperado por aquella falta de fé que iba á costarle la vida, y cierto de que ya nada podría salvarlo ni agravar su pena, confesaba en alta voz que había injuriado á Mahoma; se gloriaba de haberlo hecho, maldecía sin cesar al falso Profeta, á su doctrina y á su secta, y se preparaba á morir como mártir. Oraba, ayunaba y rara vez el sueño lograba cerrar sus ojos. Dos meses pasaron así. Parecía que Nazr lo había olvidado ó que intentaba prolongar su lenta agonía. El hecho es, que por un refinamiento de crueldad, había resuelto que el suplicio de Perfecto se ejecutara durante la fiesta que celebran los musulmanes despues del ayuno del mes de Ramadhan, al primer día de la luna de Chauwal.

En este año (850), el primer Chauwal caia en un día de Primavera, (18 Abril.) Desde el amanecer, las calles de Córdoba que durante las mañanas de los treinta dias de cuaresma habian estado desiertas y silenciosas, ofrecían un espectáculo animado y un si es no es grotesco. Apénas bastaban á contener la inmensa multitud que se preci-

pitaba en las mezquitas: los ricos estrenaban magníficos vestidos, los esclavos se habían puesto lo que sus amos acababan de darles, los chicos se pavoneaban embutidos en los de sus padres, todas las caballerías habían sido alquiladas y cada una llevaba encima á todos los que podía. En todas las caras se pintaba la alegría, los amigos cuando se encontraban se felicitaban y se abrazaban. Acabada la ceremonia religiosa comenzaron las visitas, las viandas mas esquisitas y los mejores vinos esperaban en todas partes á los visitantes, y las puertas de los ricos estaban atestadas de pobres que se lanzaban como hambrientas áves de rapiña sobre las migajas de los festines. Aun para las mugeres encerradas el resto del año bajo triples cerrojos, era este un dia de fiesta y libertad. Mientras que sus padres y maridos bebían y se embriagaban, ellas recorrían las calles con palmas en las manos y distribuyendo tortas á los pobres para ir á los cementerios, donde bajo pretesto de llorar á los difuntos anudaban hartas intrigas. (1)

(1) Véase Lane, «Modern. Egyptians,» t. II, página 266-269; «Mission historial de Marruecos,» página 46; Lyon, «Travels in northern África,» p. 109, 109; Eulegio, «Memor. Sanct,» L. II, c. I.

Después de medio día, cuando innumerables embarcaciones llenas de musulmanes semi-ébrios cubrían el Guadalquivir, y cuando los cordobeses se reunían en una gran esplanada al otro lado del río en apariencia para oír un sermón, pero en realidad para entregarse á nuevos regocijos, se fué á anunciar á Perfecto por órden de Nazr que su suplicio se iba á ejecutar al instante. Perfecto sabía que las ejecuciones se verificaban en aquella misma esplanada en que la alegre multitud se reunía en aquel momento. Estaba preparado á subir al cadalso, pero la idea de subir en medio del gozo y de la alegría general, la idea de que su suplicio sería para la multitud una diversion, un nuevo pasatiempo, le llenaron de rabia y de dolor. «Yo os lo predigo exclamó inflamado de una justa cólera, ese Nazr, ese orgulloso delante del que se inclinan los gefes de las familias mas antiguas y mas nobles, ese hombre que ejerce en España un poder soberano, no verá el aniversario de la fiesta para lo que ha tenido la crueldad de señalar mi suplicio.»

Perfecto no dió el menor signo de flaqueza. Mientras que lo conducian al cadalso gritaba: «Sí, yo he maldecido á vuestro pro-

feta y yo le maldigo. Yo maldigo á ese impostor, á ese adúltero, á ese endemoniado. Vuestra religion es la de Satanás. A todos os espera el infierno!» Repitiendo estas palabras sin cesar subió con paso firme al caldoso al rededor del cual se apiñaba la multitud tan fanática como curiosa, muy contenta de ver decapitar á un cristiano que habia blasfemado de Mahoma.

Para los cristianos, Perfecto era un santo. Con el obispo de Córdoba á la cabeza bajaron con gran pompa su féretro al foso en que reposaban los huesos de S. Asisclo. Además publicaron por todas partes que Dios se habia encargado de vengar al santo varon. La tarde de su ejecucion habia volcado una embarcacion, y de los ocho musulmanes que llevaba se habian ahogado dos. «Dios, decía S. Eulogio, ha vengado la muerte de su soldado. Nuestros crueles perseguidores han enviado á Perfecto al cielo, el rio se ha tragado dos de ellos para entregarlos al infierno!» Los cristianos tuvieron otra satisfaccion aun, la prediccion de Perfecto se cumplió antes del año; Nazr pereció de una manera tan súbita como terrible. (1)

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.» L. II, c. I; Alvaro;

El poderoso eunuco fué víctima de su propia perfidia. Deseaba la sultana Tarub asegurar á su hijo Abdala, la sucesion á la corona en perjuicio de Mohamet, habido en otra muger llamada Bohair y que era el mayor de los cuarenta y cinco que habia tenido Abderramen; pero por grande que fuera la influencia que ejercía sobre su esposo, no habia podido conseguirlo. Entónces recurrió á Nazr, cuyo ódio contra Mohamet le era conocido, pidiéndole que le desembarazase de su esposo y del hijo de Bohair. El eunuco le prometió que quedaría contenta, y queriendo comenzar por el padre se dirigió al médico Hairani, que venido de Oriente habia adquirido en Córdoba gran reputacion y fortuna, gracias á un remedio muy eficaz y de que él poseía el secreto contra los males del vientre, que vendía al exorbitante precio de cincuenta monedas de oro cada botella. (1) Nazr, le preguntó si estimaba en algo su favor, y habiéndole contestado el médico que todos sus deseos eran obtenerlo, le dió mil monedas de oro

«Indic. lumin, p. 225-227.

(1) Véase el art. sobre Harrani en Ibn -abi-Oz-zaibia.

mandándole preparar un veneno muy mortífero conocido con el nombre de «basun al-moluc.»

Hairani habia adivinado el proyecto del eunuco, é indeciso entre el temor de envenenar al monarca y el de atraerse el enojo del poderoso camarero, preparó el veneno y lo envió á Nazr; pero al mismo tiempo avisó secretamente á una muger del haren que aconsejase al sultan no tomar la bebida que Nazr le iba á ofrecer.

Habiendo venido este á ver á su señor, y oyéndole quejarse de su salud, le recomendó un remedio excelente que le habia proporcionado un célebre facultativo. «Mañana os lo traeré, le dijo, porque es preciso tomarlo en ayunas.» Pero cuando á la mañana siguiente el eunuco le trajo el veneno, el monarca despues de haber examinado la botella, le dijo: «Esto puede ser dañoso, tómalo tú primero.» Estupefacto, pero no osando desobedecer por temor de vender su intencion, y esperando por otra parte que Hairani sabría neutralizar los efectos del veneno, el eunuco lo bebió y en cuanto pudo sin excitar sospechas corrió á su palacio, mandó llamar al médico, le contó lo sucedido en dos palabras y le pidió un antídoto.

Hairani le propuso leche de cabras, mas ya era tarde, (1) el veneno le había abrasado las entrañas y Nazr murió de una violenta diarrea. (2)

Los sacerdotes cristianos ignoraban lo que había pasado en la córte. Sabian sí, que Nazr habia muerto de repente, y aun corrió entre ellos el rumor de que había sido emponzoñado, pero nada mas. Á lo que parece la córte trató de ocultar este complot abortado á que habían ayudado elevadas personas, y nosotros no lo conoceríamos sino fuera por las curiosas revelaciones de uno de los clientes de los Omeyas que escribía en un tiempo en que ya se podia hablar con libertad, porque todos los conspiradores habian muerto. Pero bastaba á los sacerdotes lo que habia llegado á su noticia; para ellos lo esencial era, que la prediccion de Perfecto, conocida de gran número de cristianos y de musulmanes presos con él en la misma cárcel, se había cumplido del modo mas evidente.

Algun tiempo despues, el escesivo é injusto rigor con que trataron los musulmanes

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 31 v. 32 r.

(2) Eulogio, «Memor, Sanct,» L. II. c. I.

á un mercader cristiano, irritó á los exaltados mas todavía.

Juan, el mercader en cuestion era un hombre completamente inofensivo, y jamás le hubiera pasado por la cabeza que su sino era sufrir por la causa de Cristo. No pensando mas que en su tráfico hacía buenos negocios, y como sabía que el nombre de cristiano no era la mejor recomendacion para los musulmanes que venian á comprar en su tienda, habia tomado la costumbre para encarecer su mercancía de jurar por Mahoma.

—Por Mahoma, esto es excelente! —Por el Profeta, (Dios le sea propicio) que no encontraréis en ningun parte cosas mejores que aquí.» Estas y otras frases parecidas le eran habituales, y durante mucho tiempo no tuvo por qué arrepentirse. Pero sus émulos, ménos favorecidos de parroquianos, se enrabiaban viendo su prosperidad siempre en aumento, y le buscaban camorra, por lo que un dia que le oyeron jurar de nuevo por Mahoma, le dijeron: «Tú tienes siempre en la boca el nombre de nuestro Profeta para que te tomen por musulman, y además ¿no es insufrible oírte jurar por Mahoma cada vez que sueltas una mentira?» Juan

protestó al príncipe que si él lo usaba, no era con ánimo de ofender á los musulmanes, pero habiéndose acalorado la disputa, acabó por decir: «Pues bien, no volveré á pronunciar el nombre de vuestro Profeta, y maldito sea el que lo pronuncie!» Apenas hubo dicho estas palabras, cuando me lo cogieron, gritando que había proferido una blasfemia, y lo llevaron delante del Cadí. Interrogado por éste, Juan contestó que él no había tenido intencion de injuriar á nadie, y que si lo acusaban era por celos del oficio. El Cadí que debía absolverlo si lo encontraba inocente, y condenarlo á muerte si lo creia culpable, no hizo ni lo uno ni lo otro, sino que tomando un término medio, le sentenció á cuatrocientos azotes, con gran disgusto del populacho, que decía que merecía la muerte. El pobre sufrió su pena, y despues le montaron sobre un asno, mirando hácia la cola y así lo pasearon por las calles de la ciudad mientras que el pregonero iba delante gritando: «Hé aquí cómo se castiga al que se atreve á burlarse del Profeta.» Enseguida lo encadenaron y lo encerraron en la cárcel; cuando Eulogio lo encontró allí meses despues todavía se le conocían los verdugones que el látigo habia

levantado en su cuerpo. (1)

Á los pocos días, los exaltados que hacia mucho tiempo se reprochaban su inaccion, entraron en la palestra. El objeto de todos sus anhelos era morir á manos de los infieles. Para conseguirlo no tenian mas que injuriar á Mahoma y así lo hicieron. El monge Isac les dió el ejemplo.

Nacido en Córdoba, de ricos y nobles padres, habia recibido una educacion esmerada. Sabia perfectamente el árabe y muy jóven todavía, habia sido nombrado por Abderramen II «catib,» (esto es empleado en la administracion.) Pero á los veinte y cuatro años experimentando de pronto escrúpulos de conciencia, abandonó la córte y la brillante carrera que le esperaba, para ir á encerrarse en el monasterio de Tabanos que su tio Jeremías habia hecho levantar á sus espensas al norte Córdoba. Situado entre altas montañas y espesas selvas, este monasterio en que la disciplina era mas rigurosa que en los demás, pasaba con razon como el foco del fanatismo. Isac se encontró allí con su tio, con su tia Isabel y otros parientes que habian llevado á su col-

(1) Álvaro, «Indic lumin,» p. 227, 228; Eulogio, «Mem. Sanc.,» p. 242, 243, 269.

mo el génio sombrío del ascetismo. Su ejemplo, la soledad, la vista de una naturaleza triste y salvaje, los ayunos, las vigiliass, las maceraciones, la lectura de las vidas de los santos, todo había desarrollado en el alma de este jóven un fanatismo que rayaba en delirio, cuando se creyó llamado por Cristo á morir por él. Partió pues, para Córdoba, y presentándose al Cadí: «Quisiera le dijo, convertirme á vuestra fé si quisiérais enseñármela.»—«De muy buena gana» le contestó éste, que contento por poder hacer un prosélito comenzó á esplicarle las doctrinas del Islam, pero Isac le interrumpió en medio de su discurso exclamando: «Vuestro profeta ha mentido y os ha engañado á todos, maldito sea ese infame manchado con todos los crímenes, que ha arrastrado consigo tantos infelices á los profundos del infierno! ¿Por qué vos que sois un hombre de juicio no abjurais de esa doctrina pestilencial? ¿Por ventura podeis creer en las imposturas de Mahoma? Abrazad el cristianismo, en eso está la salvacion!» Fuera de sí por la inaudita audacia del monge el Cadí abrió los lábios, pero sin poder articular palabra, lloró de ira, y dió á Isac una bofetada.

—Te atreves, exclamó el monje á abofetear á una imájen de Dios! Dia llegará en que tengas que darle cuenta.

—Calmaos, Cadí, le dijeron á su vez los consejeros asesores; no os olvidéis de vuestra dignidad, y acordaos que nuestra ley prohíbe ultrajar ni aun al condenado á muerte.

—Infelíz, dijo entónces el Cadí dirigiéndose al monge: estás borracho ó te has vuelto loco? Ignoras acaso que la ley inmutable del que tan inconsideradamente acabas de ultrajar castiga con la muerte á los que se atreven á hablar como tú lo has hecho?

—Cadí, replicó el monje tranquilamente, ni estoy loco ni bebido. Abrasado de amor por la verdad, hé querido decirtela á tí, y á los que te rodean. Condéname á muerte, no lo temo, lo deseo, porque yo sé que el Señor ha dicho: «Bienaventurados los perseguidos por la verdad, porque de ellos es el reino de los Cielos!»

Entónces le dió lástima al Cadí de este monje fanático, y habiéndolo enviado á la cárcel fué á pedir permiso al monarca para rebajar la pena á este hombre evidentemente enajenado; pero exasperado Abderamen contra los cristianos, por las honras

que habian hecho al cuerpo de Perfecto, le mandó aplicar todo el rigor de la ley, y queriendo impedir que los cristianos enterrasen con pompa el cuerpo de Isac, le ordenó que cuidase de que su cadáver permaneciese durante algunos dias colgado de una horca, cabeza abajo, y que luego le quemase, y sus cenizas fueran arrojadas al rio. Estas órdenes se ejecutaron (3 de Junio 851) pero si el monarca privó de este modo al monasterio de Tabanos de preciosas reliquias, los monjes se desquitaron colocando á Isac en el número de los santos, y contando los milagros que habia hecho, no solo desde su infancia, sino aun ántes de venir al mundo. (1)

Ya estaba abierto el camino. Dos dias despues del suplicio de Isac, el francés Sanchó, que servía en la guardia del Sultán, y que había asistido á las lecciones de Eulogio, blasfemó de Mahoma, y fué decapitado. (2) Al domingo siguiente, (7 de Junio) seis monjes, entre los que se distinguía Jere-

(1) Eulogio, «Memort. Sanct.», página 237 238; «Ibid.», L. II, c. 2; Álvaro, «Indic. lumin.», p. 237, 238; Martyrologio de Usuard, (Esp. sagr. t. X, página 375.)

(2) Eulogio, «Memor. Sanct.», L. II, c. 5, 6.

mías (el tío de Isac) y un cierto Habentio, que vivía siempre recluido en su celda, se presentaron al Cadí, gritando: «Nosotros tambien decimos lo que han dicho nuestros santos hermanos Isac y Sancho. Y despues de haber blasfemado de Mahoma, añadieron: «Venga ahora á tu Profeta! Trátanos con la mayor crueldad!» Y se les cortó la cabeza. Luego, Sisenando, clérigo de la iglesia de S. Asisclo, que había sido amigo de dos de estos monjes, creyó verlos bajar del cielo para invitarle á sufrir tambien el martirio. Hizo lo que ellos, y fué tambien decapitado. Antes de subir al patíbulo, había exortado al diácono Pablo á seguir su ejemplo, y cuatro dias despues, (20 de Julio) le cortaron la cabeza. En seguida un jóven monje de Carmona, llamado Teodomiro, sufrió la misma suerte. (1)

Once mártires en menos de dos meses eran para el partido exaltado un triunfo de que se ufanaba mucho; pero los otros cristianos que no querian mas que los dejaran en paz comenzaron á inquietarse, con razon, de este raro fanatismo, que acaso daría por resultado que los musulmanes desconfiaran de

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, c. 4.

todos los cristianos, y los persiguieran. (1) «El Sultan, decian á los exaltados, nos permite el libre egercicio de nuestro culto y no nos oprime: ¿á qué viene, pues ese celo fanático? Los que llamais mártires, no son sino suicidas, y quien le ha sugerido lo que han hecho, es el orgullo, fuente de todos los pecados. Si hubieran leído el Evangelio allí hubieran encontrado: «Amad á vuestros enemigos y haced bien á los que os aborrecen.» En vez de prorrumpir en injurias contra Mahoma, deberían saber, que segun las palabras del apóstol, los maldicientes no heredarán el reino de Dios. Los musulmanes nos dicen: Si Dios hubiera inspirado á estos fanáticos la resolucion que han tomado, queriendo manifestar que Mahoma no es un Profeta, hubiera obrado milagros que nos convirtieran á vuestra fé; pero léjos de esto há tolerado que los cuerpos de estos supuestos mártires fueran quemados, y sus cenizas arrojadas al rio. Vuestra secta no saca ninguna ventaja de estos suplicios, y la nuestra no sufre de ninguna manera; no es una locura suicidarse de este modo?» Qué debemos responder á estas objeciones que no

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, c., 5, 6.

nos parecen sino muy fundadas? (1)

Tal era el lenguaje que usaban, no solo los legos, sino la mayor parte de los sacerdotes. (2) Eulogio se encargó de responderles, y se puso á componer su Memorial de los Santos, cuyo primer libro es una amarga y violenta diatriva contra los que «con su boca sacrílega osan injuriar y blasfemar de los mártires.» (3) Para refutar á los que ponderaban la tolerancia de los infieles pinta Eulogio con los más vivos colores el cuadro de las vejaciones que abrumaban á los cristianos, y sobre todo, á los sacerdotes. ¡Ay! esclama: si la Iglesia subsiste en España como lirio entre espinas, si brilla como una antorcha en medio de un pueblo corrompido y perezoso, no hay que atribuirlo á favor de la nacion impía á que estamos sometidos en castigo de nuestras culpas, sino solo á Dios, el que ha dicho á sus discipulos: «Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Luego acumula citas sacadas de la Biblia, y de las leyendas,

(1) Eulogio, «Memort. Sanct.,» p. 243, 245, 247, 248, 249.

(2) *Plerique fidelium et (heu proh dolor!) etiam sacerdotum*, Eulogio, «Memor. Sanct.,» p. 245.

(3) Pag. 239.

á fin de probar que no solo es lícito ofrecerse espontáneamente al martirio, sino que es una obra piadosa y meritoria recomendada por el mismo Dios. «Sabed, les dice á sus adversarios, sabed impuros que no temeis rebajar la gloria de los santos, sabed que el dia del Juicio sereis careados con ellos, y entónces tendréis que responder á Dios de vuestras blasfemias!»

Por su parte el gobierno árabe se alarmó tambien de esta nueva especie de rebelion porque el fanatismo de los exaltados no era mas que una faz de su modo de ser, mezclándose con el ardor guerrero, y deseos casi feroces de venganza política. (1) Pero cómo impedir á estos insensatos entregar al verdugo sus propias cabezas? Si blasfemaban de Mahoma era preciso condenarlos á muerte: la ley era inexorable en este punto. No había mas que un medio que pudiera ser eficaz: convocar un Concilio y hacerle dar una órden que prohibiera á los cristianos buscar lo que se llamaba el martirio, y esto fué lo que hizo Abderramen II. Convocó á

(1) Eulogio y Álvaro, dan constantemente á los mártires el título de «soldados de Cristo que van á combatir al enemigo impío.»

los obispos, y no pudiendo asistir en persona á sus sesiones, se hizo representar por un cristiano empleado en la administracion.

Eulogio y Alvaro solo hablan con horror de este «catib,» de este «exceptor,» de este hombre inicuo, orgulloso, cruel, tan rico en vicios como en dinero, que no era cristiano mas que de nombre, y que había sido desde el principio detractor y enemigo encarnizado de los mártires, (1) Á tal punto le ódian y lo excecra, que evitan siempre cuidadosamente hasta el pronunciar su nombre. Solo por los autores arábigos (2) sabemos que se llamaba «Gomez» hijo de Antonino, hijo de Julian. Dotado de espíritu flexible y penetrante, Gomez, que por unánime confesion de cristianos y musulmanes, (3) hablaba y escribía con notable pureza y elegancia la lengua árabe, se había ganado el favor, primero de su jefe Abdalla ibn-Omeya, (4) y luego del monarca; de modo que la época

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, L. II, c. 19; Alvaro, *«Indic. lumin.»* p. 243, 244,

(2) Ibn-al-Cutia, fól. 34 r y v; Khochani, página 291.

(3) Eulogio, *«Memor. Sanct.»* L. III, c. 2; Ibn-al-Cutia, fól. 34 r; Khochani, p. 292.

(4) Véase acerca de él, Ibn-al-Abbar, p. 94.

de que hablamos tenía gran influjo en la Corte. Profesando suma indiferencia en materias religiosas, menospreciaba soberanamente al fanatismo; pero á lo que parece se hubiera limitado á lanzar epigramas y sarcasmos contra los pobres locos que se hacían cortar la cabeza, sin ton ni son, si nó hubiese temido que aquella locura pudiera traer para él mismo las mas pesadas consecuencias. Creía ya notar que los musulmanes comenzaban á tratar á los cristianos con una frialdad cercana á la desconfianza, y se preguntaba con inquietud sinó acabarían por confundir á los sensatos con los fanáticos, y si en este caso él y los demás empleados cristianos no perderían sus lucrativos puestos, y aun las riquezas que habían atesorado. Gomez, pues, no era solamente en el Concilio el intérprete de la voluntad del Monarca; su propio interés estaba en juego, y le obligaba á oponerse con vigor al torrente que amenazaba tragárselo.

VIII.

Abriéronse las sesiones del concilio bajo la presidencia de Recafredo, metropolitano de Sevilla. Gomez, espuso el estado de las cosas, pintando las funestas consecuencias que podia tener el intempestivo celo de los que insultaban á Mahoma, que léjos, decian, de ser santos, merecían ser escomulgados puesto que esponían á todos sus correligionarios á una terrible persecucion, por lo cual rogaba á los obispos, que dieran un decreto desaprobando la conducta de los llamados mártires, y prohibiera á los fieles imitarlos; pero como segun todas las probabilidades esto no bastaría, como los gefes del partido (entre los que Gomez señalaba al presbítero Eulogio,) podrian tener el

atrevimiento de censurar los actos del concilio, y de excitar á despecho del decreto á los simples y crédulos para que de nuevo se presentaran delante del cadí á injuriar á Mahoma—lo que convenia evitar á toda costa,—rogó además á los obispos, que se encargasen de meter en la cárcel las personas que juzgasen peligrosas. (1)

Entónces Saul, obispo de Córdoba, tomó la defensa de los mártires. Habíase colocado en el partido de los exaltados, menos por conviccion que por hacer olvidar sus antecedentes que no eran muy puros. Elegido obispo por el clero de Córdoba, pero no pudiendo obtener la aprobacion del Monarca, prometió si se la alcanzaban cuatrocientas monedas de oro á los eunucos de palacio, y exigiendo estas garantías les había entregado un acta escrita en árabe, en la que se obligaba á pagarles dicha suma con las rentas de los bienes del obispado en perjuicio del clero, que era el único que tenía derecho á disfrutarlos. Consiguieron los eunucos vencer la resistencia del Monarca que aprobó la eleccion del clero, (2) pero

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, c. 15; cf. capítulo 14.

(2) Álvaro, «Epist.,» XIII, c. 3.

desde entónces, queriendo rehabilitarse en la opinion de los cristianos rigurosos y austeros que le reprochaban sin cesar este mercado infame, abrazó con calor las doctrinas de los entusiastas. Ya cuando los ostentosos funerales de Perfecto, que habian causado al gobierno tantos recelos, se atrevió á presentarse á la cabeza del clero, ahora espuso los argumentos que la Biblia y las vidas de los santos suministraban á los exaltados para justificar su opinion. Mas los otros obispos, léjos de participar de sus opiniones, se hallaban muy dispuestos á pronunciarse en el sentido que Gomez les había indicado. Sin embargo, se hallaban en una posicion bastante embarazosa: habiendo sido admitido y canonizado el suicidio por la Iglesia, no era posible reprobar la conducta de los llamados mártires sin condenar al mismo tiempo la de los santos de la Iglesia primitiva. No osando pues reprobar en principio esta especie de suicidio, ni aun siquiera desaprobar la conducta de los que habian buscado el martirio en los últimos tiempos, resolvieron prohibir que los cristianos aspiraran en adelante á esta muerte sagrada. Gomez que comprendía sus escrúpulos, se contentó con esta deci-

cion, cuanto mas que el metropolitano lo habia prometido tomar contra los agitadores enérgicas y severas medidas.

Apénas se hubo publicado el decreto del Concilio, cuando Eulogio y sus amigos se apoderaron de él para volverlo contra sus mismos autores. «Este decreto decian, no condena á los mártires de este año, ni en él se lee que no habrá otros en adelante. ¿Qué significa pues esta prohibicion de aspirar á la corona del martirio? Comparado con el resto del decreto, no es mas que una singular inconsecuencia que no puede esplicarse sino suponiéndola dictada por el miedo. Evidentemente, el Concilio aprueba el martirio pero no se atreve abiertamente á declararlo.» (1)

Así estos espíritus impetuosos y turbulentos, desafiaban la autoridad de los obispos. Pero, ó nó habian calculado todas las consecuencias de su audacia, ó se imaginaban con más firmeza y valor de los que tenian realmente, porque cuando el metropolitano Recafredo, fiel á sus promesas y secundado por el gobierno, ordenó prender á sus jefes, sin exceptuar al obispo de Córdo-

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, c. 15.

ba esta orden produjo entre ellos una indecible consternacion. En vano asegura Eulogio que si él y sus amigos se ocultaban, cambiaban á cada instante de domicilio ó se pegaban con diversos disfraces, era porque no se creían aun dignos de morir como mártires; el hecho es que ellos se ape- gaban más á la vida de lo que juzgaban conveniente confesar. El desaliento tan grande entre los maestros—«una olla que cayera nos hacía temblar,» dice Eulogio.— era completo en los discípulos. Veíanse legos y sacerdotes, que ántes habian prodi- gado sus alabanzas á los mártires, cambiar de opinion con asombrosa rapidéz; hubo hasta muchos que abjuraron el cristianis- mo y se hicieron musulmanes. (1)

Apesar de las precauciones que habian to- mado, el obispo de Córdoba y muchos clé- rigos de su partido, fueron descubiertos y presos. (2) Eulogio tuvo la misma suerte.

Trabajaba en su Memorial de los Santos cuando los agentes de policía invadieron su morada, lo prendieron enmedio de su fa- milia consternada, y lo llevaron á la cár-

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, capítulo 14 15; «Epist» IV.

(2) Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 4.

cel. (1) Allí volvió á encontrar á Flora, y hé aquí de qué manera habia ido.

Había en un convento cerca de Córdoba una jóven religiosa llamada María. Era hermana de uno de los seis monjes que se habian presentado juntos delante del Cadípara injuriar á Mahoma, y habian sido decapitados. Desde la muerte de su querido hermano había caído en una extrema melancolía; pero otra religiosa le contó que este mártir se le había aparecido para dirigirle estas palabras: «Dí á mi hermana María que cese de llorar por mi muerte, porque pronto estará conmigo en el cielo.» Desde este momento Maria cesó de llorar, había tomado su partido; quería morir como había muerto su hermano. Encaminándose á Córdoba, entró á rezar en la Iglesia de S. Asisclo, que se hallaba de camino, y se arrodilló al lado de una jóven que oraba fervorosamente. Era Flora, que en su exaltacion había abandonado su asilo, y se preparaba tambien á morir mártir. Contenta María, por haber encontrado una compañera: la enteró de su propósito, y las dos jóvenes juraron, abrazándose, no sepa-

(1) Eulogio, «Epist IV.»

rarse y morir unidas. «Voy á reunirme con mi hermano, exclamó la una,—y yo, dijo la otra, voy á ser dichosa con Jesus!» Llenas de entusiasmo vuelven á ponerse en camino y se presentan al Cadí. «Hija de padre pagano, le dijo Flora, yo he sido maltratada por vos del modo mas cruel, hace tiempo, porque rehusaba renegar de Cristo; desde entónces hé tenido la debilidad de esconderme, pero hoy llena de confianza en mi Dios, no tengo miedo de presentarme para declarar, con la misma firmeza que ántes, que Cristo es Dios, y que vuestro supuesto Profeta es un adúltero, un impostor, y un malvado.» - «Y yo, oh juez, dijo á su vez María, yo, cuyo hermano era uno de los seis magnánimos varones que perecieron en el patíbulo porque se habian burlado de vuestro falso Profeta, yo digo con la misma audacia, que Cristo es Dios, y que vuestra religion ha sido inventada por el diablo!»

Aunque entrambas hubiesen merecido la muerte, el Cadí, conmovido acaso por su juventud y su belleza, se apiadó de ellas. Trató de hacer que se retiráran, y cuando vió que no podía conseguirlo, se contentó con mandarlas prender.

En la cárcel se mostraron al principio firmes y valerosas; oraban, ayunaban, cantaban los himnos de la Iglesia, y se entregaban á meditaciones ascéticas; pero poco á poco se habian dejado ablandar por el tédio de un largo cautiverio, por los ruegos de los que querian salvarlas, y sobre todo, por las amenazas del juez, que, conociendo que las asustaba más la deshonra que la muerte, les había anunciado que si no se retractaban las entregaría á la prostitucion. (1) Eulogio llegó á tiempo para ayudarlas. Su situacion era penosísima; tenía una ruda prueba que soportar. Animar á la que amaba sin confesárselo á subir al patíbulo, era para hacer retroceder al mas desinteresado, y sin embargo, léjos de procurar contener á Flora, de hacerla titubear en su entusiasmo, de apartarla de su proyecto, empleó toda su retórica en fortalecer el ánimo vacilante de la jóven. Condénese ó compadézcase si se quiere su ciego fanatismo; pero que nadie se apresure á acusarlo de frialdad ni de indiferencia! Apesar de la aparente serenidad bajo que encubría sus violentas emociones, el corazon le rebozaba de tristeza y de

(1) Véase Eulogio, «Docum. martyr,» p. 321.

amargura. (1) Cerca de Flora, sentía que se reanimaban las impetuosas aspiraciones de un alma ardiente é impresionable, y el amor, si es dado dar este nombre al lazo inmaterial que le ligaba con ella, el amor luchaba con el temor de faltar á su conciencia; pero capáz de sacrificarlo todo á la causa de que se había declarado campeón, trataba de acallar los movimientos de su corazón, y no queriendo confesarse cuánto se había engañado á sí mismo acerca de sus fuerzas, procuraba acallar su dolor, entregándose á una febril actividad. Compuso un tratado para persuadir á Flora y á su compañera que nada hay más meritorio que sufrir el martirio; (2) acabó su Memorial de los Santos (3) que envió á Alvaro, suplicándole que lo revisara y corrigiera; escribió una larga carta á su amigo Wiliesindo, obispo de Pamplona, y encontró todavía bastante calma y tranquilidad para componer un tratado de métrica. Quería con él despertar el adormecido patriotismo de sus

(1) *Luctum non amitto quotidianum*, escribe á Alvaro. «*Epist. I.*»

(2) Este tratado se titula: «*Documentum martyriale.*»

(3) Es decir el primer libro y los seis capítulos del segundo.

conciudadanos, inspirándoles el gusto de la literatura antigua, que para la ciudad que había visto nacer á Séneca y á Lucano debía ser una literatura nacional. En lugar de creer como los sacerdotes visigodos que no les era permitido cojer ni aspirar flores que no hubiese regado el agua del bautismo, (1) creyó Eulogio haber hallado en la literatura romana un poderoso contrapeso á la de los árabes, en que tan engolfados estaban los cordobeses. Ya había tenido ántes la dicha de poder traerles copias de los manuscritos latinos de Virgilio; Horacio y Juvenal, (2) que había logrado proporcionarse en Navarra, y ahora herido por el menosprecio que profesaban los hombres de gusto á los versos rítmicos, quería enseñar á sus conciudadanos las sábias reglas de la prosodia latina, para que compusiesen versos calcados en los del siglo de Augusto.

Entretanto, su elocuencia había producido sus frutos. Gracias á ella, Flora y María mostraban ahora una firmeza y un entusiasmo que asombraba al mismo Eulogio tan habituado á la exaltacion mística. Siem-

(1) Véase á Isidoro de Sevilla, «Sentent,» L. III, capítulo 18.

(2) Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 9.

pre ávido de divinizar lo que admiraba, no veía ya en Flora mas que una santa rodeada de una aureola luminosa. El Cadí había mandado llamarla á ruegos de su hermano, y había intentado para salvarla un último esfuerzo, tan infructuoso como los demás. Cuando volvió á la cárcel, Eulogio fué á visitarla. Creía, dice, ver un ángel, una claridad celestial la rodeaba, su rostro resplandecía de gozo; parecía gustar ya las alegrías de la celeste pátria, y con la sonrisa en los lábios me contó lo que el Cadí le había preguntado, y lo que le había respondido. Cuando hube escuchado este relato, de aquella boca tan dulce como la miel, procuré confirmarla en su resolucion, mostrándole la corona que le esperaba. Yo la adoré, yo me prosterné delante de este ángel, me encomendé á sus oraciones, y reanimado por sus palabras, volví menos triste á mi oscuro calabozo.» El dia en que Flora y María murieron en el patíbulo (24 de Noviembre 815) fué para Eulogio un dia de gloria. «Hermano mio, escribía á Álvaro: el Señor me ha concedido una grande gracia, y nosotros tenemos una gran alegría. Nuestras vírgenes, instruidas por nosotros entre lágrimas en la palabra de la vida, acaban de obtener

la palma del martirio.» Despues de haber vencido al príncipe de las tinieblas, y menospreciado todos los afectos terrenales, han ido á juntarse alegremente con el esposo que reina sobre los cielos. Invitadas á las bodas por Cristo, han entrado en la mansion de los bienaventurados, cantando un nuevo cántico, y diciendo: «Honra y gloria á tí, Señor, Dios nuestro, porque nos has arrancado al poder del infierno, porque nos has hecho dignas de la felicidad de que gozan tus santos, porque nos has llamado á tu eterno reino.» Toda la Iglesia está gozosa con la victoria que acaban de alcanzar, pero nadie mas que yo tiene el derecho de regocijarse, yo que las hé fortalecido en su propósito en el momento mismo en que iban á renunciar á él.» (1)

Cinco dias despues, Eulogio, Saul y los demás presos fueron puestos en libertad; lo que el primero no dejó de atribuir á la intercesion de las dos santas, que ántes de salir de la prision para ir al cadalso, les habian prometido que en cuanto llegaran á la presencia de Cristo le pedirian la libertad

(1) Véase Eulogio, «Memor. Sanct.», p. 266-271; Epist I., III: Álvaro, «Vita Eulogii», c. 4.

de los Sacerdotes. (1) Saul se mostraba ya dócil á las órdenes de Recafredo; pero Eulogio por el contrario redobló su actividad, á fin de aumentar el número de los mártires, y lo consiguió con exceso. Estimulados por él, sacerdotes, monjes, «cristianos ocultos» y mujeres, injuriaron á Mahoma, y perecieron en el cadalso. (2) Los exaltados llevaron su audacia hasta el punto de que un monje viejo y un jóven entraron gritando en la mezquita principal: «Ha llegado para los fieles el reino de los cielos, y á vosotros, infieles, el infierno vá á tragáros!» Poco faltó para que los despedazara el pueblo enfurecido; pero el Cadí interpuso su autoridad, los envió á la cárcel, y les hizo cortar primero las manos y los pies, y despues la cabeza (16 de Setiembre 852.) (3)

Seis dias despues, Abderramen, murió repentinamente. (4) Segun el relato de Eulogio, el anciano Monarca estaba en el terrado de palacio, cuando su mirada tropezó con las horcas de que pendian los cadáveres muti-

(1) «Memor. Sanct.,» p. 268; Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 4.

(2) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, capítulo 9, 10, 11, 12.

(3) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II. c. 13.

(4) Ibn-al-Cutia, fól. 32 r.

lados de los últimos mártires, y dió la orden de quemarlos; mas apenas lo hubo ordenado cuando le acometió un ataque de apoplejía, de que espiró aquella misma noche. (1)

Como Abderramen no había decidido entre sus hijos Mohamed y Abdalla, que aspiraban á sucederle, y estos dos principes ignoráran aun la muerte de su padre, todo iba á depender de la eleccion que hicieran los eunucos de palacio. Los que habian presenciado los últimos momentos de Abderrahicieron cerrar cuidadosamente las puertas del castillo, á fin de impedir que se propalara la muerte del Sultan, y habiendo reunido luego á todos sus compañeros, uno de los eunucos más considerados, tomó la palabra y les dijo: «Camaradas, acaba de suceder una cosa de la mayor importancia para todos nosotros... Nuestro señor ha dejado de existir»... Y como todos comenzasen á llorar y á gemir... «No lloreis ahora, les dijo, luego llorareis. Los momentos son preciosos. Cuidemos de nuestros intereses y de los de todos los musulmanes. ¿Á quién destináis el trono?—Á nuestro señor, al hijo de nuestra sultana, de nuestra bienhechora,» exclamaron todos.

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, c. 16.

Las intrigas de Tarub iban á dar su fruto. Á fuerza de dinero y de promesas se había ganado los eunucos, y gracias á ellos, su hijo Abdalla iba á subir al trono. Pero, ¿aprobaría la nacion la eleccion de los eunucos? Era dudoso, porque Abdalla solo se había hecho notar por sus relajadas costumbres; su ortodoxia era mas que problemática, y el pueblo le aborrecía. Así pensaba el eunuco Abu-'l-Mofrih, piadoso musulman, que había hecho la peregrinacion á la Meca. «La opinion que acaba de emitirse, preguntó: ¿es la de todos?—Sí, sí, respondieron de todas partes.—Pues bien, tambien es la mia. Yo tengo más motivo que vosotros para mostrarme reconocido con la Sultana, porque ella me ha prodigado mas que á vosotros sus beneficios. Sin embargo, este es un negocio que hay que pensar maduramente: porque si elegimos á Abdalla, nuestro poder en España ha concluido. Cuando salgamos á la calle nos dirán todos: «Malditos sean esos eunucos que cuando disponian del trono y se lo podian dar al príncipe mejor, se lo han dado al más indigno!» Hé ahí lo que se dirá camaradas! Vosotros conoceis á Abdalla y á los que le rodean, si sube al trono ¡qué peli-

ligrosas innovaciones no tienen que temer los musulmanes! Qué será de la religion? Y sabedlo bien, no solo los hombres sino Dios mismo os pedirá cuenta de vuestra eleccion!» Estas palabras cuya verdad ninguno se atrevió á contradecir hicieron profunda impresion en los eunucos. Ya medio convencidos preguntaron á Abu-'l-Mofrih cuál era el candidato que les proponía. «Os propongo á Mohamed, les respondió, que es un varon piadoso y de costumbres intachables. Conforme, dijeron los eunucos, pero es severo y avaro.—Le llamais avaro, ¿pero cómo puede mostrarse generoso el que nada tiene que dar? Cuando reine y disponga del tesoro público no dudeis que habrá de recompensaros bien.»

Habiendo prevalecido el consejo de Abu-'l-Mofrih, juraron todos sobre el Coran que reconocerían á Mohamed, y los dos eunucos Sadum y Casim, que por agradar á Tarub habian sido hasta entónces los mas ardientes defensores de la candidatura de Abdallah, no pensaron desde entónces mas que en hacer las paces con su rival. Casim rogó á sus camaradas que impetrasen el perdón para él, lo que estos le prometieron Sadum pidió y obtuvo que se le encargara

de anunciar á Mohamed su elevacion al s6lio.

Como era todavía de noche y estaban cerradas las puertas de la ciudad, Sadun se llevó las llaves de la puerta del puente, pues el palacio de Mohamed se hallaba á la otra parte del rio. Para llegar al puente era preciso pasar por el palacio de Abdallah donde todo el mundo estaba levantado porque habia fiesta como de costumbre; pero como nadie sabía nada, Sadun no encontró dificultad en hacerse abrir las puertas, y pasando el puente llegó al palacio de Mohamed. Este se habia levantado ya y estaba en el bañ6, cuando se le anunció que Sadun quería hablarle. «Qué es lo que te trae tan temprano Sadun? le preguntó.—Vengo á anunciaros que nosotros, los eunucos de palacio, os hemos elegido por sucesor de vuestro padre que acaba de morir. ¡Dios tenga piedad de su alma! Hé aquí su anillo.»

Mohamed no podia creer lo que decia Sadun, se figuraba que su hermano estaba ya en el trono, y que habia enviado á Sadun para matarlo. No pensando mas que en salvar su vida exclamó: «Sadun temed á Dios y perdonadme! Sé que sois mi enemigo, pero por qué quereis derramar mi sangre? Yo

estoy pronto á irme de España si es preciso, la tierra es bastante grande para que yo pueda vivir léjos de aquí sin hacer sombra á mi hermano.» Sadun tuvo que tomarse infinito trabajo para serenarlo y persuadirlo de que era verdad todo lo que le acababa de decir. Logrólo al fin á fuerza de protestas y juramentos y añadió: «Os admira que sea yo el que os traiga esta noticia, pero se lo he rogado así á mis compañeros esperando que me habias de perdonar mi conducta pasada.—Que Dios os perdone como yo os perdono! exclamó Mohamed, pero esperad un instante á que venga mi mayordomo Mohamed ibn-Muza, y convendremos con él las medidas que hay que tomar.»

Lo que mas importaba á Mohamed en aquellas circunstancias era hacerse dueño de palacio. Hecho esto, su hermano no se atrevería á disputarle sus derechos al trono y todo el mundo le reconocería. Pero cómo harian para pasar por el palacio de Abdalla si escitar sospechas? Esta era la dificultad. Si los centinelas del palacio de Abdalla veian llegar á Mahomed tan temprano, se figurarían acaso lo sucedido, y no lo dejarían pasar. Consultado por su amo, el mayordomo le propuso pedir auxilio al prefec-

to Yusuf ibn-Basil, que tenía trescientos agentes á sus órdenes; pero este enterado del caso se negó á poner sus agentes á disposicion de Mohamed. «Se disputa el trono, y yo no me meto en nada: nosotros los clientes obedecerémos al que sea dueño de palacio.»

El mayordomo comunicó al príncipe la respuesta de Yusuf, añadiendo luego: «Quien nada arriesga nada logra; hé aquí pues lo que propongo: sabeis señor que vuestro padre enviaba á menudo buscar á vuestra hija, y que yo la conducía á palacio. Vestíos de mujer, os haremos pasar por vuestra hija, y con ayuda de Dios conseguiremos nuestro propósito.» Adoptado este consejo, montaron á caballo; Sadun delante, detrás el mayordomo y Mohamed vestido de mujer. Llegaron así al palacio de Abdalla, en donde se oia un concierto de voces é instrumentos, y Mohamed recitó en voz baja este verso de un antiguo poeta: «Conseguid lo que buscáis, y que nosotros consigámos tambien lo que buscamos.»

Los guardias, que estaban en la habitacion inmediata á la puerta, bebían y charlaban cuando sintieron la cabalgata. Uno de ellos, abrió la puerta y preguntó: «¿Quién és?

-Cállate indiscreto,» le contestó Sadun y respetá á las mujeres!» El guardia no sospechó nada, cerró la puerta y volviéndose dijo á sus camaradas: «Acaba de pasar la hija de Mohamed con Sadun y el moyordamo de su padre.»

Creyendo vencida la mayor dificultad dijo Mohamed á su mayordomo: «Quédate ahí, en seguida te enviaré fuerzas, y, cuando vengan, cuidarás de que no salga nadie;» y continuó su camino con Sadun. Este fué á llamar á la puerta del palacio donde el anciano monarca acababa de espirar. El portero vino á abrirle. «Esta mujer es hija de Mohamed?» preguntó con aire incrédulo.— «Sí,» le respondió Sadun.— «Es extraño, yo la hé visto muchas veces, cuando venía á palacio, y me ha parecido siempre mas baja. Tú quieres engañarme, Sadun; pero yo te juro que no ha de pasar por esa puerta persona que no conozca. Que esa se levante el velo, ó que se vayal»— «Qué! exclamó Sadun, nó respetais á las princesas?» — «Yo no sé si esa lo es, y os lo repito, á menos que no le vea, no entra.» Viendo que el portero era inquebrantable, Mohamed se levantó el velo que le cubría la cara. «Soy yo le dijo al portero, yo que hé venido, porque

mi padre ha muerto.» Entónces dijo el portero: «el caso es todavía mas grave de lo que yo pensaba; no pasaréis, señor por esa puerta hasta que yo esté seguro de si vuestro padre es vivo ó muerto.»—Venid conmigo, le dijo Sadun, y os convencereis en seguida.» El portero cerró su puerta, y dejando fuera á Mohamed, acompañó á Sadun, que lo llevó donde estaba el cadáver de Abderramen II. Á su vista, el portero prorumpió en llanto, y volviendo á Sadun le dijo: «Habeis dicho la verdad y estoy dispuesto á obedeceros.» Luego fué á abrir la puerta, y despues de haber besado á Mohamed la mano, le dijo: «Entrad príncipe mio! Dios os haga feliz, y que vos los hagais á los musulmanes!

Mohamed se hizo prestar juramento por los altos dignatarios del Estado: tomó las medidas necesarias para hacer imposible cualquier oposicion por parte de su hermano, y cuando los primeros rayos de la aurora comenzaban á blanquear las cimas de Sierra-Morena, supo la capital que había cambiado de Señor. (1)

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 32 r.-33 v.

IX.

El nuevo monarca tenía un espíritu frío, limitado y egoísta. Hemos visto que no había manifestado sentimiento alguno al saber la muerte de su padre, la verdad es, que lejos de aflijirse se había alegrado. Ni se tomaba siquiera el trabajo de disimularlo. Una tarde, después de un día de broma en la Rusafa, deliciosa casa de campo que poseía en las cercanías de Córdoba, volvía á la capital acompañado de su favorito Hachim. Acalorados por el vino, hablaban de mil cosas cuando una idea siniestra cruzó por la cabeza de Hachim. «Hijo de los Ca-

lifas, dijo, qué hermoso sería el mundo si nó existiera la muerte! Que absurdo! le respondió Mohamed, si nó hubiera muerte no reinaría yo. La muerte es una cosa buena, mi antecesor ha muerto; por eso reino.» (1)

Los eunucos que se opusieron al principio al pensamiento de elevarlo al trono porque lo creían avaro, no se equivocaban. Mohammed, comenzó disminuyendo las obenciones de los empleados y el sueldo de los soldados. (2) En seguida despidió á los antiguos ministros de su padre, y confirió sus puestos á jóvenes sin esperiencia á condicion de que partieran con él sus emolumentos. (3) Todo lo perteneciente á la hacienda lo resolvía por sí con una exactitud minuciosa y hasta pueril. Una vez examinando una cuenta que ascendía á cien mil monedas de oro, la reparó á sus empleados por cinco sueldos. (4) Todo el mundo le odiaba ó le despreciaba á causa de su avaricia; (5) solo le apoyaban los faquies exasperados hasta lo sumo con la audacia de los úl-

(1) Ibn, Adhari, t. II, p. 114.

(2) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. III, c. 5.

(3) Ibn-al-Cutia, fól. 29 r.

(4) Ibn-Adhari, t. II, p. 109.

(5) Eulogio, «Memor. Sanct.» L. III. c. 5.

timos mártires que habian osado blasfemar del Profeta hasta en la mezquita principal, porque lo creian enemigo acérrimo de los cristianos. Mohamed realizó enteramente lo que de él esperaban. El mismo dia que empezó á reinar despidió á todos los soldados y empleados cristianos á escepcion de Gomez, cuya indiferencia religiosa conocía y cuyo talento apreciaba. (1) Mientras que sus tolerantes predecesores cerraban los ojos cuando los cristianos ensanchaban las iglesias existentes ó edificaban otras, Mohamed, queriendo aplicar todo el rigor de la legislacion musulmana, mandó derribar todo lo construido desde la conquista. Por complacer á su señor y ganarse sus favores traspasando en el esceso de su celo sus mandatos, los ministros hicieron demoler hasta templos que contaban tres siglos de existencia, y persiguieron cruelmente á los cristianos. Entónces muchos de estos, la mayor parte si hemos de creer á Eulogio y Álvaro, abjuraron el cristianismo. (2) Gomez les habia dado ejemplo. Encargado de la cancillería á consecuencia de la larga enfermedad

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. III, c. 1, 2.

(2) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. III, c. 16, L. III, c. 1, 3; Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 12.

del canciller Abdallah ibn-Omeya supo que á la muerte de este había dicho el sultan: «Si Gomez fuera de nuestra religion de buena gana lo nombraba canciller,» y se hizo musulman (1) y obtuvo la dignidad que ambicionaba. Mientras que fué cristiano casi nunca iba á la iglesia, pero ahora era tan exacto á todas las prácticas de devocion que los faquies lo proponían como modelo de piedad y le llamaban la «paloma de la mezquita.» (2)

La intolerancia del sultan producía en Toledo muy diferente resultado. Tres ó cuatro años antes, volviendo de un viaje á Navarra, Eulogio se había detenido muchos dias en aquella ciudad en casa del piadoso metropolitano Wistremiro. (3) Todo inclina á creer que aprovechó esta ocasion para escitar el ódio de los Tolédanos contra el

(1) Segun Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. III, c. 2. Gomez habria apostatado para volver á la posesion de su empleo que le habia quitado, pero he creido deber seguir á Ibn-al-Cutia, fól. 344.

(2) Eulogio, «loco laud;» Khochani, p. 293.—Gomez parece que conservó su nombre cristiano pero su hijo que estuvo empleado en la cancelleria, llevaba el de Omar. Arib. t. II. p. 155 (Omar ibn-Gomez al-Catib.

(3) Eulogio, «Epist.,» p. 330.

gobierno árabe, trazando un cuadro sombrío de la desdichada condición de los cristianos de Córdoba; lo que al menos es seguro es que Eulogio era muy estimado por los toledanos, y que los mártires de la capital les inspiraban vivo interés. Desde que supieron que Mohamed había comenzado á perseguir á sus correligionarios, tomaron las armas, dieron el mando á uno de los suyos llamado Sindola, (1) y temiendo por la vida de sus rehenes en Córdoba, aseguraron la persona del gobernador árabe y enviaron á decir á Mohamed, que, si estimaba en algo la vida de aquél les devolviera inmediatamente á sus conciudadanos. Así lo hizo el sultan, y los Toledanos por su parte pusieron en libertad al gobernador, pero la guerra estaba declarada y era tan grande el temor que inspiraban los Toledanos,

(1) Así es como creo que debe pronunciarse el nombre que Ibn-Adhari, (t. II p. 37) escribe sin vocales Chndlh (Chindolah). La x de los árabes corresponde á la s de los latinos y el nombre propio «Sindola» se halla por ejemplo; en un documento latino del año 988, «apud.» Villanueva. Viaje literario á las iglesias de España, L. XIII, p. 236), es probablemente la misma palabra Suintila (nombre que llevaba un rey visigodo,) ó Chintila como se encuentra en una carta de 912 (Esp. Sagr. tom. XXXVII, p. 316.)

que la guarnicion de Calatrava se apresuró á evacuar esta fortaleza, donde ya no se creia segura. Los Toledanos desmantelaron esta plaza, pero poco despues el sultan envió tropas, é hizo reedificar los muros (853) Luego mandó á dos de sus generales que marcharan sobre Toledo, pero los Toledanos despues de haber pasado los desfiladeros de Sierra Morena, para salir al encuentro del enemigo, lo atacaron de improviso cerca de Andújar, lo pusieron en fuga y se apoderaron de su campamento.

Puesto que los Toledanos se afrevian á avanzar hasta Andújar, la misma capital se hallaba amenazada. Mohamed que concia que para salir del peligro era preciso apelar á medidas enérgicas, reunió todas las tropas de que podía disponer y las condujo él mismo contra Toledo, (Junio 854). Por su parte Sindola, no confiando en sus fuerzas buscó aliados. Dirigióse al rey de Leon Ordoño I, quien le envió inmediatamente un ejército numeroso, al mando de Gatón conde del Bierzo. hizo dem

(1) Segun Ibn-Adhari, est... debería ser hermano de Ordoño I. Ningun documento latino viene en apoyo de esta asercion, pero es cierto que se llamaba Gatón el que entónces era conde del

El gran número de combatientes reunidos en la ciudad, parece que quitó á Mohamed la esperanza de sujetarla, pero sin embargo, logró hacer sufrir á sus enemigos un terrible descalabro. Emboscando el grueso de sus tropas detrás de las rocas por que corre el Guadalete, marchó contra la ciudad á la cabeza de un cuerpo poco numeroso, é hizo dirigir contra los muros sus máquinas de guerra. Viendo que un cuerpo tan reducido parecía querer intentar el asalto, los Toledanos, admirados de la audacia del enemigo, indujeron al conde Gatón á hacer una salida vigorosa. Gatón aprovechó diligentemente la ocasión de distinguirse que se le ofrecía. Á la cabeza de sus tropas y de los Toledanos atacó á los soldados de Mohamed, pero estos huyeron en seguida llevándolos á la emboscada. De pronto los Toledanos y los Leoneses que los perseguían vivamente, se vieron cercados y atacados por una nube de enemigos. Casi todos fueron muertos. «El hijo de Julio, (1) cantó

Vierzo; véase *„Istoria de Reynas,»* t. I, p. 79 y *„Esp. Sagr.,»* t. XV, p. 119. Segun Ibn-Khaldun, el rey de Navarra le ha enviado tambien tropas en socorro de Toledo.

(1) Es sin duda el nombre de un jefe cristiano mientras que Muza es el de un gefe de renegados.

un poeta de la córte, decía á Muza que marchaba delante de él: veo la muerte donde quiera, delante de mí, detrás de mí, alrededor de mí... las rocas de el Guadacelete lloran, lanzando profundos gemidos, esa multitud de esclavos (renegados), y de incircuncisos.» Los bárbaros vencedores cortaron ocho mil cabezas, con las que hicieron un monton, sobre el que se subieron haciendo resonar el aire con sus ahullidos. Mas adelante, Mohamed hizo colocar estas cabezas en las murallas de Córdoba y de otras ciudades, y aun envió algunas á los principes africanos, (1)

Contento con el triunfo que habia obtenido, y seguro ya de que los toledanos que, segun su propia cuenta habian perdido veinte mil hombres, no irian ya á inquietarle á Córdoba, Mohamed regresó á esta capital cuidando de que hostigasen á los Toledanos tan pronto los gobernadores de Calatrava y Talavera, como su hijo Mondhir. Él seguía entre tanto comprimiendo á los cristianos de Córdoba. Hizo cerrar el convento de Tabanos, que miraba con razon co-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 96, 98, 114. 115; No-wairi, p. 463; Ibn-Khaldun, fól. 9, r.

mo el foco del fanatismo, (1) y habiéndose arrendado la percepción de los tributos impuestos á los cristianos, estos tuvieron que pagar mucho más que ántes. (2) Sin embargo el ardor de los exaltados no se entibió, y mientras que los que se apellidaban mártires continuaban entregando espontáneamente sus cabezas al verdugo, (3) Álvaro y Eulogio continuaban defendiéndolos contra los moderados. El primero escribió con este objeto su «Indiculus luminosus,» el segundo su Apología de los mártires. Semejantes alegaciones eran necesarias en Córdoba, allí sumisos y pacientes los cristianos, atribuían sus sufrimientos mas bien á la conducta insensata de los exaltados que á la intolerancia del sultan. Por el contrario en Toledo y en las ciudades cercanas, los cristianos tenían tanta simpatía por ellos y principalmente por Eulogio, que teniendo los obispos de esta provincia que elegir metropolitano por muerte de Wistremiro, eligieron á Eulogio por unanimidad, y como el sultan le negara su licencia para

(1) Eulogio, «Memor. Sanc.,» L. III, c. 10.

(2) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. III, c. 5.

(3) Véase el III, libro del «Memor. Santct.,» y la «Apologia Martyrum.»

ir á Toledo, los obispos persistiendo en su resolucion y esperando que se allanaran un día los obstáculos que se oponian á la ida de Eulogio, prohibieron elegir otro metropolitano mientras viviera. (1)

Á las palabras denigrantes de sus con-ciudadanos, los exaltados podian oponer el testimonio de afecto y de consideracion que les daban los de Toledo. Bien pronto pudieron prevalerse de la autoridad de dos monjes franceses, que mostraron de un modo inequívoco, que colocaban á los mártires de este tiempo al mismo nivel que á los de los primeros siglos de la Iglesia.

Estos dos monjes que se llamaban Usuardo y Odilardo, y que pertenecian á la Abadía de San German de los Prados, llegaron á Córdoba el año 858. Su Abad, Hilduino, los había enviado á Valencia para que buscáran el cuerpo de S. Vicente, pero informados en el camino de que el cuerpo de este mártir había sido trasportado á Benevento, temian verse obligados á volver sin reliquias, cuando supieron en Barcelona que había habido recientemente mártires en Córdoba. «Lo difícil es llegar allá, les dijeron, pero si lo

(1) Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 10.

conseguís, estad seguros de que os han de dar algunas reliquias.»

Viajar por España en esta época era exponerse á todo género de azares y de peligros. Muchas veces era imposible de todo punto. Como los caminos estaban infestados de ladrones, los que querian ir de un lugar á otro, tenian que reunirse y formar una carabana, pero las comunicaciones eran tan pocos frecuentes, y la ocasion de hacerlo se presentaba tan rara vez, que cuando los monjes, resueltos á desafiar todos los peligros por conseguir reliquias, llegaron á Zaragoza, había ocho años que había salido para Córdoba la última carabana de esta ciudad: felizmente para ellos quiso la ventura que por entónces se preparaba á salir una carabana, y se juntaron á ella. Los cristianos de la ciudad, persuadidos de que todos iban á perecer asesinados en alguna angostura, lloraban al despedirlos; pero nada justificó sus temores, y sin mas que las fatigas y las molestias del camino, llegaron sanos y salvos á la capital del imperio musulman, donde les dió hospitalidad un diácono de la iglesia de S. Cipriano. Por mucho tiempo quedaron infructuosos todos los esfuerzos que hicieron para obtener reli-

quias. Un personaje influyente que se tomó por ellos mucho interés, llamado Leovigildo, por sobrenombre Abadsolomos, solicitó para ellos las de Aurelio y Jorge, que se hallaban en el convento de Pinna-Mellaria (1), pero los monjes de este convento las apreciaban tanto que, sin respeto á las órdenes terminantes del obispo Saul se negaron á entregarlas á los franceses: fué preciso que fuera á obligarlos en persona, y aun entónces sostuvieron que no tenía derecho á privarlos de sus reliquias.

Después de haber pasado cerca de dos meses en Córdoba, Usuardo y Odilardo se pusieron en camino para volver á su patria, llevando consigo un enorme paquete dirigido al rey Cárlos el Calvo, porque se quería hacer creer á los musulmanes que este paquete, en que iban los cuerpos de Aurelio y Jorge, no contenian sino presentes destinados al rey de Francia. Esta vez el viaje fué menos difícil y peligroso. El Sultán iba á llevar un ejército contra Toledo, y como todos los cuerpos, excepto los que habian de

(1) Este monasterio, estaba edificado en una montaña donde había colmenas. De ahí su nombre que significa «roca de miel.» Véase á Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. III, c. 11.

quedar de guarnicion en la capital, habian recibido órden de ponerse en camino, pudieron los franceses agregarse fácilmente á uno de estos cuerpos. En el campamento volvieron á encontrar á Leovigildo, que los condujo á Toledo. De allí hasta Alcalá de Henares, el camino estaba seguro, porque los señores semi-guerrilleros, semi-bandidos, que de ordinario desbalijaban á los caminantes, habian abandonado sus castillos á la aproximacion del ejército, buscando un refugio tras los muros de Toledo. Ya de vuelta en Francia, los dos monjes depositaron las reliquias que, ya durante el camino habian hecho muchos milagros, en la iglesia de Esmant, lugar que pertenecía á la Abadía de San German y á donde se habian refugiado la mayor parte de los monjes, porque los normandos habian quemado su convento. Trasladadas mas tarde estas reliquias á S. German, fueron expuestas á la veneracion de los fieles de París, é inspiraron tanto interés á Cárlos el Calvo, que encargó á un tal Mancio de ir á Córdoba á recoger noticias exactas de Aurelio y Jorge. (1)

La expedicion contra Toledo que había

(1) Aimoin. '«De translatione S. S. Martyrum,» (en la «Esp. Sagr.,» t. X, p. 534-566.

proporcionado á los monjes franceses la ocasion de volver á su pátria, tuvo el resultado que deseaba el Sultan. Este recurrió de nuevo á la estratagemá. Habiendo hecho ocupar el puente por sus tropas, hizo que sus ingenieros minasen los pilares sin que los toledanos se apercibieran, y cuando la obra estuvo casi acabada, hizo retirar sus tropas, atrayendo al puente á los toledanos. El puente se hundió de pronto y los soldados enemigos hallaron la muerte entre las ondas del Tajo. (1)

Si algo pudo igualar el dolor que este desastre causó á los toledanos, fué la alegría que produjo en la córte donde se acostumbraban á exagerar triunfos que no tenían nada de decisivo. «El Eterno, decía un poeta cortesano, no podía dejar subsistir un puente destinado á soportar escuadrones de infieles. Privada de sus ciudadanos ha quedado Toledo, triste y desierta como una tumba.» (2)

Poco tiempo despues encontró tambien Mohamed la ocasion de desembarazarse en Córdoba, de su enemigo mortal.

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 98, 99, cf.; Nowairi, p. 463; Ibn-Khaldun, fól. 9 r.

(2) Verso de Abbas, ibn-Firnas, «apud.» Mac-cari, t. I, p. 101.

Había entónces en la capital una jóven llamada Leocricia. Hija de padres musulmanes, pero instruida secretamente en los misterios del cristianismo por una religiosa de su familia, acabó por confesar á sus padres que se habia hecho administrar el bautismo. Los padres indignados, despues de haber tratado en vano de volverla con la dulzura á las banderas del Islamismo, comenzaron á maltratarla, Maltratada noche y dia, y temiendo además ser denunciada públicamente como apóstata, pidió un asilo á Eulogio y á su hermana Anulona. Eulogio que acaso sentía despertarse en su corazon el recuerdo de Flora á la que Leocricia se parecía bajo muchos aspectos, le mandó á decir que la ocultaría en cuanto consiguiera escaparse. Esta era la dificultad, pero Leocricia supo vencerla á fuerza de astucia. Fingió haber renegado de la religion cristiana, y vencido su disgusto por los placeres mundanos, y cuando vió á á sus padres seguros y tranquilos, salió un dia ricamente ataviada diciendo que iba á una boda, pero en vez de irse á la boda se fué en busca de Eulogio y Anulona que le indicaron como refugio la casa de uno de sus amigos.

Aunque sus padres ayudados por la policía la buscaron por todas partes, Leocricia consiguió al principio escapar á sus persecuciones; pero una vez que habia pasado el dia con Anulona á quien ella quería mucho, hizo la casualidad que el criado encargado de acompañarla por la noche no llegara hasta el amanecer, por lo que temiendo que la conociesen determinó quedarse en casa de Anulona hasta la noche inmediata. Esto fué lo que la perdió. Avisado el Cadí por una espía ó por un traidor de que la jóven que buscaba se hallaba en casa de la hermana de Eulogio, cercáronla los soldados, cumpliendo sus órdenes arrestaron á Leocracia y á Eulogio que estaba con ella y los llevaron ante el Cadí. Éste preguntó á Eulogio, por qué habia ocultado á aquella jóven y Eulogio le respondió: «Se nos ha ordenado predicar y esplicar nuestra religion á aquellos que se dirijen á nosotros. Esta jóven ha querido que yo la instruyera y lo he hecho lo mejor que he podido, lo mismo haría con vos si lo solicitáseis.» Como el prosililismo de que Eulogio se confesaba culpable no era un crimen capital, el Cadí se contentó con condenarlo á azotes. Eulogio tomó desde este momento su

partido. Acaso había mas orgullo que valor en su resolucion, pero creyó que para un hombre como él, era cien veces preferible sellar con su sangre los principios que siempre habia profesado á sufrir un castigo ignominioso. «Prepara y afila tu cuchilla, gritó al Cadí, haz que devuelva el alma á mi creador, pero no creas que he de dejar desgarrar mi cuerpo con el azote,» y en seguida bomitó un torrente de injurias contra Mahoma. Él creia que sería inmediatamente condenado á muerte, pero el Cadí que respetaba en él al primado electo de España, no quiso tomar sobre sí tan gran responsabilidad y lo mandó conducir á su palacio, á fin de que los visires decidiesen de su suerte.

Introducido Eulogio en la sala del Consejo, uno de los grandes dignatarios del Estado, que lo conocía mucho, y que quería salvarlo, le dirigió estas palabras: «No me admira Eulogio de que maniáticos é idiotas vayan á entregar sin necesidad la cabeza al verdugo, ¿pero es posible que vos, un hombre sensato, y que goza de la estimacion general vayais á seguir su ejemplo? ¿Qué demencia os arrastra, y qué es lo que os lleva á odiar la vida hasta ese punto? Escuchadme,

os lo suplico; ceded en este momento á la necesidad, pronunciad una sola palabra y nosotros os prometemos, mis cólegas y yo, que no tendreis nada que temer.» El sentimiento que espresaban estas palabras era el de todos los musulmanes ilustrados que más bien compadecian que odiaban á esos fanáticos, y que sentian verse obligados para cumplir con la ley á enviar al cadalso á infelices que consideraban como locos. Acaso Eulogio, que hasta entónces no había experimentado la sed del martirio, por más que hubiera inducido á buscarlo á otros y que á todo tirar era mas bien un jefe de partido ambicioso que un fanático, conocía en aquel momento que los musulmanes eran ménos bárbaros de lo que había creído, pero conocía tambien que no podía desdecirse sin esponerse al justo menosprecio de su partido. Respondió, pues, como habian respondido sus discípulos, los otros mártires, en circunstancias análogas, y aunque apesar suyo, tuvieron los visires que condenarlo á muerte, en el mismo instante. Eulogio mostró una gran resignacion. Habiéndole abofeteado un eunuco, el sacerdote, tomando á la letra el tan coñocido precepto del Evangelio, le presentó la otra me-

gilla diciéndole: «Pega tambien aquí,» lo que eleunucono se hizo repetir dos veces. En seguida subió al cadalso con gran firmeza, se arrodilló, hizo la señal de la cruz, pronunció en voz baja una breve oracion, puso la cabeza sobre el tajo y recibió el golpe fatal (11 de Marzo de 859.) Cuatro dias despues, Leocricia, convencida de apostasía, murió tambien en el patíbulo. (1)

El suplicio del primado electo, causó una sensacion profunda, no solo en Córdoba, donde se refirieron en seguida multitud de milagros hechos por las reliquias del Santo, sino en toda España. Muchas crónicas del norte de la Península, que no dicen casi nada de lo que sucedía en Córdoba, indican con la mayor precision el año y hasta el dia del suplicio de Eulogio, y veinte y cuatro años más tarde, Alfonso, rey de Leon, pactando una tregua con el Sultan Mohamed, estipuló entre otras cláusulas, que se le entregáran los cuerpos de S. Eulogio y de Santa Leocricia.

Privados de su jefe los exaltados, continuaron por algun tiempo blasfemando de Mahoma, á fin de morir en el patíbulo, (2)

(1) Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 13-16.

(2) Véase á Sanson, L. II, c. 9.

pero poco á poco, como al cabo todo se gasta, el singular entusiasmo que durante tantos años había reinado en Córdoba, sufrió la ley comun, y pasado algun tiempo, ya no quedaba de él mas que la memoria. (a)

Además se entraba en un nuevo período. Los renegados y los cristianos de las montañas de Regio se insurreccionaron. Esta rebelion, ya muy formidable, por sí misma, fué acompañada ó seguida de la de toda la península, y proporcionó á los cristianos de Córdoba la ocasion de demostrar de otra manera su ódio al nombre musulman.

(a) Véase la nota I al fin de este tomo.

X.

El viajero que para ir de Córdoba á Málaga, prefiera soportar estóicamente las fatigas y las privaciones de una escursion poética en un pais bello pero salvaje, á el traqueteo de un carruaje en monótonas y aburridas carreteras, atraviesa primero un terreno ondulado y bien cultivado que se estiende hasta el Genil, luego una comarca enteramente llana y unida hasta Campillos. Aquí es donde comienzan las Serranías de Ronda y de Málaga, la parte mas romántica de Andalucía. Ya, salvaje y grandiosa, inspira esta cadena de montañas una

especie de terror poético con sus magestuosos bosques de encinas, de alcornoques y de castaños, sus sombríos y profundos barrancos, sus torrentes que se precipitan con estruendo de precipicio en precipicio, sus antiguos castillos medio arruinados y sus lugares suspendidos en la pared de rocas cortadas á pico, cuyas cimas están desnudas de vegetacion y cuyos costados parecen ennegrecidos y carcomidos por el rayo; ya riante y suave, toma un aire de fiesta con sus viñas, sus prados, sus bosquecillos de almendros, de cerezos, de limoneros, de naranjos, de higueras y de granados, sus florestas de adelfas en que se cuentan mas flores que hojas, sus riachuelos vadeables que serpentean con encantadora coquetería, sus huertos que suministran á casi todo el Mediodía de la Península peros y manzanas, sus sembrados de lino, de cáñamo, y sobre todo de trigo, cuyas espigas dan pan que pasa por ser el mas blanco y mas esquisito del mundo.

El pueblo que habita esta serranía es alegre, decidor, hermoso, ligero é ingenioso, gusta de reir, de cantar, de bailar al son de las castañuelas, de tocar la guitarra ó la bandurria, pero es al mismo tiempo or-

gulloso, quimerista, al par valiente y fanfaron y de un génio tan violento, que casi siempre el golpe mortal sigue á la oblicua mirada de su cólera, y no se dá fiesta sin que resulten dos ó tres heridos. Las mujeres aunque de notable belleza, tienen algo de viril, altas y robustas no se asustan de los trabajos mas penosos, trasportan con facilidad pesados fardos y se les ha visto pelear entre sí.

En tiempo de paz, se ocupan estos montañeses en hacer el contrabando, trayendo mercancías inglesas de Gibraltar y burlando con maravillosa destreza los numerosos empleados de las aduanas. Á veces se reúnen en número suficiente bajo sus jefes mas famosos y descienden al llano para vender sus mercancías y resisten vigorosamente á las tropas enviadas en su persecucion. En tiempo de turbulencias y de discordias civiles, muchos se hacen bandidos y entónces son ó «ladrones» ó «rateros.» Sin ser bandidos de profesion, estos últimos que se reclutan entre pastores, labriegos sin trabajo, jornaleros perezosos, segadores nómadas, posaderos sin parroquianos, y hasta aperadores, roban por aficion y sólo cuando los pasajeros van desprevidos; cuando

los encuentran bien armados y bien acompañados, «el ratero» esconde su retaco, toma sus herramientas y hace como que trabaja. Repartidos por todas partes estos ladrones de baja estofa, están siempre dispuestos á ayudar, ya á los verdaderos ladrones, ya á la policía segun las circunstancias, porque como prudentes auxiliares solo ayudan al vencedor. Los verdaderos ladrones que, alistados como los soldados, no van sino á caballo y en cuadrilla son mas reputados.

Así como los «rateros» por miedo de ser descubiertos asesinan muchas veces á los que roban, los «ladrones» no matan mas que al que se defiende; urbanos y respetuosos, sobre todo con las señoras, despojan al viajero con todo miramiento. Léjos de ser menospreciados gozan de gran consideracion entre la multitud. Se alzan contra las leyes, se declaran en rebeldía contra la sociedad, aterrorizan los lugares que explotan, pero gozan de cierto prestigio, tienen cierta grandeza; su audacia, su génio aventurero, su galantería, agradan á las mugeres mas asustadizas; y si caen en manos de la justicia y los ahorcan, su suplicio inspira interés, simpatía, compasion. En nuestros

días se ha hecho famoso José María como capitán de ladrones, y su memoria vivirá mucho tiempo en la memoria de los andaluces como el ladrón modelo. Una casualidad lo llevó á esta via. Habiendo hecho una muerte en un momento de coraje, huyó á la sierra para escapar á la justicia, y no quedándole mas recurso que vivir de su escopeta, organizó su partida, adquirió caballos y empezó á robar á los caminantes. Bravo, activo, inteligente y perfecto conocedor del país, supo salir bien en todas sus empresas y escapar á las persecuciones de la justicia. En todas partes tenía juramentos, y cuando le hacía falta un hombre para completar la partida, tenía siempre mas de cuarenta entre quienes elegir, tanto se ambicionaba el honor de servir á sus órdenes. Mantenía inteligencia con los mismos magistrados, tanto que en una proclama del Capitan General, las autoridades de cuatro distritos fueron señaladas como sus cómplices. Su poder era tan grande, que dominaba todas las carreteras del Mediodía, y que la Direccion de Correos para obtener libre paso, le pagaba ordinariamente el tributo de una onza por carruaje. Gobernaba á su cuadrilla mas arbitrariamente

que ningun soberano á sus súbditos, y sus decisiones estaban inspiradas por un espíritu de justicia salvaje. (1)

En tiempo de guerra estos contrabandistas y estos bandidos acostumbrados á lucha sin tregua con una naturaleza salvaje, son enemigos muy temibles. Ciertamente son vencidos en los ataques que exigen alguna combinacion; verdad tambien que en el llano no pueden resistir á las sábias manobras de las tropas regulares, pero en los senderos escarpados, estrechos y tortuosos de sus montañas, su agilidad y su conocimiento del terreno les dan sobre los soldados una inmensa ventaja. Las tropas francesas tuvieron ocasion de hacer la prueba cuando el fantasma del rey colocado por Napoleon en el trono de España intentó someter estos intrépidos montañeses á su detestada autoridad. Cuando los húsares franceses lograban acarrearlos á la llanura, los

(1) Véanse diversos viajes y sobre todo á Rochfort Scott. «Excursions in the mountains of Ronda and Granada;» de Cutine, «l'Espagne sous Ferdinand VII,» carta 50 y 51; Cook, «Sketches of Spain,» cap. 1, y 15; Ford, «Gatherings from Spain,» ch. 16; Merimée, «Lettres adressées d'Espagne» etc., número III, y la obra de M. de Rocca, que cito más adelante.

acuchillaban á centenares, pero en los senderos en Zig-zag, suspendidos al borde de espantosos precipicios, donde sus caballos los embarazaban léjos de serles de alguna utilidad, caian en emboscadas á cada paso. Cuando menos lo esperaban se veian envueltos por una nube de enemigos que tiroteaban sus flancos, y, que sin cesar de hacer fuego, ganaban en seguida la cima de rocas á donde no se les podian perseguir; de modo, que huyendo siempre acababan por destruir columnas enteras, sin que los franceses pudieran tomar venganza. Apesar de los horrores de la guerra no dejaron los serranos de manifestar de cuando en cuando el carácter chancero y burlon que le es natural. En Olvera, donde los húsares habian pedido un becerro, les trajeron un borrico hecho cuartos. Los húsares hallaron que este buey como ellos lo llamaban tenía el gusto un poco soso, y en adelante, los serranos, cuando se tiroteaban con ellos les decian. «Vosotros fúisteis los que os comísteis el asno en Olvera! En su opinion era la injuria mas sangrienta que se puede hacer á un cristiano. (2) (a)

(2) De Recca, «Memoires sur la guerre des francais en Espagne,» d. 174-259.

(a) Creemos que el autor ha sido tambien vícti-

En el siglo nueve esta provincia que llevaba el nombre de Raya, ó antes de el de Regio (Regio montana, segun toda probabilidad) y cuya capital era Archidona, (1) tenía una poblacion casi exclusivamente española enteramente parecida á la actual, con el mismo carácter y los mismos gustos, los mismo vicios y las mismas virtudes. Algunos de estos montañeses, eran cristianos, otros, el mayor número, musulmanes, pero todos se reconocian españoles, todos tenían un ódio implacable á los opresores de su pátria, y apasionados de su independencia, no queriendo que la tiranía extranjerá engordara más tiempo con sus despojos, acechaban todos el momento de sacudir el yugo. Este momento, impacientemente esperado, no podía estar léjos. Los triunfos que diariamente obtenian sus compatriotas en otras provincias, demostraban á los serranos que con valor y audacia no les sería difícil conseguir sus deseos. Ya Toledo estaba libre. Durante veinte años, el Sultan había tratado, en vano, de someterla á su poder. Los cristianos, que habian conser-

ma de la «guasa» al tomar por lo sério la última parte de esta chanzoneta. (N. del Tr.)

(1) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 320-323.

vado su preponderancia en la ciudad, se habian puesto bajo la proteccion del rey de Leon (1) y aunque vendidos por los renegados habian obligado al Sultán en el año 873 á otorgarles un tratado en que se les garantizaba el mantenimiento del gobierno republicano que ellos habian establecido, y una existencia política casi independiente, pues el tratado no los obligaba más que á un tributo anual. (2)

Otro estado independiente se había fundado en Aragon, provincia que entre los árabes llevaba el nombre de la Frontera superior, por una antigua familia visigoda, la de los Ben-Casi. Esta casa se había elevado á tan alto grado de poder, hácia la mitad del siglo IX, gracias á los talentos de Musa II, que estaba al nivel de las casas reales. Cuando Mohamed subió al trono, Muza II era dueño de Zaragoza, de Tudela, de Huesca; de toda la Frontera superior. Toledo había hecho alianza con él y su hijo Lope era un cónsul de esta ciudad. Guerrero intrépido é infatigable, yá volvía

(1) Sebastian, c. 26.

(2) Nowairi, ad ann. 259; Ibn-Adhari, t. II, página 103, 104.

sus armas contra el Conde de Barcelona ó el de Álava, ya contra el de Castilla ó el rey de Francia. Llegado al colmo de la gloria y del poder, respetado y agasajado por todos sus vecinos, aun por el rey de Francia Cárlos el Calvo, que le enviaban magníficos presentes, Muza se daba aires de soberano, sin que nadie se atreviera á contestárselo, y en fin, queriendo serlo de nombre como lo era de hecho, tomó atrevidamente el título de «tercer rey de España.» Despues de la muerte de este hombre extraordinario (862) es verdad que el Sultan recobró á Tudela y Zaragoza, pero no le duró mucho su alegría. Diez años despues, los hijos de Muza, ayudados por los habitantes de la provincia, que se habian acostumbrado á no tener más señores que los Beni-Casi, arrojaron las tropas del Sultan. Este trató entónces de reducirlos, pero los Beni-Casi secundados por el Rey de Leon, Alfonso III, que había hecho con ellos tan estrecha alianza, que les había confiado la educacion de su hijo Ordoño, rechazaron victoriosamente sus ataques. (1)

(1) Véanse para mas detalles mis «Recherches,» t. I, p. 222-226.

Así el Norte estaba libre y aliado contra el Sultan. Por la misma época un audáz renegado de Mérida, Ibn-Merwan (1) fundaba un principado independiente en el Oeste. Entregado al Sultan, despues de la sumision de Mérida, en cuya insurreccion había sido uno de los jefes, era capitán de guardias de Corps, cuando en el año de 855 el primer ministro Hachim que tenía no sé qué queja de él le dijo un dia delante de los visires: «vales menos que un perro,» y para colmo de ignominia le hizo dar de bofetadas. Jurando en su furor esponerse á todo ántes que volver á sufrir semejantes tratamientos, Ibn-Merwan reúne á sus amigos, huye con ellos y se apodera del castillo de Alange (al Sur de Mérida), y se pone en defensa. Asediado en esta fortaleza por las tropas del Sultan, y no teniendo víveres, tanto que él y sus compañeros tuvieron que alimentarse con la carne de sus caballos, capituló al cabo de tres meses, cuando le faltó el agua; pero dada la posicion desesperada en que se encontraba, obtuvo condiciones que pudieran pasar por ventajosas, pues se les permitió retirarse á Badajóz que en esta época no era todavía una

(7) Abderramen ibn-Merwan, ibn-Yunos.*

ciudad murada, y establecerse allí. Habiendo escapado de este modo de las garras del Sultan, Ibn-Merwan llegó á ser para él un enemigo tan peligroso como implacable. Habiendo reunido su banda con otra compuesta tambien de renegados y mandada por uno llamado Sadun, llamó á las armas á los renegados de Mérida y de otros lugares, predicó á sus compatriotas una nueva religion, que era un término medio entre el Islamismo y el Cristianismo, hizo una alianza con Alfonso III, (1) aliado natural de todos los que se rebelaban contra el Sultan, y esparciendo el terror por los campos, pero sin maltratar ni imponer tributos más que á los enemigos del pais, los árabes y los berberes, vengó de un modo sangriento sus injurias y las de su pátria.

Queriendo reprimir sus fechorías, el Sultan mandó contra él un ejército bajo el mando de su ministro Hachim y de su hijo Mondhir. En lugar de esperar al enemigo, Ibn-Merwan le salió al encuentro y enviando á Sadun á pedir auxilios al rey de Leon se metió en Caracue. (2) Hachim estableció

(1) Esta alianza valió á Ibn-Merwan, el sobrenombre de el Gallego, que los árabes le dan ordinariamente. Ibn-Khaldun, fól. 10 r.

(2) Caracuel se halla entre Ciudad-Real y Al-

su campamento en las cercanías de esta fortaleza, de que se ven aun grandes ruinas, é hizo ocupar la de Monte-Salud por uno de sus tenientes. Poco tiempo despues, este teniente le avisó de que Sadun se aproximaba á Monte-Salud con tropas leonesas auxiliares, pero que, siendo poco numerosas, era fácil sorprenderlas. El teniente se engañaba; las fuerzas de Sadun eran bastante considerables, pero queriendo atraer á los enemigos á una celada, el astuto capitán había hecho estender el rumor de que su ejército era débil. Logró su designio á maravilla. Engañado por las noticias de su teniente, Hachim salió con algunos escuadrones al encuentro de Sadun, éste informado de todo por sus espías le dejó internarse en la montaña. Puesto al asecho le esperaba en un desfiladero, ocultó á los suyos detrás de las rocas cercanas, cayó sobre los enemigos en un momento en que estos

modóvar del Campo. Segun el «Maracid,» los árabes lo pronunciaban «Caraquei» y así lo escribe Pelayo de Oviedo, (c. 11;) Véase tambien «Cartas,» p. 107. Sin embargo, se encuentran igualmente «Caraquer;» (Ibn-Adhari, t. II, p. 105.) «Caraqueri» en Edrisi, t. II, p. 29, pero es una equivocacion, debe leerse «Caraquei» con el man. B.

no lo esperaban, é hizo en ellos gran carnicería. El mismo Hachim, herido muchas veces, fué hecho prisionero, despues de haber visto caer á su lado cincuenta de sus tenientes principales. Se le llevó á Ibn-Merwan. Su vida estaba ahora en manos de aquel á quien habia ofendido tan cruelmente, pero Ibn-Merwan tuvo la generosidad de no hacerle ningun reproche, lo trató con todas las consideraciones debidas á su rango y lo envió á su aliado el rey de Leon.

Cuando supo el Sultan lo que habia pasado, se puso furioso, sin duda le afligia la cautividad de su favorito; pero lo que le afligia mucho más y lo que no podía rehusar sin deshonorarse, era rescatarlo de manos del rey de Leon ¡y Alfonso exigía cien mil ducados! Esto era poner á dura prueba al avaro Sultan. Así que hallaba mil razones para dispensarse de pagar una suma tan enorme. «Si Hachin ha sido hecho prisionero, decía, él se tiene la culpa, ¿por qué es siempre tan temerario? No es mas que un aturdido que no sabe lo que se hace, y que no atiende nunca consejos prudentes.» En fin, despues de haberlo dejado gemir en la cárcel dos años, consintió pagar una parte

del rescate. Por su parte Hachim prometió al rey de Leon pagarle el resto mas adelante: le dejó sus hermanos, su hijo y su sobrino en rehenes, y volvió á Córdoba, ardiendo en deseos de vengarse de Ibn-Merwan. Durante este intérvalo, éste había asolado los distritos de Sevilla y Niebla, y el Sultan que no podía hacer nada contra él, le rogó que él mismo dictase las condiciones con las que se obligaba á suspender las irrupciones que arruinaban al país. La respuesta de Ibn-Merwan fué altiva y amenazadora. «Suspenderé mis irrupciones y hasta ordenaré que se nombre el Sultan en las oraciones públicas, á condicion de que me ceda Badajoz, que me permita fortificar este distrito y que me dispense de pagar contribuciones y de obedecerle en todo y sinó nó.» Por humillantes que fuesen estas condiciones el Sultan las habia aceptado. Hachim trató ahora de persuadir á su señor, de que en aquellas circunstancias no le sería difícil reducir á este orgulloso rebelde. «Antes decía, era imposible coger á Ibn-Merwan, por que no teniendo morada fija, él y sus ginetes sabian siempre ocultarse á nuestras persecuciones; pero ahora que está encerrado en una ciudad ya es nues-

tro. Podemos sitiarlo, y sabremos obligarlo á rendirse.» Consiguió que el monarca aprobase su plan, y habiendo obtenido su autorizacion para salir con el ejército, se habia adelantado ya hasta Niebla, cuando Ibn-Merwan hizo llegar al sultan un mensaje concebido en estos términos: «He sabido que Hachim marcha hácia el Oeste. Demasiado comprendo que creyendo poderme encerrar en una ciudad, cree haber encontrado la ocasion de vengarse de mí; pero os juro que si pasa de Niebla, quemaré á Badajoz, y volveré á tomar la vida que he llevado otras veces.» El sultan se asustó tanto con esta amenaza, que envió al punto á su ministro la órden de volverse á Córdoba con el ejército, y en adelante, no tuvo mas la veleidad de reducir á tan terrible enemigo.

(1) Así, mientras que los insurrectos se mostraban fuertes y valerosos, el gobierno se mostraba débil y cobarde. Á cada concesion que hacía á los rebeldes, á cada tratado que les otorgaba, perdía algo del prestigio de que tenia tanta necesidad para inspirar respeto á una poblacion mal some-

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 37 r. y v.; Ibn-Adhari, t. II, p. 102, 103, 104, 105; Ibn-Haiyan, fól. 11 r. y v.; Chron. Albeld., c. 62.

tida, irritada y mucho más numerosa que sus señores. Los montañeses de Régio enardecidos con las noticias que les llegaban del norte y el oeste, comenzaron á agitarse á su vez. En el año 879 hubo motines é insurrecciones en muchos lugares de la provincia. El gobierno que no desconocía los peligros que le amenazaban por esta parte se alarmó mucho con los avisos que recibía. Diéronse órdenes rápidas y severas. Se echó mano al jefe de una banda temible y se le envió á Córdoba. Se construyeron apresuradamente fortalezas en las alturas que mas convenía conservar. (1) Todas estas medidas irritaban á los Serranos sin amedrentarlos. Sin embargo, había todavía poca cohesion en sus movimientos, les faltaba un jefe de carácter superior, capaz de dirigir hácia un objeto, preconcebido sus vagos arranques de patriotismo. Si tal hombre se presentara, no tendría más que hacer una seña para conmover la poblacion de la montaña y la montaña marcharía con él.

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 103.

XI.

Por el tiempo en que los montañeses andaluces comenzaban á agitarse, había en un lugarejo cerca de Hizn-Aute (hoy Iznate) un hidalgo campesino llamado Hafz. Procedía de ilustre familia, pues su quinto abuelo, el visigodo Alfonso, había llevado el título de Conde, (1) pero acomodándose á las

(1) Ibn-Khaldun, (fól. 10 v); Ibn-Adhari, (tom. II, p. 108) é Ibn-al-Khatib, (artículo sobre Omar ben-Hafsan), traen la genealogía completa de Hafz hasta Alfonso, á quien Ibn-Khaldun dá el título de conde con la autoridad de Ibn-Haiyan. Los nombres del hijo, del nieto y del viznieto de Alfonso, son góticos ó latinos, pero desgraciadamente parecen más ó ménos alterados en los manuscritos. El padre de Hafz, se llamaba Omar, y su abuelo Djafar-al-islami (el renegado.)

visicitudes políticas y religiosas, ya por estoicismo, ya por apatía, el abuelo de Hafz que bajo el reinado de Haquem I había dejado á Ronda para venir á establecerse cerca de Hizn-Aute, se había hecho musulman y sus descendientes pasaban por tales aunque en el fondo de su corazón guardasen un piadoso recuerdo de la religión de sus antepasados.

Gracias á su actividad y á su economía, Hafz había reunido una hermosa fortuna. Sus convecinos, ménos ricos que él, lo respetaban y lo honraban hasta el punto de llamarle, no Hafz sino Hafzun, cuya terminacion equivalía á un título de nobleza (1) y nada, segun todas las probabilidades, hubiera turbado su pacífica existencia, si la mala conducta de su hijo Omar no le causára continuas inquietudes y profundos sinsabores. Vano, altanero, arrogante, de génio turbulento y pendenciero, no mostraba este jóven impetuoso más que el lado malo del carácter andalúz. La menor ofensa bastaba para encenderlo en ira; una palabra, un gesto, una mirada, la intencion sola; en

(1) Véase mi edicion de Ibn-Adhari, t. II, p. 48 de las notas de M. Slane, «Histoire Jes Berbers,» t. I. p. XXXVII.

más de una ocasión lo llevaron á la granja magullado, con el rostro cubierto de sangre, lleno de contusiones y de heridas. Con semejante carácter debía acabar por matar ó ser muerto. Y en efecto, un día que tuvo una cuestión con uno de sus vecinos sin motivo, le dejó en el sitio. Para librarlo de la horca, su padre desesperado dejó con él la granja, que había habitado su familia tres cuartos de siglo, y fue á establecerse en la Serranía de Ronda, al pié de la montaña de Bobastro. (1) Allí, en medio de aquella naturaleza salvaje, el jóven Omar, que gustaba de perderse en lo mas espeso de las selvas y en las gargantas menos frecuentadas, acabó por tomar el oficio de bandido, de ratero, como diríamos ahora. Cayó en manos de la justicia, y el gobernador le hizo dar azotes. Quiso volver á la casa de su padre, y éste lo echó como á un pillo incorregible. Entónces, no sabiendo qué hacer en España para ganarse la vida, se fué á la costa, se embarcó en un buque que iba á África, y despues de haber llevado durante algun tiempo una existencia aventurera, llegó al fin á Tahor, donde entró como apren-

(1) Ibn-al-Khatib, man. E., artículo sobre Omar ibn-Hafzum.

díz en la tienda de un sastre que era del distrito de Regio, á quien conocía algo.

Estando trabajando un dia con su amo, entró en la tienda un viejo que no había visto nunca; pero que era tambien andalúz, y entregó al sastre un pedazo de tela para que le cortara un vestido. El sastre se levantó al punto, le ofreció una silla y entabló con él una conversacion, en la que el aprendiz se mezcló insensiblemente. El viejo preguntó al sastre quién era este jóven.

—Es uno de mis antiguos vecinos de Regio, que ha venido aquí para aprender mi oficio.

—Hace mucho que dejastes á Regio? le preguntó el viejo á Omar.

—Hace cuarenta dias.

—Conoces la montaña de Bobas tro en ese distrito?

—Como que vivía al pié de ella.

—De veras!.. Es que allí hay una rebelion.

—Os aseguro que nó.

—Pues bien, ántes de poco habrá una.

Cayóse el viejo per unos instantes, y luego continuó:

—Conoces tú por aquellos alrededores á un tal Omar, hijo de Hafzun?

Al oir su nombre, Omar palideció, bajó

los ojos y se calló. El viejo lo miró entonces atentamente, y notó que tenía un colmillo roto. Este viejo era uno de esos españoles que creían firmemente en la resurrección de su raza. Habiendo oído hablar muchas veces de Omar, había creído reconocer en él una de esas naturalezas superiores que pueden hacer mucho bien ó mucho mal según la dirección que se les dé, y presentía que en ese jóven indomable, en ese gran quimerista, en ese bandido de la montaña, había materia para hacer un jefe de partido. El silencio de Omar, su aire confuso, el colmillo que le faltaba, (el viejo había oído decir que Omar había perdido uno en una riña,) le habían dado la seguridad de que era á Omar á quien hablaba, y queriendo ofrecer un noble objeto á la necesidad de actividad que devoraba al fogoso jóven, exclamó: «Piensas desgraciado que manejando la aguja vas á escapar de la miseria? Vuelve á tu país y toma la espada! Tú llegarás á ser un terrible enemigo de los Omeyas y reinarás sobre un gran pueblo.»

Estas palabras verdaderamente proféticas sirvieron sin duda mas adelante para estimular la ambición de Omar; pero por lo pronto produjeron en él un efecto muy dis-

tinto. Temeroso de ser reconocido por personas menos benévolas, y entregado al gobernador español por el príncipe de Tahor, que en todo se dejaba guiar por el gobierno de Córdoba, (1) abandonó en seguida la ciudad, llevando por todo equipaje dos panes que acababa de comprar, y que ocultó en las mangas.

Vuelto á España, como no se atrevía á presentarse delante de su padre, fué á buscar á su tío y le contó lo que le había dicho el hombre de Tahort. Este tío en quien se unian una gran credulidad á un espíritu emprendedor, tuvo fé en la prediccion del viejo. Aconsejó á su sobrino seguir su sino é intentar una rebelion, prometiéndole ayudarle con todo lo que pudiera. No necesario trabajar mucho para convencerlo, y habiendo reunido unos cuarenta mozos del cortijo, les propuso formar una partida á las órdenes de su sobrino. Aceptaron todos y Omar los organizó y se estableció con ellos en la montaña de Bobastro. (880 ó 881), (2) donde se hallaban las ruinas de una fortaleza romana del *Municipium Singiliense*,

(1) Cf. Ibn-Adhari, t. II, p. 111, l. 5.

(2) Ibn-al-Cutia, fól. 37 v-38 v.

Barbastrense, que los del país llaman hoy «el Castillon.» (1) (a) Estas ruinas eran fáciles de reparar y Omar lo hizo. Ningun lugar podía encontrarse tan bien situado para servir de asilo á una cuadrilla de ladrones ó de partidarios. La roca en que la fortaleza se asentaba, es muy alta, muy escarpada é inaccesible por el Este y por el Sur, de modo que el castillo era casi inexpugnable. Únase á esto, su proximidad á la gran vega que estiende desde Campillos has-Córdoba. En ella, la partida de Omar podía fácilmente hacer correrías, llevarse ganados é imponer contribuciones ilegales á los cortijos aislados. Á esto se limitaron la primeras hazañas de Omar, pero pronto juzgó que el oficio de ladrón de camino real no era digno de él, y en cuanto su cuadrilla, engrosada con todos los que tenían interés en retirarse de la sociedad y ponerse en salvo detrás de buenas murallas sobre la cima de una roca, llegó á ser bastante considerable, para hacerse respetar de la pequeña guarnición del cantón, comenzó á

(1) Véase sobre Bobastro que se halla á un cuarto de legua del Guadalhorce, y á una legua O de Antequera, mis «Recherches», t. I. p. 323-327.

(a) Véase la nota I al fin de este tomo.

hacer atrevidas expediciones hasta las puertas mismas de las ciudades, y á señalarse por golpes de mano tan audaces como brillantes. Justamente alarmado el gobernador de Regio, se decidió al fin á atacar á este cuerpo de partidarios con todas las tropas de la provincia, pero fué derrotado, abandonando en su fuga hasta su tienda á los insurrectos. El sultan que atribuía este desastre á la impericia del gobernador, nombró otro en su lugar pero éste no tuvo más acierto, pues de tal modo le asustó la resistencia de la guarnicion de Bobastro, que hizo una tregua con Omar. La tregua no fué de larga duracion, y Omar, aunque atacado en diversas ocasiones, supo mantenerse dos ó tres años en su sierra, (1) pero al cabo de este tiempo, el primer ministro Hachim, le obligó á rendirse y lo llevó á Córdoba con su partida. El sultan que veía en Omar un oficial excelente y en los suyos buenos soldados, lo recibió bondadosamente y le propuso entrar en el ejército. Convencidos de que por el pronto no podian hacer otra cosa aceptaron la proposicion. (2)

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 106, 107; Nowairi, p. 464; Ibn-Khaldun, fól. 9 v.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 106, 108; Nowairi, página 444; Ibn-Khaldun, fól. 9 v.

Poco tiempo despues, cuando en el verano del año 833 Hachim fué á combatir á Mohamed, hijo de Lope, gefe entónces de los Beni-Casi, y á Alfonso rey de Leon, Omar que lo acompañaba halló ocasion de distinguirse en muchos encuentros y especialmente en la accion de Pancorbo. Sereno y frio cuando era menester y ardiente cuando convenía obrar, fácilmente se concilió la estimacion y el favor del general en jefe; pero cuando volvió á Córdoba no tardó en tener motivos de queja del Prefecto de la ciudad Ibn-Ghanim (1) que, á cáusa de su ódio á Hachim, tenía el gusto de vejar y de atormentar á los oficiales, que como Omar, gozaban del favor del ministro. Á cada instante les hacía mudar de alojamiento, y el trigo que les suministraba era de la peor calidad. Omar, de génio poco sufrido, no pudo ocultar su resentimiento, y un dia enseñó al Prefecto un pedazo de pan negro y le dije: «¡Que Dios tenga piedad de vos! ¿Se puede comer esto?—¿Quién eres tú, pobre diablo, le respondió el Prefecto, para atreverte á dirigirme una pregunta tan impertinente?» Profundamente indignado volvía

(1) Mohamed ibn-Walid, ibn-Ghanim.

Omar á su casa cuando se encontró á Hachim que iba á palacio, y se lo contó todo. «Ignoran aquí lo que tú vales, y tienes que enseñárselo», le respondió el ministro y siguió su camino.

Disgustado así del servicio del sultan, propuso á sus compañeros volverse á sus montañas á la vida aventurera y libre que habian llevado juntos tanto tiempo. No deseaban otra cosa, así que ántes de ponerse el sol se hallaban en camino de Bobastro. (884)

El primer cuiadado de Omar, fué el de apoderarse de nuevo del castillo. Era difícil, porque Hachim que conocía la importancia de esta fortaleza, habia confiado su custodia á una numerosa guarnicion, haciéndola flanquear, además con tantas torres y bastiones, que podía considerársele inespugnable. Pero Omar, lleno de confianza en su buena estrella, no se dejó desanimar. Secundado por su tio, juntó primero algunos hombres resueltos á su tropa, que le parecía demasiado débil, y luego sin dar á los soldados que habia en el castillo lugar de organizar la resistencia, lo atacó atrevidamente y los hizo huir con tanta precipitacion, que no les dió siquiera tiempo de lle-

vase consigo á la jóven amante de su capitán, la que agradó tanto á Omar, que la tomó por muger ó por querida. (1)

Á partir desde este instante Omar, ese José María del siglo IX, que fué mejor ayudado por las circunstancias, no era ya un capitán de bandoleros, sino el jefe de toda la raza española del Mediodía. Él se dirigía á todos sus compatriotas cristianos ó musulmanes y les decía: «Demasiado tiempo habeis soportado ya el yugo de ese sultán que os arrebató vuestros bienes y os aniquila con forzosas contribuciones. ¿Os dejareis pisotear por los Árabes que os miran como sus esclavos?... No creais que la ambición es lo que me hace hablar así, no tengo otra mas que la de vengaros y libertaros de la servidumbre.» Cada vez que Ibn-Hafzun hablaba así, dice un historiador árabe, los que lo escuchaban le daban las gracias y se declaraban prontos á obedecerlo. También enemigos suyos, los únicos que han escrito su historia, son los que dicen que desde que se hizo jefe de partido se enmendó de sus antiguos defectos. En lugar de ser como ántes orgulloso y quimerista; era afable y

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 117, 118.

cortés hasta con el último de sus soldados, así, que los que servían bajo sus órdenes le tenían tanto afecto que rayaba en idolatría, le obedecían con una disciplina y una puntualidad cuasi fanáticas, por grande que fuera el peligro, todos marchaban á la primera señal, por él se hubieran arrojado al fuego. Siempre á su cabeza y siempre en lo mas empeñado de la pelea, Hafzun se batía como un simple soldado; manejaba la lanza y la espada como el más habil de los suyos; atacaba á los más valientes campeones, y no abandonaba la partida hasta que estaba ganada. No es posible portarse con más bizarría ni dar ejemplo de una manera más brillante. Recompensaba generosamente los servicios que le prestaban, concediendo amplísima parte á los de los que más se habian distinguido, y honraba el valor hasta en los enemigos, pues que muchas veces devolvía la libertad á los que habian caido en su poder despues de batirse valerosamente. Castigaba por otra parte á los malhechores rigorosamente. Un espíritu de salvaje justicia presidía á sus decisiones; no exigía ni pruebas ni testigos; le bastaba la conviccion de que la acusacion era fundada. Por eso, aunque el bandolerismo está en la san-

gre de este pueblo; gracias á la buena y pronta justicia de su jefe, las serranos gozaron bien pronto de una completa seguridad. Los Árabes aseguran que en este tiempo una muger cargada de dinero podía caminar sola sin que nada tuviese que temer. (1)

Cerca de dos años pasaron sin que el Sultan nada sério emprendiera contra este temible campeon de una nacionalidad mucho tiempo oprimida; pero á principios de Junio de 886, Mondhir, presunto heredero del trono, fué á atacar al señor de Alhama, aliado de Omar y renegado como él. Omar corrió al socorro de su amigo y se encerró en Alhama. Despues de sostener un sitio de dos meses, los renegados que comenzaban á escasear de víveres, resolvieron abrirse paso á través de los enemigos; pero la salida no fué feliz. Omar recibió muchas heridas, le mutilaron una mano, y despues de haber perdido muchos soldados, se vió obligado á volverse á la fortaleza. Felizmente para los renegados, Mondhir recibió despues una noticia que le obligó á levantar el sitio, y volver á Córdoba: su padre acababa de morir.

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 117, 118.

(4 de Agosto de 886. (1) Omar se aprovechó de este acontecimiento para estender sus dominios. Dirigióse á los castellanos de gran número de fortalezas, invitándoles á hacer causa comun, y todos le reconocieron por soberano. (2) Desde entónces fué el verdadero rey del Mediodia.

Sin embargo, había encontrado en el Sultan que acababa de subir al trono, un adversario digno de él. Era un príncipe activo, prudente y bravo; los clientes Omeyas creen que si hubiera reinado un año más, hubiera obligado á todos los rebeldes del Mediodía á deponer las armas. (3) Opuso á los rebeldes una enérgica resistencia. Los distritos de Cabra, de Elvira y de Jaen fueron teatro de una lucha encarnizada, en que alternaron los triunfos y los reveses. (4) En la primavera del año de 888, Mondhir marchó en persona contra los insurrectos, se apoderó por el camino de algunas fortalezas, asoló los alrededores de Bobastro, y fué á sitiar á Archidona. El renegado Aichun, que mandaba allí, no estaba exento

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 109.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 117.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 123; cf. p. 117, c. 3.

(4) Ibn-Adhari, t. II, p. 118.

de esa fanfarronería, que se reprocha aun á los andaluces. Seguro de su valor, de que nadie dudaba, repetía á cada paso: «Si me dejo atrapar por el Sultan, le permito que me crucifique con un cerdo á mi derecha y un perro á mi izquierda.» Olvidaba que el Sultan tenía para cogerlo un medio mas seguro que la fuerza de las armas. Algunos vecinos de la ciudad se dejaron ganar, prometiendo á Mondhir entregarle vivo á su jefe, y un dia que Aichun entró sin armas en casa de uno de estos traidores, lo sujetaron de improviso, lo cargaron de cadenas, y fué entregado al Sultan y crucificado del mismo modo que él habia dicho. Archidona se rindió poco despues. Luego el Sultan hizo prisioneros á los tres Beni-Matruh, que poseian castillos en la Sierra de Priego, y habiéndolos hecho crucificar con diez y nueve de sus tenientes principales fué á poner sitio á Bobastro. (1)

Seguro de que su roca era inconquistable, Ibn-Hafzun se inquietaba tan poco con este sitio, que no pensaba más que en jugarle una picardigüela al Sultan. La broma y la alegría eran propias de su carácter. Envió,

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 117-120.

pues, proposiciones de paz á Mondhir. «Iré á habitar á Córdoba con mi familia, le mandó á decir, seré uno de vuestros generales, y mis hijos serán vuestros clientes.» Mondhir, cayó en el lazo. Hizo venir de Córdoba al Cadí y á los principales teólogos, y les hizo redactar un tratado de paz en los términos propuestos por Ibn-Hafzun. Este se presentó entónces al Sultán que había establecido su cuartel general en un castillo cercano, y le dijo: «Os ruego que me hagais el favor de enviar un centenar de mulas á Bobastro para trasportar mis equipajes.» El Sultán se lo prometió, y poco despues, cuando ya el ejército se había alejado de Bobastro, fueron enviados los mulos pedidos con una escolta de diez centuriones y ciento cincuenta caballos. Poco vigilado, porque creian poder fiarse de él, Ibn-Hafzun aprovechó la noche para escaparse, volvió á Bobastro lo mas ligero que pudo, mandó que lo siguieran algunos soldados, atacó la escolta, les quitó los mulos, y los puso en seguridad detrás de las escelentes murallas de su castillo. (1)

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 121; Nowairi, p. 465. Este último autor ha tenido la singularidad de hacer sitiar á Ibn-Hafzun en Toledo, ciudad donde nunca puso los piés.

Es por consiguiente muy disculpable el error ca-

Furioso por haberse dejado engañar, juró Mondhir, en su cólera, poner de nuevo sitio á Bobastro, y nó levantarlo hasta que se entregara el pérfido renegado. La muerte le dispensó de su juramento. Su hermano Abdallah, que tenía exactamente su misma edad, y que ambicionaba el trono, pero que tenía perdida la esperanza, si Mondhir no moría ántes que sus hijos estuvieran en edad de sucederle, ganó al cirujano de Mondhir, que le sangró con una lanceta envenenada, y el 20 de Junio de 888 Mondhir exhaló el último suspiro, despues de un reinado de cerca de dos años. (1)

Avisado por los eunucos, Abdallah que se hallaba todavía en Córdoba, llegó al campamento á toda prisa, comunicó á los visires la muerte de su hermano, y se hizo prestar juramento, primero por ellos, luego por los coreiscitas, los clientes Omeyas, los empleados de la administracion, y los jefes del ejército. Como los soldados murmuraban mucho de la resolucion que había tomado

pital que se atribuye á Conde que lo tradujo, cuando cayó en él un autor arábigo á quien debía suponer bien enterado (A. del Tr.)

(1) Véase mi edicion de Ibn-Adhari; Introduccion, p. 44-46.

el Sultán, porque estaban convencidos de que Bobastro era inespugnable, era de temer que se desbandaran en cuanto supieran que Mondhir había muerto. Un oficial llamó la atención de Abdallah sobre esta disposición de ánimo, y le aconsejó mantener oculta la muerte de su hermano, y mandarle enterrar en las cercanías. Pero Abdallah rechazó este consejo con una indignación muy bien representada. «¡Y qué! exclamó; ¿hé de abandonar el cuerpo de mi hermano á merced de gentes que tocan campanas y que adoran cruces? Jamás, aunque tuviera que morir en su defensa, lo llevaría á Córdoba!» Anuncióse, pues, la muerte de Mondhir á los soldados, para los que fué la mejor noticia que hubieran podido recibir. Sin esperar las órdenes del nuevo Sultán, se prepararon para irse en seguida á sus casas, y mientras que Abdallah volvía á Córdoba, disminuía á cada instante el número de sus soldados.

Ibn-Hafzun, que no supo la muerte de Mondhir hasta que yá el ejército iba de camino, se apresuró á aprovecharse del desorden que caracterizaba á esta precipitada retirada. Ya se había apoderado de muchos rezagados y de un botín considerable

cuando Abdallah le envió su paje Fortunio, para rogarles que no molestasen una marcha que era un entierro, y asegurarle que no quería más que vivir en paz con él. Sea generosidad, sea cálculo, el jefe español abandonó la persecucion en seguida.

Cuando Abdallah llegó á Córdoba, apenas llevaba consigo cuarenta caballos; todos los otros soldados le habian abandonado. (1)

(1) Ibn-Haiyan, fól. 2 r.-4 r.

XII.

Abdallah tomaba el poder en fatales condiciones. Minado el Estado mucho tiempo hacía por antipatías de raza, parecía caminar rápidamente á su descomposicion y á su ruina. Si el sultan no hubiera tenido que hacer frente mas que á Ibn-Haiyan y á sus serranos, menos mal; pero la aristocracia árabe aprovechándose del general desórden comenzaba tambien á levantar la cabeza y aspiraba tambien á la independenciam. Y era todavia mas temible para el poder monárquico que los mismos españoles. Así lo creía al ménos Abdallah. Y como le era preciso

transigir con los españoles ó con los nobles para no quedarse enteramente aislado, quiso mejor transigir con los primeros. Ya ántes habia dado pruebas de benevolencia á algunos de ellos; habia tenido íntima amistad con Ibn-Merwan, el gallego, cuando éste servía aun en la guardia del sultan Mohamed. (1) Ahora ofreció á Ibn-Hafzun el gobierno de Regio, á condicion de que le reconociera por soberano. Al principio, el éxito pareció justificar esta nueva política. Ibn-Hafzun le prestó homenaje y le dió una prueba de confianza, enviando á la córte á su hijo Hafz, y á algunos de sus capitanes y por su parte el Sultan hizo todo lo que pudo para consolidar la alianza; trató á sus huéspedes de la manera mas afectuosa y los colmó de regalos. Pero al cabo de algunos meses, cuando Hafz y sus compañeros volvieron á Bobastro, dejó que sus soldados saquearan las aldeas y los lugares hasta las mismas puertas de Osuna, de Écija y aun de Córdoba, y luego cuando fueron batidas las tropas que el Sultan envió contra ellos, rompió abiertamente con él y echó á sus empleados. (2)

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 370.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 37, v., 38, r.

Á la postre, Abdallah no habia conseguido ganarse á los españoles, pero al ensayarlo se habia desavenido enteramente con su propia raza. Era natural que en provincias en que la autoridad real estaba ya bastante debilitada, no quisieran los Árabes obedecer á un monarca que se aliaba con sus enemigos.

Veamos primero lo que pasó en la provincia de Elvira.

Si los piadosos recuerdos tienen algun imperio sobre las almas, ninguna provincia debia estar tan ligada á la Religion cristiana. Ella habia sido la cuna del cristianismo español; allí se habia escuchado la predicacion de los siete apostólicos, que segun una tradicion antiquísima, habian sido en Roma discipulos de los Apóstoles, cuando todo el resto de la península estaba sumido aun en las tinieblas de la idolatría. (1) Más adelante, hácia el año 300, la capital de la provincia (2) habia sido la sede de un céle-

(1) Véase el oficio de los siete apostólicos en la «Esp. Sagr.» t. III, p. 361-377. Este oficio fué compuesto en Acci, (Guadiz el viejo) en los primeros tiempos de la Iglesia. Compárese con el «Lectonarium complutense,» ibid, p. 380-384.

(2) La ciudad de Elvira estaba situada al noro-

bre concilio. Por eso los españoles de Elvira, habian permanecido fieles mucho tiempo á la religion de sus abuelos. Se habian echado en la capital los cimientos de una gran mezquita poco tiempo despues de la conquista, por Hanach Zanain, uno de los mas piadosos compañeros de Muza, pero había tan pocos musulmanes en la ciudad que durante siglo y medio permaneció este edificio en el mismo estado en que Hanach lo dejara. (1) Las iglesias por el contrario eran numerosas y ricas. Aun en Granada y eso que gran parte de la ciudad pertenecía á los judíos, había cuatro por lo ménos, y la que estaba fuera de la puerta de Elvira que había sido edificada á principios del siglo VII, por un señor godo llamado Guldila, era de incomparable magnificencia. (2)

Sin embargo, poco á poco bajo el reinado de Abderramen II, y el de Mohamed, comenzaron á ser frecuentes las apostasías. En la provincia de Elvira, no se estaba mas á prueba de interés que en las otras.

este de Granada, casi en el lugar donde hoy se encuentra Pinos Puente.

(1) Ibn-al-Khatib, man. G., fól. 5 r.

(2) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 334-336.

provincias, y además los vergonzosos desórdenes y la manifiesta impiedad del tío materno de Hostigesio, Samuel, Obispo de Elvira, habían inspirado á muchos cristianos una aversión muy natural hácia un culto que tenía tan indignos ministros. La persecucion hizo lo demás. El infame Samuel la dirigió. Depuesto en fin á causa de su vida escandalosa, dióse prisa á ir á Córdoba para declararse musulman; desde entonces se había enconado de la manera mas cruel, contra sus antiguos diocesanos que el gobierno dejó entregados á su ciega cólera, y muchos de estos infelices no hallaron mas medio que la apostasía para salvar sus bienes y su vida. (1)

Por esta causa los renegados habían llegado á ser tan numerosos en Elvira, que el gobierno comprendió que era necesario procurarles una gran mezquita que se acabó en el año 864, en el reinado de Mohamed. (2)

En cuanto á los Árabes de la provincia, procedentes en su mayor parte de los soldados de Damasco, no queriendo encerrarse

(1) Samson, «Apolog.» L. II, c. 4.

(2) Ibn-al-Khatib, man. G., fól. 5 r.

en las murallas de una ciudad, se habían establecido en la campiña donde sus descendientes habitaban aun. Estos Árabes constituían, respecto de los españoles, una aristocracia estremadamente orgullosa y exclusiva. Tenían pocas relaciones con los habitantes de la ciudad, la estancia en Elvira, triste lugar situado en medio de rocas estériles, monótonas y volcánicas, que no llevan ninguna flor en verano, ni un copo de nieve en invierno, no tenía para ellos ningun atractivo; pero los viernes cuando iban, en apariencia para asistir á los oficios; pero en realidad para hacer ostentacion de sus soberbios caballos ricamente equipados, (1) no dejaban nunca de abrumar á los españoles con su menosprecio y sus intencionados desdenes. Casi nunca la vanidad aristocrática, se ha mostrado mas francamente odiosa en hombres, que, por otra parte en sus relaciones mútuas eran modelo de perfecta cortesía. Para ellos, los españoles cristianos ó musulmanes eran la «vil canalla,» tal era el término consagrado. Habían, pues, hecho agravios imperdonables, así que las colisiones entre las dos razas

(1) Véase al mismo «Ibid.»

eran frecuentes. Unos treinta años ántes de la época de que vamos á ocuparnos, ya los españoles habian sitiado á los árabes en la Alhambra, donde éstos habian buscado un refugio. (1)

Al principio del reinado de Abdallah, encontramos á los españoles empeñados en una guerra mortífera contra los señores árabes. Estos que habian roto enteramente con el sultan, habian elegido por jefe un valiente guerrero de la tribu de Cais, llamado Yahya-ibn-Zocala. Arrojadados por sus adversarios de sus aldeas, se fortificaron en un castillo situado al noroeste de Granada, cerca de Guadahortuna. Desde este castillo que llevaba antiguamente el nombre español de «Monte-Sacro,» pero que por la pronunciacion arábica llegó á decirse Montexicar, infestaban las cercanías. Entónces los renegados y los cristianos mandados por Nabil, fueron á sitiarlos, mataron gran número y tomaron la fortaleza. Yahya-ibn-Zocala, se salvó por la fuga, pero su tropa habia quedado tan debili-

(1) No conocemos detalle alguno de esta guerra de que nos habla el poeta Ablí en un verso que citaremos más adelante.

tada, que tuvo que dejar las armas y hacer un tratado con los españoles. Desde esta época, pasaba muchas veces días enteros en la capital. Acaso trataba de intrigar allí, pero culpable ó nó, es lo cierto que en la primavera de 887 los españoles lo atacaron de improviso, lo degollaron con sus compañeros, echaron sus cadáveres en un pozo, y comenzaron á ojear á los Árabes como si fueran fieras.

El entusiasmo de los españoles, fué inmenso. «(Ya se han roto las lanzas de nuestros enemigos, decía su poeta Ablí! (1) ¡Ya hemos abatido su orgullo! ¡Los que ellos llamaban «vil canalla» han minado los fundamentos de su poder! ¡Cuánto tiempo hace que los muertos que hemos echado en el pozo esperan en vano un vengador!»

La situación de los Árabes era tanto más peligrosa, cuanto que se encontraban desunidos. La anarquía reinante, daba nuevo vigor á la funesta rivalidad entre Maaditas y Yemenitas; en muchos distritos como el de Sidona, estas dos razas se combatían á muerte. En la provincia de Elvira, cuando

(1) Se llamaba Abderramen-ibn-Ahmed. Le decían Ablí porque era de Abla cerca de Guadix.

se trató de dar sucesor á Yahya, los Yemenitas, que parece tenían la superioridad del número, disputaban á los Maaditas sus derechos á la hegemonía. Disputar en un momento tan crítico era esponerse á una ruina completa. Felizmente los Yemenitas lo comprendieron á tiempo, cedieron y de concierto con sus rivales dieron el mando á Sauwar. (1) Este intrépido jefe, fué el salvador de su pueblo, y más adelante se repetía con frecuencia: «Si Allá no hubiera dado á Sauwar á los Árabes, hubieran sido esterminados hasta el último.»

Caisita, lo mismo que Yhaya, Sauwar debía tener empeño en vengar la muerte de su contributo, pero tenía además que tomar una revancha; en la toma de Monte-Sacro, había visto á los españoles matar á su primogénito. Desde este momento la sed de venganza lo devoraba: segun su propio testimonio era ya viejo: «las mujeres no quieren mi amor desde que han blanqueado mis cabellos,» decía en uno de sus poemas, y cier-

(1) Honaida, cuarto abuelo de Sauwar y jeque de los Caisitas, se había establecido en Maracena distrito de Albolote al norte de Granada. Sus descendientes habitaban todavía allí.

tamente llevaba á la tarea sangrienta que iba á cumplir una obstinacion y una firmeza que se esplicarían dificilmente en un jóven, pero que se conciben en un viejo que dominado por una sola y última pasion, ha cerrado su alma á toda piedad y á todo sentimiento humano. Se podría pensar que se figuraba ser el ángel esterminador, y que ahogó sus mas dulces afectos, si es que los tenía, ante la conciencia de su mision providencial.

Despues de haber reunido bajo su bandera todos los Árabes que pudo, fué á recobrar á Monte-Sacro. Llevaba en esto un doble objeto; quería poseer una fortaleza que le sirviera de base para sus operaciones ulteriores, y saciar su sed de venganza en la sangre de los que habian muerto á su hijo. Aunque Monte-Sacro tenía una numerosa guarnicion, los Árabes la tomaron por asalto. La venganza de Sauwar fué terrible; pasó á cuchillo todos los soldados de la guarnicion, en número de seis mil. En seguida atacó y tomó otros castillos, y cada uno de estos triunfos llevaba consigo una horrible carnicería; jamás en ninguna circunstancia este hombre terrible dió cuartel á los españoles; familias enteras fueron esterminadas

hasta su último individuo, y multitud de herencias quedaron sin herederos.

En su apuro, los españoles de Elvira suplicaron á Djad, gobernador de la provincia, que los ayudara, prometiendo obedecerle en adelante. Djad consintió, y á la cabeza de sus tropas y de los españoles fué á atacar á Sauwar.

El jeque árabe lo esperaba á pié firme. El combate fué vivo por ambas partés, pero los Árabes obtuvieron la victoria, persiguieron á sus enemigos hasta las puertas de Elvira, y les mataron mas de siete mil hombres. El mismo Djad cayó en manos de los vencedores.

El feliz éxito de esta batalla conocida con el nombre de «Batalla de Dajd,» colmó á los árabes de un indescriptible gozo; limitados hasta entónces á atacar castillos, habian vencido por primera vez á sus enemigos en campo raso, y habian inmolado muchas víctimas á los manes de Yhaya. Hé aquí los términos en que uno de sus jeques mas valientes, que era al mismo tiempo uno de sus mejores poetas, Said-ibn-Djudí espresaba sus sentimientos:

Apóstatas é incrédulos, que hasta la última

hora «declarais falsa la verdadera religion» (1) Os hemos muerto, porque teníamos que vengar á nuéstro Yhaya. Os hemos muerto: Dios lo ha querido! Hijos de esclavas, habeis imprudentemente irritado á bravos que no han olvidado nunca vengar á los suyos.

Acostumbraos á sufrir su furia y á recibir en vuestras espaldas sus espadas flamígeras.

Á la cabeza de sus guerreros que no sufren insulto, valientes como leones, ha marchado contra vosotros un jeque ilustre. Un jeque ilustre! Su fama escede la de todos, ha heredado la generosidad de incomparables abuelos. Es un leon nacido de la mas pura sangre de Nizar, es el sosten de su tribu cual ninguno. Iba á vengar á sus contributos, á esos hombres magnánimos que habian creido poderse fiar de reiterados juramentos. Y los ha vengado! ha pasado á cuchillo los hijos de las blancas, y los que de ellos viven todavía, gimen en las cadenas con que los ha cargado. Millares de vosotros hemos muertos, pero la muerte de multitud de esclavos no equivale á la de un solo noble. Ay! sí, han asesinado nuestro Yahya cuando era su huesped! Asesinarlo era una accion insensata..... Lo han degollado esos esclavos malvados y despreciables, todo lo que hacen los esclavos

(1) Palabras que Mahoma dirige en el Coran á los cristianos y á los judíos.

vos es villano. ¡No, cometiendo su crimen, no han hecho una accion sensata, su suerte infeliz ha debido convencerlos que habian sido mal inspirados. Vosotros lo habeis asesinado como traidores, como infames despues de tantos tratados, despues de tantos juramentos!

Despues del brillante triunfo que habian conseguido Sauwar, que acababa de hacer alianza con los Árabes de Regio, de Jaen y de Calatrava, comenzó de nuevo sus depravaciones y sus matanzas. Los españoles enteramente desanimados, no encontraron otra vía de salvacion que echarse en los brazos del Sultan é imploraron su ayuda. De buena gana se la hubiera concedido éste, si se hubiera hallado en estado de hacerlo. Todo lo que podía en aquellas circunstancias era prometer su amigable intervencion. Mandó pues, á decir Sauwar, que estaba dispuesto á concederle una gran intervencion en la direccion de los negocios de la provincia, pero que en cambio, esperaba de él que lo obedeciera y le permitiera dejar á los españoles en paz. Sauwar aceptó estas condiciones, él y los españoles juraron la paz solemnemente y se restableció el orden material en la península. Por desgracia, esta

no era mas que una calma engañosa, las discusiones y la pasion latían en el fondo de todas las almas. No teniendo enemigo que combatir á su alrededor, atacó Sauwar á los vasallos y á los aliados de Ibn-Hafzun. La fama de sus empresas y de sus crueldades, el grito de angustia de sus compatriotas, despertó repentinamente el sentimiento nacional entre los habitantes de Elvira. Con general entusiasmo volvieron á á tomar las armas; siguiendo su ejemplo se insurreccionó toda la provincia, el grito de guerra resonó en todas las familias, y los Árabes atacados donde quiera y donde quiera batidos, fueron á buscar apresuradamente un refugio en la Alhambra.

Tomada por los españoles y recobrada por los Árabes, la Alhambra, no era ya mas que una ruina magestuosa que casi no se hallaba en estado de defensa. Y sin embargo, era el solo refugio que á los Árabes quedaba; si se la dejaban tomar, podían estar ciertos de que no habia de escapar ninguno. Así estaban firmemente resueltos á defenderla á todo trance. Durante el dia, rechazaban vigorosamente los incesantes ataques de los españoles, que con la ira en el pecho pensaban acabar esta vez con los que ha-

bian sido por tanto tiempo sus crueles opresores. Cuando llegaba la noche, componian á la luz de las antorchas los muros y los bastiones de la fortaleza, pero las fatigas, las veladas, la perspectiva de una muerte segura, si tenían un instante de debilidad, los había puesto en un estado de sobrescitacion febril que los disponía mucho á dejarse impresionar por terrores supersticiosos, de que se hubieran avergonzado en otras circunstancias. Una noche que trabajaban en las fortificaciones, sucedió que una piedra pasó por cima de los muros y vino á caer á sus piés. Un Árabe la recogió y encontró que llevaba atado un pedazo de papel, en el cual había escritos estos tres versos que leyó en alta voz, mientras que sus compañeros lo escuchaban con profundo silencio.

Sus moradas están desiertas, sus campos eriales, los huracanes arremolinan en ellos las arenas, Encerrados en la Alhambra meditan al presente nuevos crímenes, pero tambien allí tendrán que sufrir derrotas continuas y lo mismo que sus padres serán siempre el blanco de nuestras lanzas y de nuestras espadas.

Oyendo leer estos versos á la luz incier-

ta, pálida y lúgubre de las antorchas, cuya trémula claridad formaba en medio de las opacas sombras de la noche una móvil iluminacion del efecto más extraño, los Árabes que desesperaban ya de su triunfo, se entregaron á los más siniestros presentimientos. «Estos versos, decía mas adelante uno de ellos, nos parecían un aviso del cielo, oyéndolos leer fuimos presa de un terror tan grande, que aunque todos los ejércitos de la tierra hubieran venido á sitiarnos no lo hubieran podido aumentar.» Algunos menos impresionables, trataron de reanimar á sus aterrados camaradas, diciéndoles que la piedra y el billete no habian caido del cielo, sino que habian sido lanzados por mano enemiga y que los versos eran probablemente del poeta Ablí. Habiendo prevalecido poco á poco esta idea, rogaron todos á su poeta Asadí que respondiera en el mismo metro y en la misma rima al desafío del poeta enemigo. No era nueva para Asadí semejante empresa. Muchas veces había empeñado con Ablí duelos poéticos del mismo género, pero de temperamento nervioso, de imaginacion extraordinariamente impresionable, conmovido y turbado esta vez más que todos los

demás, tardó mucho tiempo en encontrar estos dos versos que muestran demasiado, que no estaba de vena:

Nuestras moradas están habitadas, nuestros campos no están eriales. Nuestro castillo nos protege contra todo insulto, en él encontraremos la gloria, en él se preparan para nosotros triunfos y derrotas para vosotros.

Para completar la respuesta, hacía falta un verso que Asadí que había caído bajo el imperio de su emoción, no pudo encontrar. Rojo de vergüenza, con los ojos fijos en el suelo, permaneció cortado y mudo como si no hubiera compuesto versos en su vida.

No era esta circunstancia la más propia para reanimar el ánimo abatido de los Árabes. Ya medio serenos, estaban dispuestos á no ver nada de sobrenatural en lo sucedido, pero cuando se apercibieron que contra lo que esperaban la inspiración faltaba á la palabra á su poeta, sus temores supersticiosos se despertaron de nuevo.

Avergonzado Asadí, se había vuelto á su habitación cuando, de pronto oyó una voz que pronunciaba este verso:

En verdad que bien pronto, cuando nosotros salgamos de él, (1) habreis de sufrir una derrota tan terrible, que hará blanquear en un momento los cabellos de vuestras mugeres y de vuestros hijos.

Era el tercer verso que en vano había buscado. Miró á su alrededor y no vió á nadie. Firmemente convencido entónces de que habia sido pronunciado por un espíritu invisible, corrió á buscar al jeque Adhha, su amigo íntimo, le contó lo que acababa de suceder, y le repitió el verso que habia oído. «¡Alegrémonos! exclamó Adhha. Seguramente, soy enteramente de tu opinion, es un espíritu quien ha recitado estos versos y podemos estar seguros que su prediccion se ha de cumplir. Y no puede ser de otra manera; esa raza impura debe perecer, porque Dios ha dicho: (2) «Al que habiendo egercido represalias en relacion con un ultrage recibido, recibirá uno nuevo, Dios mismo lo asistirá.»

Convencidos de aquí en adelante de que el Eterno los había tomado bajo su proteccion, los Árabes enrollaron el billete que contenía los versos de su poeta en una piedra, y se la tiraron á sus enemigos.

(1) Cuando salgamos de la Alhambra.

(2) Véase el Coran, sur 22, vs. 59.

Siete dias despues vieron al ejército español, compuesto de veinte mil hombres, prepararse á atacarlos por el lado del Este y colocar en una colina sus máquinas de guerra. En lugar de esponer sus bravos á ser asesinados en una fortaleza arruinada, Sauwar quiso mejor llevarlos al encuentro del enemigo. Empeñado el combate, dejó de pronto el campo de batalla con una tropa escogida, sin que su marcha fuera notada por sus adversarios; dió un rodeo y se precipitó sobre la division, situada en la colina con tal ímpetu, que lo puso en derrota. La vista de lo que pasaba en la altura, inspiró un terror pánico á los españoles que combatian en el llano, porque se imaginaban que los Árabes habian recibido refuerzos. Entónces comenzó una terrible carnicería; persiguiendo á sus enemigos fugitivos hasta las puertas de Elvira, los Árabes mataron doce mil, segun unos, segun otros diez y siete mil.

Hé aquí como Said-ibn-Djudí cantó esta segunda batalla conocida con el nombre de «Batalla de la ciudad.»

Los hijos de las blancas habian dicho:
«Cuando nuestro ejército vuele sobre vos-

otros, caerá sobre vosotros como un huracán. No podreis resistirlo, temblaréis de miedo, y ni el más fuerte castillo os servirá de asilo!»

Pues bien, nosotros hemos ahuyentado ese ejército cuando voló sobre nosotros, como se ahuyentan á las moscas que revolotean al rededor de la sopa, ó como se hace salir de su establo á un rebaño de camellos. Ciertamente que el huracán ha sido terrible, la lluvia caía á goterones, el trueno retumbaba y el relámpago surcaba las nubes; pero no era sobre nosotros, sino sobre vosotros, sobre los que descargaba la tormenta. Vuestros batallones caían ante nuestras cortadoras espadas, como caen las espigas bajo la hoz del segador.

Cuando nos vieron venir á galope, nuestras espadas les causaron un terror tan grande que volvieron las espaldas y se echaron á correr, pero nosotros caímos sobre ellos, hiriéndolos con nuestras lanzas. Unos hechos prisioneros, fueron cargados de cadenas; otros presas de angustia mortal, corrieron á todo correr, y hallaban la tierra demasiado estrecha.

Habéis encontrado en nosotros una tropa escogida que sabe á las mil maravillas lo que es preciso hacer para quemar las cabezas de sus enemigos, cuando la lluvia de que hablábais cae á torrentes. Se compone de hijos de Adnan, que á todos aventajan en las incursiones, y de hijos de Cahtan, que caen

como buitres sobre su presa. Su jeque, un gran guerrero, un verdadero león á quien en todas partes admiran, pertenece á la mejor rama de Cais; hace muchos años que los más generosos y los más bravos lo reconocen superior en valor y en generosidad. Es un hombre leal, nacido de una raza de héroes, cuya sangre no se ha mezclado jamás con la de extranjera raza, ataca impetuosamente á sus enemigos, como conviene á un Árabe, y sobre todo á un Caisita y defiende la verdadera religion contra todo infiel.

En verdad que Sauwar blandía aquel dia una excelente espada, con la que cortaba cabezas, como no se las corta sino con hojas de buen temple. Alláh se servía de su brazo para matar á los sectarios de una falsa religion que se habian reunido contra nosotros. Cuando llegó el momento fatal para los hijos de las blancas, nuestro jeque estaba á la cabeza de fieros guerreros, cuya firmeza no se conmueve mas que una montaña, y cuyo número era tan grande que la tierra parecía estrecha para ellos. Todos estos bravos corrian á rienda suelta, mientras que relinchaban sus corceles.

Vosotros quisísteis la guerra, la guerra ha sido funesta para vosotros y os ha hecho perecer repentinamente!

En la crítica posicion en que se hallaron

los españoles despues de esta batalla desastrosa, no tenian mas que un partido que efegir; implorar el apoyo y reconocer la autoridad del jefe de su raza Omar-Ibn-Habfzun. Así lo hicieron, y bien pronto éste, que se encontraba en las cercanías, entró con su ejército en Elvira: reorganizó las milicias de la ciudad, reunió bajo sus banderas parte de la guarnicion de los castillos vecinos, y marchó contra Sauwar.

Hábía aprovechado este jeque este intervalo para llevarse consigo los Árabes de Jaen y de Regio, y su ejército era ahora bastante numeroso para esperar cómbatir á Ibn-Habfzun con ventajas. No se engañó en sus esperanzas. Despues de perder muchos de sus mejores guerreros, y de haber prodigado su propia sangre, Ibn-Habfzun se vió obligado á retirarse. Acostumbrado á vencer, este fracaso le irritó mucho, impután-doselo á los habitantes de Elvira, les echó en cara que se habian conducido cobardemente en la pelea, y colérico les impuso una enorme contribucion, diciendo que ellos debian pagar los gastos de una guerra que él solo había emprendido en su provecho. Luego se volvió á Bobastro con el grueso del ejército, despues de haber confiado la de-

fensa de Elvira á su teniente Hajz-ibn-el-Moro

Entre los prisioneros que llevó consigo, se contaba el bravo Said-ibn-Djudí; hé aquí un trozo de los versos que este excelente poeta compuso en su cautividad.

Valor, esperanza, amigos míos! Estad seguros de que la alegría sucederá á la tristeza, y que cambiándose en dicha la desgracia, vosotros saldréis de aquí. Otros antes que vosotros han pasado años en este calabozo, y corren por los campos, á estas horas, en pleno día!

Ay! si estamos prisioneros, no es porque nos hayamos rendido, sino porque nos hemos dejado sorprender. Si yo hubiera tenido el menor presentimiento de lo que nos iba á suceder, la punta de mi lanza me hubiera protegido, porque ya saben los caballeros mi audacia y mi bravura en la hora del peligro.

Y tú, viajero, vé á llevar mi saludo á mi noble padre y á mi tierna madre, que te escucharán enajenados cuando les digas me has visto. Saluda también á mi querida esposa y repítele estas palabras: «siempre pensaré en tí, hasta en el día del juicio final me presentaré delante del Creador con el pecho lleno de tu imagen. En verdad la tristeza que ahora experimentas me aflige mucho más que la prision y la perspectiva de la muerte.»

Acaso me harán perecer aquí y despues me enterrarán..... un bravo como yo desea mejor caer con gloria en el campo de batalla y servir de pasto á los buitres!

Despues de la partida de Ibn-Hafzun, Sauwar que se había dejado coger en una emboscada, fué muerto por los habitantes de Elvira. Cuando se llevó su cadáver á la ciudad resonaron los aires con grito de júbilo. Sedientas de venganza, las mugeres echaban miradas de fiera sobre el cuerpo del que les habia arrebatado sus hermanos, sus esposos y sus hijos, y rugiendo de furor le hicieron pedazos y se los comieron. (1)....

Los Árabes, confiaron el mando á Said-ibn-Djudi al que Ibn-Hafzun acaba de volver la libertad (890.) Aunque Said hubiera sido el amigo de Sauwar y el cantor de sus hazañas, en nada se le parecia. De ilustre nacimiento, pues su abuelo habia sido sucesivamente Cadí de Elvira y prefecto de

(1) En nuestro propio siglo, han encontrado estas andaluzas descendientes de ellas, en las mugeres que en tiempo de Napoleon I, se precipitaban con terribles ahullidos sobre los heridos franceses que se disputaban para hacerlos morir con los tormentos mas crueles y á los que metian cuchillos y tigas por los ojos.—Véase Rocca, p. 209.

No hay que decir si Rocca y el autor pecan ó no de exagerados. (A. del Tr.)

policía de Córdoba en el reinado de Haquen I, era además el modelo del caballero Árabe y sus contemporáneos, le atribuían las diez cualidades que todo perfecto caballero debe poseer: la generosidad, la bravura, el entero conocimiento de las reglas de equitación, la belleza corporal, el talento poético, la fuerza física, el arte de manejar la lanza, el de construir armas, y la habilidad en el tiro del arco. Era el único Árabe que Ibn-Hafzun temía encontrar en el campo de batalla. Un día, ántes de comenzar el combate, Said lo desafió, pero Ibn-Hafzun, apesar de lo bravo que era, no se atrevió á aceptar. Otra vez, durante la pelea, Said se encontró por acaso frente á Hafzun. Este quiso evitarlo, pero Said le cogió á brazo partido lo arrojó al suelo, y lo hubiera muerto, si los soldados de Hafzun echándolo sobre él, no lo hubieran obligado á soltar la presa.

El más valiente de los caballeros era tambien el más tierno y el más galante. Ninguno se enamoraba con tanta facilidad de una voz ó de unos cabellos, ninguno apreciaba mejor el poder seductor de una hermosa mano. Habiendo ido un día á Córdoba cuando reinaba todavía el sultan Moha-

med, pasaba por delante del palacio del príncipe Abdallah, cuando hirió su oído el armonioso canto de una muger. Este canto salía de una habitacion del piso principal cuya ventana daba á la calle y la cantadora era la hermosa Djehane. En aquel momento estaba con el príncipe su señor y ora le servía de beber, ora cantaba. Atraído por un encanto irresistible, Said, fué á colocarse en una rinconada donde podía escuchar á su gusto sin llamar la atencion de los transeuntes. Clavados los ojos en la ventana, estático, escuchaba muerto por ver á la bella cantadora. Despues de haber atisbado mucho tiempo, apercibió al fin su pequeña y blanca mano cuando presentaba al príncipe la copa. No vió mas, pero aquella mano de una incomparable elegancia y luego aquella voz tan suave y tan espresiva, era lo bastante para hacer latir violentamente su corazon de poeta y enloquecer su cabeza.

Mas ¡ay! una barrera infranqueable le separaba del objeto de su amor. Desesperado de lograrla, ensayó distraer su pasion; compró en una enorme suma la esclava mas hermosa que pudo encontrar y la puso el nombre de Djehane. Mas á pesar de los es-

fuerzos que esta jóven hizo para agradar al hermoso caballero, no consiguió hacerle olvidar á su homonima.

El dulce canto que he escuchado, decia, elevando mi alma me ha dejado una tristeza que me consume lentamente. Es á Djehane, de la que yo guardaré un eterno recuerdo, á quien yo he dado mi corazon, y sin embargo, nunca nos hemos visto..... ¡Oh Djehane! objeto de todos mis anhelos, sé buena y compasiva para esa alma que me ha dejado por volar á tí! Yo invoco tu nombre querido con los ojos bañados en lágrimas, con la devocion y el fervor del monje que invoca el de un santo, arrodilado ante su imágen! (1)

Said no guardó mucho tiempo su recuerdo de la bella Djehane. Versatil é inconstante, errando sin descanso de deseo en deseo, las grandes pasiones y los sueños platónicos no estaban en su carácter, testigos estos versos compuestos por él, que los escritores Árabes no citan sino añadiendo las palabra: «¡Que Dios le perdone!»

(1) Casi podria decirse que este último verso es de un trovador provenzal, tanto se encuentra en él la delicadeza del caballero cristiano y la especie de culto que tributaba á la señora de sus pensamientos.

El momento mas dichoso de la vida es cuando se bebe en ronda, ó mas bien, cuando despues de una desavenencia uno se reconcilia con su amada, ó mejor aun, cuando el amante y la amada se lanzan miradas embriagadoras, es en fin aquel en que enlaza en sus brazos á la que se adora.

Yo recorro el círculo de los placeres con el ardor de un caballo que ha cojido el bocado con los dientes; suceda lo que quiera yo satisfago todos mis deseos. Inquebrantable el dia del combate, cuando el ángel de la muerte se cierce sobre mi cabeza, yo me dejo siempre quebrantar por unos bellos ojos.

Ya habia olvidado, pues, á Djehanc, cuando le trageron de Córdoba una nueva hermosura; cuando ella entró en su habitacion el pudor la hizo bajar los ojos; entónces Said improvisó estos versos:

Qué, hermosa* amiga, ¿separas de mí tus ojos para fijarlos en el suelo? ¿Es que yo te inspiro repulsion? Por Dios que no es este el sentimiento que yo inspiro de ordinario á las mujeres, y me atrevo á asegurarte que mas que el suelo merece mi cara tus miradas.

Said era seguramente la figura más brillante de la aristocrácia, pero no tenía las cualidades sólidas de Sauwar. La muerte de

este gran jeque, fué pues, una pérdida que Said no pudo reparar. Gracias á los cuidados de Sauwar, que había hecho reedificar muchas fortalezas romanas, semi-arruinadas, tales como Menteza, Basti (Baza) los Árabes se encontraron en estado de mantenerse bajo su sucesor, pues aun cuando ya no tuvieran que combatir al Sultan, pues este había reconocido á Said, no consiguieron notables ventajas sobre los españoles. Los cronistas musulmanes, que por lo demás no dicen casi nada sobre las expediciones de Said, lo que prueba que en general no fueron felices, nos refieren solamente que hubo un momento en que Elvira se sometió á su autoridad. Cuando hizo en la ciudad su entrada, se presentó á él el poeta español Ablí, y le recitó unos versos que había compuesto en su alabanza. Said lo recompensó generosamente; pero cuando se fué el poeta, un árabe exclamó: «¿Qué, Emir, dais dinero á ese hombre? Habeis olvidado pues, que era en otro tiempo el gran agitador de su nacion, y que se atrevió á decir:— ¡Cuánto tiempo hace que sus muertos, que nosotros hemos echado en este pozo, esperan en vano un vengador!» Abrióse al punto en Said una llaga mal cerrada, y con los

ojos brillantes de cólera: «Vé á coger á ese hombre, le dijo á un pariente de Yhaya ibn-Zocala; mávalo y echa su cadáver en un pozol!» Esta orden fué inmediatamente ejecutada. (1)

(1) Ibn-Haiyan, fól. 22 r.,-230,-400,-49 r.,-920,-940; Ibn-Abbar, p. 80-87; Ibn-al-Khatib, artículos sobre Sauwar, (man. E.) y sobre Said-ibn-Djudi (en mis «Noticias,» p. 258) Debo advertir que el manuscrito de Ibn-Haiyan, me ha llevado muchas veces hasta á corregir los versos que yo he publicado en mis «Noticias,» tomados [de otros manuscritos.

XIII. (1)

Mientras que los españoles de Elvira combatían contra la nobleza árabe, ocurrían también en Sevilla muy graves acontecimientos.

En ninguna parte el partido nacional era tan poderoso. Desde el tiempo de los visigodos, había sido la sede de la ciencia y la civilización romana y la residencia de las familias más nobles y opulentas. (2) La

(1) Ibn-Haiyan, fól. 490-569 v., 63 r.-65 r.

(2) «Akhbar madjmua,» fól. 560 v.; Maccari, t. I, p. 89. Bajo los romanos, Sevilla hubiera sido la principal ciudad de España, testigos estos versos de Ausonio:‡

conquista árabe, no había traído casi ningún cambio en el orden social. Pocos Árabes se habían establecido en la ciudad, habiéndose fijado con preferencia en las campiñas. Los descendientes de los romanos y de los godos constituían, pues, todavía, la mayor parte de sus habitantes. Gracias á la agricultura y al comercio, eran muy ricos; numerosas embarcaciones de Ultramar iban á buscar á Sevilla que pasaba por uno de los mejores puertos de España, cargamentos de algodón, de aceitunas y de higos, que la tierra en abundancia producía. (1) La mayor parte de los sevillanos, habían abjurado del Cristianismo, y muy pronto, porque ya bajo el reinado de Abderramen II, había habido que edificar para ellos una gran mezquita, (2) pero sus costumbres, sus usos, su carácter, hasta sus apellidos

*Jure mihi post has memorabere nomem Hiberum
Hispalis, aquoreus quam proeterlabitur amnis,
Submittit cui tota suos Hispania fasces.*

Algunas ediciones ponen «Emerita» en lugar de «Hispalis,» pero la espresion «æquoreus amnis» que conviene muy bien al Guadalquivir, puesto que hasta en Sevilla se siente la marca no conviene al Guadiana cerca de Mérida.

(1) Traducción española de Razi, p. 56.

(2) Ibn-al-Cutia, fól. 26 r.

como «Beni-Angelino, Beni-Sabarico,» (1) recuerdan aun su origen español.

En general, estos renegados eran pacíficos y nada hostiles al Sultán, á quien, por el contrario, consideraban como el sostenedor natural del orden, pero temían á los Árabes, nó á los de la ciudad, porque estos acostumbrados á los beneficios de la civilización, no se interesaban ya en las rivalidades de tribu ni de raza, sino á los de la campiña, que habían conservado intactas sus costumbres agrestes, sus antiguas preocupaciones nacionales, su aversión á toda otra raza que la suya, y su adhesión á las antiguas familias á que habían obedecido de padres á hijos desde tiempo inmemorial.

Llenos de un odio celoso contra los ricos españoles, se hallaban prontos á ir á robarlos y á degollarlos en cuanto las circunstancias se lo permitieran ó sus nobles los convidaran á ello. Eran muy temibles los del Axarafe sobre todo, así que los españoles que conservaban una antigua predicción, según la que, la ciudad había de ser

(1) Se haya muchas veces este nombre en las cartas del norte de España. Véase por ejemplo «Esp. Sagr.,» t. XXXIV, p. 469.

quemada por fuego que había de venir del Axarafe, (1) habían tomado sus medidas para que no los cogieran desprevenidos los hijos de los ladrones del desierto. Se habían organizado en doce cuerpos cada uno con su jefe, su bandera y su arsenal, y habían contraído alianza con los Árabes maá-ditas de la provincia de Sevilla y con los Berberes-Botr de Moron.

Entre las principales familias árabes de la provincia, había dos que sobresalían entre las demás, la de los Beni-Haddjadj y la de los Beni-Khaldun. La primera aunque muy árabe en sus ideas, descendía sin emgo por hembra de Witiza, el penúltimo rey de los godos. Una nieta suya, llamada Sara, se había casado en segundas nupcias con un tal Omaid de la tribu yemenita de Lakhm. De este matrimonio nacieron cuatro hijos que dieron origen á cuatro grandes familias, de las cuales la de Beni-Hadjadj era la más rica. De Sara procedían las grandes propiedades territoriales que tenía en el Sened, porque un historiador árabe, descendiente también de Witiza por Sara, nota que Ibn-Omaid había tenido hijos de otras

(1) Traducción española de Razi, p. 56.

mugeres, pero que los descendientes de éstas no podían rivalizar con los de Sara. (1) La otra familia, la de los Beni-Khaldun era tambien de origen yemenita, pertenecía á la tribu de Hadhramaut y tenía sus propiedades en el Axarafe. Agricultores y soldados, los miembros de estas dos grandes casas eran tambien comerciantes y armadores. De ordinario vivían en el campo, en sus castillos, en sus «bordj,» (2) pero de tiempo en tiempo, residían en la ciudad donde tenían palacios.

Al principio del reinado de Abdallah, Coreb era el jefe de los Khaldum. Era un hombre disimulado y pérfido, pero que tenía todas las cualidades de un jefe de partido. Fiel á las tradiciones de su raza, detestaba la monarquía y deseaba que su casta recobrará el poder que le habian arrancado los Omeyas. Primero ensayó promover una

(1) Véase Ibn-al-Cutia, fól. 3 r.

(2) El castillo de los Beni-Khaldum, conservaba aun en el siglo XIII, el nombre de sus antiguos señores, porque en las cartas de Alfonso X, se habla muchas veces del «Bordj-Aben-Haldon,» ó de la «torre Aben-Haldon.» Véase Espinosa. «Historia de Sevilla,» t. II, fól. 4, col. 1; fól. 16, col 2; fól. 17, col. 1; esta última carta se halla tambien en el «Memorial histórico español,» t. I, p. 14.

insurreccion en la misma ciudad. Se dirigió pues á los Árabes que la habitaban y trató de reanimar en ellos el deseo de independencia. No lo consiguió. Estos Árabes, en su mayor parte Coreiscitas ó clientes de la familia reinante, eran realistas, ó por mejor decir, no eran de ningun partido, sino es, del que en nuestros dias se llama partido del órden. Vivir en paz con todo el mundo, y no ser molestados en sus negocios ni en sus placeres, era todo lo que pedian. No tenian, pues, ninguna simpatía por Coreb; su génio aventurero y su ambicion desarreglada solo les inspiraba una profunda aversion mezclada de terror. Cuando les hablaba de independencia, le respondian que odiaban el desórden y la anarquía, que no querian ser instrumentos de la ambicion de otro, y que no tenian nada que hacer con sus malos consejos y con sus malas ideas.

Viendo que perdía el tiempo en la ciudad Coreb volvió al Alxarafe, donde nada tuvo que hacer para enardecer los corazones de sus contributos, que casi todos le prometieron tomar las armas á la primera señal. En seguida formó una liga, en que entraron Haddjadj, dos jeques yemenitas, (el uno de Niebla, y el otro de Sidona) y el jeque de los

Bérberes-Bornos, de Carmona, cuyo objeto era quitar Sevilla al Sultán y saquear á los españoles.

Los patricios sevillanos, que por razón de la distancia no podían espiar á Coreb, como cuando estaba entre ellos, ignoraban el complot que se tramaba; verdad es que de tiempo llegaban á sus oídos vagos rumores, pero no sabían nada de fijo, y no desconfiaban todavía lo bastante del peligroso conspirador.

Queriendo vengarse primero de los que no habían querido atenderlo, y mostrarles al mismo tiempo que el soberano era incapáz de protegerlos, hizo saber secretamente á los Berberes de Mérida y de Medellín, que la provincia de Sevilla estaba casi desguarnecida, y que si querían podrían hacer fácilmente en ella rica presa. Siempre inclinados á la rapiña, se pusieron al instante en camino, y se apoderaron de Talyata (1) (a) saquearon este pueblo, asesinaron á los hombres, y redujeron á esclavitud á las mujeres y á los niños. El gobernador de Sevilla llamó á las armas á todos los que es-

(1) A una media legua O. de Sevilla; véanse mis «Recherches,» t. I, p. 317 y sig (a) Véase la nota II. al fin de este tomo. (N. del T.)

taban en estado de llevarlas, y salió al encuentro de los Berberes. Habiendo sabido en el camino que se habian apoderado de Talyata, estableció su campo en una altura que se llamaba la Montaña de los Olivos. Tres millas solamente lo separaban del enemigo, y por ambas partes se aprestaban á combatir al dia siguiente, cuando Coreb que habia traído su contingente, como los otros señores, aprovechó la noche para mandar á decir á los Berberes, que una vez empeñado el combate, les facilitaría la victoria huyendo con su regimiento. Cumplió su promesa, y huyendo, arrastró tras sí todo el ejército. Perseguido por los Berberes, el gobernador no hizo alto hasta Huevar (á cinco leguas de Sevilla,) donde se atrincheró. Los Berberes, sin hacer el menor esfuerzo para forzarlo en esta posicion, volvieron á Talyata, donde permanecieron tres dias, en los que llevaron á sangre y fuego todos los lugares cercanos. Luego, con sus enormes sacos henchidos de botin, se volvieron á su casa.

Ya habia dejado arruinados esta terrible razia á gran número de propietarios, cuando vino á afligir á los sevillanos un nuevo azote. Esta vez el pérfido Coreb no tenía de

qué acusarse; un jeque de la raza enemiga, Ibn-Merwan, señor de Badajóz, vino espontáneamente á secundar sus proyectos. Viendo venir á sus vecinos de Mérida, cargados de ricos despojos, dedujo que no tenía más que presentarse para tomar su parte en la torta. Y no se engañó. Habiéndose adelantado hasta tres parasangas de Sevilla, lo saqueó todo á la redonda durante muchos dias consecutivos y cuando volvió á Badajoz no tenía nada que envidiar á los berberes de Mérida.

La conducta de su gobernador que habia permanecido inactivo mientras que hordas salvages asolaban sus tierras, habia exasperado á los sevillanos contra él y contra el sultan. Verdad es que éste, cediendo á sus quejas, depuso al inhábil gobernador, pero el que mandó á sucederle, bien que fuera de una reputacion inmaculada carecía igualmente de la necesaria energía para mantener el órden en la provincia y reprimir la audacia de los bandoleros que se multiplicaban de un modo aterrador.

El mas temible de todos era uno de los Berberes-Bornos de Carmona, llamado Tamachecca, que robaba á los viageros en el camino real de Sevilla á Córdoba. El gober-

nador de Sevilla no se atrevía á hacer nada contra él, cuando un bravo renegado de Écija, llamado Mohamed-ibn-Galib, prometió al sultan concluir con estos latrocinios si le permitía levantar una fortaleza cerca del lugar de Siete Torres, en los límites de las provincias de Sevilla y Écija. El Sultan aceptó su ofrecimiento, la fortaleza fué edificada, Ibn-Galib se instaló en ella con gran número de renegados, de clientes omeyas y de berberes-Botr y los ladrones no tardaron en conocer, que tenían que habérselas con un enemigo mas temible que el gobernador de Sevilla.

Comenzaba ya á restablecerse la seguridad, cuando una mañana temprano se esparció en Sevilla la noticia de que durante la noche había tenido lugar un encuentro entre la guarnicion del castillo de Ibn-Galib y los Khaldun y los Haddjadj, que uno de estos últimos habia sido muerto, que sus amigos habian llegado con su cadáver á la ciudad y habian ido directamente al gobernador á pedirle justicia y que éste les habia contestado que no se atrevía á tomar sobre sí la responsabilidad de decidir semejante asunto, y que por consiguiente debían dirigirse al soberano.

Mientras que se entretenían en Sevilla con estos sucesos, los querellantes estaban camino de Córdoba, seguidos de cerca por algunos sevillanos que informados por Ibn-Galib, de lo que había pasado, iban á defender su causa. Á su cabeza iba uno de los hombres mas considerados de la ciudad, Mohamed, (1) cuyo abuelo era el primero de su familia que había abrazado el Islamismo; su bisabuelo se llamaba Angelino, y el apellido de Beni-Angelino había sido conservado por esta casa.

Cuando los querellantes fueron introducidos cerca del Sultán, uno de ellos tomó la palabra y expuso su querrela en estos términos: «Hé aquí, emir, lo que ha sucedido: Íbamos pacíficamente por la carretera cuando de pronto nos acomete Ibn-Galib. Procuramos defendernos, y uno de los nuestros ha sido muerto. Estamos dispuestos á jurar que las cosas han ocurrido de este modo y exigimos por consiguiente que castigéis á ese Ibn-Galib. Permitidnos, emir, añadir á esto, que los que os han inducido á otorgar vuestra confianza á ese renega-

(1) Mohamed-ibn-Omar, ibn-Khattab ibn-Angelino.

do, os han aconsejado mal. Tomad informes acerca de los hombres que sirven con él y sabreis que son vagos y malhechores. Creed que ese hombre os hace traicion, ahora finge seros fiel, pero tenemos el íntimo convencimiento que mantiene secretas inteligencias con Ibn--Hafzun y que el mejor dia le entregará toda la provincia.»

Cuando hubieron concluido de hablar, Mohamed-ibn-Angelino y sus compañeros fueron introducidos á su vez. «Emir, hé aquí de qué manera han pasado las cosas, dijo el patricio. Los Khaldum y los Haddjadj habian formado el proyecto de sorprender el castillo durante la noche, pero contra lo que esperaban Ibn-Galib, estaba alerta y viendo atacado su castillo rechazó la fuerza con la fuerza. No es culpa suya si uno de los acometedores ha muerto; no hizo mas que defenderse, estaba pues en su derecho. Os suplicamos pues, que no crean las mentiras de esos Árabes revoltosos. Ibn-Galib merece además que le hagais justicia, es uno de vuestros servidores mas leales y mas decididos y os hace un gran servicio purgando de ladrones el país.»

Ya sea que el Sultan juzgara realmente dudoso el asunto; ya que temiera descon-

tentar á uno de los partidos dando la razon al otro, declaró que queriendo tomar más ámplios informes, enviaría á su hijo Mohamed á Sevilla á fin de que entendiera en la causa.

No tardó el jóven príncipe, presunto heredero del trono, en llegar á Sevilla. Mandó llamar á Ibn-Galib y lo interrogó, hizo lo mismo con los Haddjadj, pero como los dos partidos persistieran en inculparse recíprocamente y no se encontraron testigos imparciales, el príncipe no sabía á quien dar la razon. Mientras que dudaba, las pasiones se acaloraban cada vez mas y la esfervescencia que reinaba entre los patricios se comunicó al pueblo. Al fin decidió que no encontrándose el asunto bastantemente esclarecido, no decidiría por entónces, pero que por el pronto permitía á Ibn-Galib volver á su castillo.

Los rebelados se atribuyeron el triunfo. Decian que el príncipe daba evidentemente la razon á su amigo, y que si no se declaraba abiertamente, era por no malquistarse con los Árabes. Por su parte los Khaldun y los Haddjadj, interpretaban del mismo modo la conducta del príncipe; y estaban resentidos hasta lo vivo. Resueltos á ven-

garse y á levantar el estandarte de la rebelion, abandonaron la ciudad, y mientras Coreb hacía tomar las armas á sus Hadhramitas del Axarafe, el jeque de los Haddjad Abdallah, reunía bajo sus banderas los Lakmitas del Sened. (1) Los dos jeques combinaron en seguida su plan de conducta; cada uno de ellos debía dar un golpe de mano. Abdallah se apoderaría de Carmona, y Coreb haría sorprender la fortaleza de Coria, (en la frontera oriental del Axarafe), despues de apoderarse de los ganados pertenecientes á un tio del Sultan, que pastaban en una de las dos islas que forma el Guadalquivir á su desembocadura.

Coreb, que era demasiado gran señor para ejecutar por sí mismo una empresa de este género, la confió á su primo Mahdi, un tronera, cuyos escesos tenian escandalizada á toda Sevilla. (2) Mahdi fué primero á la fortaleza de Lebrija, frente á frente de la isla donde Soliman, señor de esta fortaleza y aliado de Coreb, le esperaba. En seguida abordó á la isla. Doscientas vacas y un centenar de caballos, guardados por un hom-

(1) Se llamaba así el país que se estiende entre Sevilla y Niebla.

(2) Véase Ibn-Haiyan, fól. 590.

bre solo, pacian allí. Los Árabes mataron á este infeliz, y apoderándose de las bestias se encaminaron á Coria, sorprendieron esta fortaleza, y pusieron en ella su botin en seguridad.

Por su parte Abdallah-ibn-Haddjadj, secundado por el «Berber-Bornos-Djonaid,» atacó á Carmona de improviso, y se apoderó de ella despues de haber echado al gobernador, que fué á refugiarse á Sevilla.

La osadía de los Árabes, y la prontitud con que habian realizado sus designios, espacion la alarma en la ciudad. Así que el príncipe Mohamed se apresuró á escribir á su padre para pedirle órdenes, y sobre todo refuerzos.

El Sultan en cuanto recibió la carta de su hijo, reunió el concejo. Las opiniones estaban divididas. Entónces un visir rogó al Sultan que le concediera una conferencia secreta, y una vez obtenida, le aconsejó reconciliarse con los Árabes, haciendo matar á Ibn-Galib. «Cuando haya muerto ese renegado, le dijo, los Árabes se darán por satisfechos, os devolverán á Carmona y á Coria, restituirán á vuestro tio lo que le han quitado, y volverán á la obediencia.»

Sacrificar á los Árabes un servidor leal

y malquistarse con los renegados, sin tener la certeza de ganarse á sus adversarios, era seguramente una política, no solo pérfida, sino inhábil. Sin embargo, el Sultán creyó deber seguir el consejo que se le daba, y habiendo mandado á su cliente Djad (á quien Sauwar acababa de devolver la libertad) marchar hácia Carmona con tropas, le dijo: «Darás las razones á los acusadores de Ibn-Galib, y lo mandarás matar; luego harás todo lo que puedas para atraer por la buena á los Árabes á la obediencia, y no los atacarás, sino cuando hayas agotado todos los medios de persuacion.»

Púsose Djad en camino, pero aunque se mantuvo secreto el objeto de la expedición, corrió sin embargo el ruido de que no era contra los Khaldun, sino contra Ibn-Galib, contra quien se dirigía. Así que, el renegado se mantenía sobre aviso, y ya se había puesto bajo la protección de Ibn-Hafzun, cuando recibió una carta de Djad. «Tranquilizaos, le escribía este general, el objeto de mi marcha no es el que os figurais. Tengo intención de castigar á los Árabes que se han entregado á tan grandes excesos, y como sé que los odiais, espero contar con vuestra cooperacion.» Ibn-Galib se dejó en-

gañar por esta pérfida carta, y cuando Djad se acercó al castillo, se unió á él con parte de sus soldados. Entónces Djad fingió ir á sitiarse á Carmona, pero en cuanto llegó delante de esta ciudad, hizo enviar en secreto otra carta al jefe de los Haddjadj, en que le comunicaba que estaba pronto á hacer perecer á Ibn-Galib, siempre que por su parte Ibn-Haddjadj volviera á la obediencia. Pronto se hizo el trato; Djad hizo cortar la cabeza á Ibn-Galib é Ibn-Haddjadj, evacuó á Carmona.

Cuando los renegados de Sevilla supieron la negra traicion de que había sido víctima su aliado, toda su furia se volvió contra el Sultan. Tuvieron consejo acerca de lo que debian hacer. Algunos propusieron vengar la muerte de Ibn-Galib en Omeya, hermano de Djad, y uno de los más valientes guerreros de la época, que era entonces gobernador de Sevilla. Esta proposicion fué aceptada, pero como no podía hacerse nada mientras no fuesen dueños de la ciudad, Ibn-Angelino se comprometió á ir á hablar con el príncipe, y hacer de modo que este confiara su defensa á los renegados. Además, resolvieron los patricios enviar propios á sus aliados los Árabes maáditas de la pro-

vincia de Sevilla, y los Bérberes-Botr de Moron, rogándoles que vinieran á auxiliarlos.

Cuando estos propios estaban ya en camino, Ibn-Angelino, acompañado de algunos amigos fué á ver al príncipe Mohamed. «Señor, le dijo: es posible que nos hayan calumniado en la córte, y acusado de un crimen de que estamos inocentes, es muy posible que un proyecto funesto se haya formado contra nosotros en el consejo del Sultan, puede, en fin, que Djad, ese traidor infame nos ataque de improviso con fuerzas tan numerosas que nos sea imposible resistir. Si quereis, pues, salvarnos del peligro que nos amenaza, y ligarnos á vos con los lazos de la gratitud, es preciso que nos confiéis las llaves de la ciudad, y el cuidado de velar por su defensa, hasta que se aclaren las cosas. No es porque desconfiemos de vos, pero demasiado sabeis que si las tropas entran en la ciudad, ya no estaréis en estado de protejernos.»

De buena ó mala gana, Mohamed, que ya se había malquistado con los Árabes, y que no podía disponer mas que de una escasa guarnicion, tuvo que conceder lo que le pedian los renegados.